

Mons. Ramón Zubieta y Les

FUNDADOR DE LAS MISIONES DE

URUBAMBA Y MADRE DE DIOS

Reflexiones sobre su vida

A.- PRESENTACIÓN

Mons. Ramón Zubieta y Les fue el PRIMER MISIONERO del Vicariato de Urubamba y Madre de Dios.

Ser misionero fue su proyecto de vida desde los inicios de su vocación, la fuerza que define su espiritualidad y por tanto la clave de lectura de sus escritos.

Aunque realizó y participó en muchas acciones, él se identificó siempre como misionero, y de esta vivencia central parten las líneas que definen su vida, los principios que movieron su existencia, la causa de sus determinaciones, el móvil de sus relaciones con los demás.

La misión, por otra parte configura lo fundamental del Carisma dominicano, y la capacidad de concretizarla en su momento histórico da la talla de un dominico. La realización de la misión coloca a Mons. Zubieta a la altura de otros grandes dominicos de América; son pioneros de una evangelización profética y encarnada en una realidad concreta, comprometida con los marginados de la sociedad, y con una clara postura de defensa de los derechos de la persona a la vida y la participación. Mons- Zubieta revela un compromiso evangélico, siguiendo a Jesús, en los aspectos misioneros mas sugerentes y significativos que van a la raíz del mensaje: el compromiso y prioridad por las personas, en sus circunstancias concretas, como base para una nueva comunidad, la conciencia de Hijos de Dios como sustento de una liberación profunda y permanente, la acogida y a todos los grupos y razas, el servicio a los pobres como fundamento de su ministerio.

Pero a la vez estudiar la vida de Mons. Zubieta es conocer también la historia del Vicariato en sus orígenes. Al tomar distancia de esos primeros tiempos para visualizar el conjunto, y a la vez acercarnos a ellos, resalta ante los ojos la dinámica de un grupo que Mons. Zubieta lideraba, del que era el alma de su vida y el motor de su dinamismo. En este sentido Mons. Zubieta es también el FUNDADOR DEL VICARIATO: asumió por obediencia este proyecto, a él dedicó su vida, responsabilizándose hasta el fin.

Al leer los documentos escritos en esa época del Vicariato, y mas allá de la objetividad de los hechos, se capta la profundidad de las motivaciones, las ilusiones y entusiasmo por el proyecto, las dosis de sufrimiento y sacrificio, la fe y los sentimientos que eran fermento de la obra.

La Evangelización se llevó adelante con gran valentía y riesgo, con creatividad para realizar el proyecto con un mínimo de recursos económicos, y una gran dosis de entrega y esfuerzo personal. En sus posturas ante la realidad del nativo en esa época, entendemos mejor lo que suscita el Evangelio cuando se toma como guía, y la fuerza del Espíritu cuando hay apertura de corazón. Se capta en él, el interés por la persona como sacramento de Dios, la urgencia de la justicia de Dios cuando se escucha el clamor de los oprimidos y la opción por los pobres para defender su derecho a la vida y la participación en los beneficios de la sociedad.

Expresándonos con los conceptos de hoy podemos decir que su estilo de Evangelización es integral y liberadora, encarnada en un grupo concreto, siguiendo **los**

valores evangélicos, con una clara defensa de los DD.HH. con una valoración y tendencia a lo comunitario, valorando a la mujer como pilar fundamental de la sociedad y promiéndole su participación.

En la historia se conoce a Mons. Zubieta como FUNDADOR DE LA CONGREGACIÓN de Misioneras Dominicanas de Rosario, y así es. También esto es parte del Proyecto misionero. Esta fundación no fue conclusión o fruto de una reflexión teórica o de escritorio, sino que partió de la misma práctica misionera y de su poder de convocatoria.

La urgencia de la misión, la necesidad de la gente de la selva, y la disponibilidad de las religiosas a salir y evangelizar, hizo que Mons. Zubieta realizara una invitación y se convirtiera en líder y animador de un grupo de mujeres abiertas al Espíritu que decidieron ser misioneras.

Después de cuatro años de experiencia en la misión, y con el testimonio misionero de Mons. Zubieta sobre lo que significaba este Carisma, el grupo de hermanas se organizó para seguir en la historia como Congregación Misionera, con el horizonte que él mismo le señaló, abiertos los brazos y el corazón a los pobres de la tierra.

Evidentemente, desde la distancia de hoy se puede leer la vida de Mons. Ramón Zubieta destacando distintas facetas, y cada uno lo hará desde su postura personal, su compromiso actual, los intereses y el estilo particular. Todos, sin embargo, necesitamos volver y repasar aquellas circunstancias históricas, interpretarlas y dejarse iluminar por el Espíritu que nos inspira hoy, a través del testimonio de este misionero.

La lectura de su vida que ya hicieron en aquel tiempo es admirable y por los testimonios de las personas cercanas, comprometidas de lleno en el proyecto misionero, o admiradoras de él, vemos la talla de este hombre de Dios, cuyo testimonio traspasa el tiempo y sigue vigente a pesar de los grandes y profundos cambios históricos de estos años que nos separan.

B.- VIDA DE M. ZUBIETA

1.- Primeros años; vocación misionera

Ramón Zubieta y Les nació en Arguedas, un pequeño pueblo de la rivera de Navarra. Sus padres, como los demás vecinos del pueblo, poseían fincas donde cosechaban lo suficiente para sostener holgadamente la familia, según las exigencias de la época.

Ramón era el menor de los cuatro hijos del matrimonio. Cuando tenía 9 meses, murió su padre; su madre se hizo cargo de la familia y aunque muy apoyada por los tíos en el trabajo y la educación de los hijos, la influencia materna en la formación de Ramón debió de ser muy importante, porque en él, además de un gran amor por su madre, se percibe integrada en su personalidad masculina, valores femeninos, como el amor y la ternura, la conciencia del otro, el servicio en los detalles, la capacidad de sacrificio, etc. así como la valoración de la mujer y la importancia de su participación social, poco frecuentes en esa época.

El ambiente comunitario del pueblo le ayudó para adquirir una formación social abierta y comunitaria, muy propia de ese tiempo: relaciones libres y espontáneas, apoyo laboral y moral, acogida, austeridad y sencillez, ambiente de alegría y fiesta, aspectos que hicieron de Ramón una persona socialmente comunicativa, equilibrada y abierta.

En Arguedas se vivía la religión integrada en la vida del pueblo: una fe de “cristiandad” donde la práctica social-cristiana era normal y sin cuestionamientos. Se ejercitó allí en la práctica de la virtud, la oración, los sacramentos, etc. y trató de reproducir en su vida de niño y adolescente lo que vio y oyó a su alrededor: daba limosna de sus “propinas”, visitaba a los enfermos del pueblo, actuaba de monaguillo en la parroquia y peregrinaba a la ermita de la Virgen del Yugo, pidiendo la protección de María.

Los jóvenes eran atendidos y orientados por el sacerdote del pueblo que gozaba de ascendencia entre la juventud. Algunos jóvenes pasaban de monaguillos a estudiantes de latín, primer paso para la vida religiosa o sacerdotal. Ramón estaba entre ellos e inició las clases de latín, complementarias con la formación de la escuela pública.

También los misioneros navarros se hacían presentes en la parroquia con visitas para promover las vocaciones así como a través de cartas y folletos sobre los mártires del Tonkín, especialmente del Bto. Berrio-Ochoa. Narraban sus correrías y trabajos apostólicos, transmitiendo un sentido heroico de la vocación misionera, un camino de santidad que suscitaba no sólo la admiración, sino el deseo de seguimiento. Ramón fue asimilando esta propuesta misionera para su vida, que reflexionaba y oraba en sus excursiones a la Virgen del Yugo.

Al convencerse su madre de la inclinación de su hijo Ramón, consultó a su hermana Sor Catalina, Dominica en el Monasterio de Alfaro, a quien la familia visitaba con frecuencia. Su tía trató de orientar la vocación del joven y para no alejarlo mucho de la familia le sugirió que fuera Agustino, en Monteagudo, porque “*para ser dominico*

necesitaba ser muy listo...” Ramón lo tenía claro y hasta decidido: **“No seré Agustino en Monteagudo; seré dominico y en Ocaña, porque la Virgen lo quiere así”**¹, aclaró a su madre y a su tía, que no insistieron mas en sus propuestas.

Acompañado por su tío, viajó al noviciado que la Provincia Dominicana del Rosario tenía en Ocaña. Esta provincia tenía gran parte de su proyección misionera en Oriente, (Filipinas y China). La espiritualidad que Ramón encontró en aquel noviciado venía a reforzar el ideal de su juventud de ser misionero en Oriente y llegar hasta el martirio.

Inició el noviciado en 1881, a los 17 años. Un año después hizo la profesión e inició la vida de estudiante de filosofía y teología en Avila. Cinco años mas tarde recibió el primer destino misionero a Filipinas, donde terminaría sus estudios de teología en la Universidad de Santo Tomas de Manila. Fue ordenado sacerdote a los 24 años, en marzo de 1889. Las cartas de esta época a su madre expresan su permanente recuerdo y afecto familiar, y la vivencia profunda con que vivía su vocación sacerdotal: **“Ese día 20 fue para mi el más grande y lleno de alegría... nada les diré de lo que sentí ese día, bien pueden comprenderlo...”**²

2.- En Filipinas; aprendiendo a ser misionero

En aquellos años Filipinas era colonia de España, la cual estaba presente en casi todos los lugares de las islas con sus autoridades, idioma, educación, e influencia cultural en general.

Los aborígenes que habitaban en las montañas estaban cada vez mas aislados y acorralados, y conservaban sus propias formas de vida. Entre estas tribus tenían los dominicos sus misiones, para ir poco a poco convirtiéndolos a la religión católica, y dejando sus “prácticas diabólicas”, integrarse a la sociedad, ampliando las fronteras de la Iglesia.

El P. Zubieta inició allí su apostolado en agosto de 1889, trabajando en distintos centros, cada vez más cercanos a las tribus Igorrotes, Calingas, etc. Aprendió sus idiomas y costumbres, tratando de comprender su forma de pensar y actuar. Dedicó largas horas al diálogo con la gentes, hizo amistad y estableció enlaces que le permitían llegar a las mismas rancherías. Promovía encuentros tribales para evitar así los frecuentes enfrentamientos y muertes entre la población.

Recogió en largos informes sus costumbres, geografía y recursos naturales. Ensayaba con la gente algunas formas de organización para mejorar el cultivo y poder promover la educación y la salud. Todo esto le permitía crear poco a poco alguna forma

¹ Las frases en negrita son textuales de Mons. Zubieta, casi todas tomadas de sus escritos, recopilados en un libro titulado “Escritos de M. Zubieta”, 1998, por ISABEL M. TESORERO.

² *Ibid.* Carta de M. Zubieta a su madre, 1889. 5

de comunidad parroquial pero con frecuencia el grupo desaparecía misteriosamente, por lo que debía revisar y modificar los planes de trabajo constantemente:

“Muchas de las rancherías de este distrito forma agrupaciones muy bonitas que alegran el alma, creyendo que, estando reunidos se podría formar una escuela y hablarles con mas facilidad pero cuando menos se lo piensa, desaparecen”³

3.- La cárcel

Durante los diez últimos años del siglo, se iba gestando la independencia en Filipinas. Los esquemas mundiales de la economía y la política iban por nuevos cauces. Las potencias mundiales emergentes cambiaban los métodos de dominación y sus intereses económicos no necesitaban ya de la presencia política extranjera en los países dominados. USA buscaba la forma de entrar en Asia y lo hacía apoyando la independencia política de los países.

La autoridad colonial española en Filipinas estaba deteriorada, se creaban sociedades patrióticas y surgían líderes locales que apoyaban la independencia. El fusilamiento de José Rizal, uno de los inspiradores de la independencia, fue otro detonante. Los Katipuneros y su jefe Aguinaldo querían proclamar la república e iniciaron una guerra de desgaste desde las montañas. Fue un periodo de confusión en todo el país; la llegada de los americanos impidió que la revolución se consolidara y tomara el poder.

Ser misionero español en Filipinas era identificarse con lo colonial, aunque ellos no iban para ser colonizadores sino para la evangelización del pueblo. Pero en aquel momento de confusión social, los misioneros del interior fueron apresados por los Katipuneros que deseaban deshacerse de todo lo extranjero. Los misioneros cayeron en cautividad sufriendo durante 18 meses muchos abusos y amenazas de muerte.

El P. Zubieta estaba en el grupo de misioneros apresados, compartiendo la triste situación de cautiverio. Malos tratos, hambre, carencia de todo lo mas necesario, encierros, y simulacros de fusilamiento fueron las dolorosas experiencias de aquellos meses. Estuvo a punto de morir en varias ocasiones, como le ocurrió a alguno de sus compañeros. Tenían que hacer largas caminatas por los montes, sin saber bien lo que estaba ocurriendo en el país. Al fin fueron liberados y el 1 de enero de 1900 regresaron a Manila.

Durante un año permaneció en el colegio de S. Juan de Letrán, de Manila, esperando que la situación del país estabilizara para poder regresar a sus misiones. Pero en Febrero de 1901 su provincial, el P. Payá, le pidió una nueva obediencia: hacerse cargo de una Misión en América. Era un compromiso de la Orden con la Iglesia Misionera.

Para el P. Ramón Zubieta suponía una ruptura definitiva con sus misiones tan amadas, dejando de lado todo el trabajo realizado durante ocho años, que él pensaba

³ *ibid.* Informe de M. Zubieta en 1895, 15

continuar. La experiencia adquirida y el entusiasmo por el trabajo iniciado en la misión de las montañas de Filipinas, afianzado después del cautiverio, parecía que iba a quedar en nada. Solo la fe le impulsaba para aceptar un nuevo proyecto, del que nada conocía. Después de pensarlo algunos días, asumió la propuesta como exigencia de su voto de obediencia al Señor, que le pedía en ese momento un nuevo compromiso. El P. General admirado y agradecido le escribe: “..bendígate el Señor y alegre tu prontísima obediencia con corona de muchas victorias...” (Carta del P. General, mayo de 1901)

4.- Llegada al Perú

La Prelatura de Urubamba fue creada en Roma en el año 1900. El Proyecto partía de la Iglesia peruana junto con el Gobierno, que deseaba colonizar la selva. El extenso territorio de la selva se dividió en tres partes, cada una de las cuales formaba una Prelatura; la de Urubamba, en la parte sur de la selva, de 130,000 Km2. se le encargó a la Orden Dominicana, y el Maestro General asignó este nuevo proyecto a la Provincia del Rosario, de España. cuyo Provincial, P. Payá, buscó entre los frailes uno que tuviera las cualidades necesarias y cierta experiencia misionera.

El P. Ramón Zubieta fue asignado y asumió la responsabilidad en nombre de la Orden y la Provincia. Dejó, pues, Filipinas y regresó a España donde debía buscar algún compañero para ir al Perú. Pasó un breve tiempo en su tierra, donde aún encontró a su madre que lo creía muerto en Filipinas. Preparó el viaje y con sólo dos frailes que le habían asignado para la obra, el P. Palacios y el P. Cuesta, salió para América.

Llegaron al Perú el 21 de febrero de 1902. Nadie los esperaba, pues las comunicaciones eran tan lentas como los mismos viajes. En Lima se dirigieron al Convento de los Dominicos y allí se hospedaron hasta hacer las primeras presentaciones, realizar trámites, y proveerse de algunos recursos para el viaje. La acogida en Lima fue calurosa y fraterna; se conocía el proyecto de misionar la selva y se preveía amplio y difícil, de mucha envergadura, una obra admirada por todos que hasta la prensa lo calificó como “*Obra evangélica, civilizadora y patriótica*”; se hablaba de la difícil situación que se vivía en este semi-desconocido territorio y las grandes dificultades que iban a encontrar debido a los escasos medios disponibles; atreverse a entrar, colonizar y evangelizar la selva era un proyecto para héroes.

En Lima, el P. Zubieta realizó algunos contactos buscando apoyo para el proyecto, especialmente con la Iglesia del Perú y las autoridades civiles, ya que ambas habían solicitado la presencia de los misioneros, y debían reconocerles oficialmente y prestarles alguna ayuda. También entraron en contacto con la Sociedad Geográfica de Lima, un grupo que en ese momento estaba haciendo un estudio científico del territorio del país y necesitaban datos confiables, que solamente podían obtener de personas capaces que entraban en el territorio; en los misioneros encontraban todas estas garantías.

Durante su estancia en Lima, el P. Zubieta recogía datos socio-geográficos de la selva y estudiaba algo sobre las culturas peruanas, así como de su historia. Gozaba especialmente con la vivencia secular dominicana que se respiraba en Lima a través de los testimonios de los santos dominicos.

¡Cuánto gocé en Lima! Casi todos los días pude celebrar en el altar privilegiado de la Sma. Virgen del Rosario, recordando cada día a nuestra Santa Hermana Rosa de Santa María, que allí mismo extática contemplaba aquella imagen, y recibía efluvios del cielo. Le encomendé mi Prefectura y la elegí por Patrona de todas nuestras empresas en la Montaña”⁴

Un mes más tarde llegó al Cuzco, y en el Convento de Sto. Domingo estableció la primera residencia de la Prefectura; desde allí preparó e inició las diferentes salidas para explorar el territorio, y fue la base de operaciones hasta que poco a poco se fueron ubicando dentro de la selva.

5.- El Proyecto Misionero; conocimiento de la zona

Comenzó el P. Zubieta la primera etapa del **Proyecto de Evangelización** con el aspecto principal y básico que era conocer la realidad del territorio. Descubrir la selva era enfrentarse con su geografía impresionante y salvaje, desconocida y peligrosa, y esto con medios escasos y rudimentarios, que no facilitaban ni el transporte, ni la comunicación, y con un mínimo de garantías para mantener la vida.

Recogiendo datos y escuchando opiniones, se iba haciendo idea de lo que era la selva. Pero las informaciones que circulaban entre la gente eran parciales, favorables solamente a los “blancos” que entraban allí a buscar las riquezas de la selva. Para estos, los nativos eran incivilizados, peligrosos, vivían de forma primitiva, con extrañas costumbres. La antropología estaba apenas naciendo y el juicio sobre los habitantes de la selva se hacía desde la cultura de “fuera”, sin tener en cuenta que podía haber valores diferentes. La opinión que los nativos tenían sobre los “colonizadores”, los que llegaban de fuera, personificada entonces en “el cauchero”, no se había escuchado nunca, hasta que años más tarde los misioneros se encargaron de transmitirla a la sociedad.

Organizar la Iglesia en la selva, debía llevar implícito una nueva manera de entender, actuar y evangelizar, Aquella era una situación de frontera, sin esquemas de organización; los conceptos de teología pastoral estudiados no encajaban en aquella situación misionera. Se necesitaba apertura de mente para captar la novedad, sobre todo se requería creatividad, algo que siempre desarrolló el P. Zubieta y que por otra parte es una de las cualidades más importantes de un auténtico misionero. La práctica de su anterior misión le había enseñado que era necesario abrir nuevos caminos puesto que iba a encontrar culturas y religiones muy diversas.

Lo principal era conocer a la gente. El P. Zubieta, partiendo de la experiencia que tenía de Filipinas sobre la forma de tratar con tribus alejadas, comenzó la exploración del territorio con decisión y confianza en las personas. En sus expresiones se capta el interés y cariño que tenía para “sus hijos de la selva”, con los que deseaba encontrarse y **“no pensaba en otra cosa mientras no viera su cara y los bendijera”**

Las tribus estaban dispersas, y vivían en pequeños grupos, cercanos a las orillas de los ríos, aunque internándose cada vez más en la selva, acorralados y amedrentados,

⁴ *ibid.* Carta de M.Zubieta, 33

especialmente por los caucheros. El P. Zubieta llegaba como amigo, a veces con algún regalo de presentación, dispuesto a entablar diálogo para conocerse. Esto requería tiempo, paciencia, ensayos y buenos intérpretes. Las extensas narraciones de sus experiencias en este tiempo sugieren toda una lección de humanidad, sensibilidad y respeto por la persona, algo que encontramos a lo largo de toda su vida. Así lo vemos expresado por el mismo el P. Zubieta:

Hablando el mismo dialecto que los nativos, obsequiando a éstos herramientas y vestidos, tratándolos con delicadeza, se podrá ganar a todos, en especial a los jefes, y entonces se hará algo de positivo entre ellos. Esto es todo lo que podemos hacer por nuestra parte, lo restante Dios lo hará”⁵

Desde el Cuzco preparó las primeras expediciones que deberían hacerse siguiendo el curso de los ríos, únicas vías de comunicación en la espesa e impenetrable selva. Tomó las tres vías principales: Por el río Urubamba al oeste; por el centro en el río Ccosñipata y por el oeste a través del río Inambari, estos dos últimos corren por la cuenca del Madre de Dios.

6.- Expedición por el río Urubamba

El 5 de mayo de 1902 inició el P. Zubieta la primera expedición; una de las más asequibles que hizo en toda la selva. Desde las alturas del Cuzco descendieron por el valle de la Convención, para bajar hasta la selva; el viaje se hacía casi todo en cabalgadura, único medio disponible. **”Adquiridos cuantos datos pude sobre la región del río Urubamba, inicié mis excursiones en compañía de los PP. Palacios y Cuesta, entrando hasta el río Chirumbia, afluente del Urubamba.”⁶** En esa ruta había camino trazado, y a lo largo de él, encontraron hacendados que radicaban allí hacía muchos años. A medida que avanzaban, encontraron las primeras tribus machiguengas. El P. Zubieta se acercó como amigo, y a través de algunos enlaces, se inició el diálogo. Comenzó en estos primeros encuentros a **“balbucear la lengua machiguenga”⁷**.

Navegando por los ríos y atravesando varias veces el Urubamba tuvo que vencer muchas dificultades con las que fue aprendiendo cómo viajar en la selva, poniendo en práctica nuevas habilidades con la creatividad necesaria para sobrevivir y llevar adelante el proyecto.⁸

“Comenzamos por construir una balsa de troncos secos a fin de pasar en ella y sacar la canoa de la banda en que se hallaba. En esta operación invertimos tres horas y cuando teníamos la canoa preparada llegó el Hermano Fr. Torres con las cargas, mas no completas; una se había perdido en la espesura del bosque, otra se precipitó en el río de una altura de 25 mts., además el guía que conducía el altar portátil no apareció, y finalmente una mula se ahogó al vadear el río.”

⁵ *Ibíd.*, .56

⁶ *ibíd.*, 56

⁷ *ibíd.*, 56

⁸ *Sobre estos primeros viajes en la selva, el P. Zubieta escribió largas narraciones e informes que transmiten con detalles sus experiencias, y son una referencia para conocer su vida*

“Nos propusimos bajar a Chirumbia, que es un río próximo... era la una de la tarde; tomamos la carpa y todo lo necesario para pasar la noche, y nos dirigimos a tomar la canoa que nos había de conducir a Chirumbia. Dos canoas había en el río, pero tan malas que solamente utilizamos una para pasar el Urubamba, no sin bastante peligro... El viaje que pensábamos hacer por río, lo hicimos a pie, y cargando cada uno algún objeto... Sofocados por la sed y el calor llegamos a Chirumbia...”⁹

Las pésimas condiciones del camino les impidieron llegar más adelante. Entre los ríos Chirumbia y Urubamba escogió el lugar para la primera misión, que se llamó “Sto. Domingo de Chirumbia”. Era un lugar ubicado al final del camino en construcción, y el misionero podría encontrar por allí los recursos necesarios para vivir. Además era un lugar de paso para la selva, adecuado para comenzar a relacionarse con las tribus del interior. Regresaron al Cuzco después de 29 días, y prepararon el regreso del P. Palacios para establecerse en esta primera Misión.

Las dificultades del viaje fueron más de las imaginadas; de ellas el P. Zubieta fue aprendiendo y sacando conclusiones:

“No he de enviar ningún misionero a lugares desconocidos o peligrosos; en todo caso, o los acompaño o los precedo. No permitiré que vayan sin guías seguros y con víveres y medicinas para ellos y sus acompañantes. Quiero que si vivimos de la caridad, nosotros la ejerzamos por cuantos medios sea posible. Esta primera excursión nos da la pauta a seguir en otras parecidas.” (M. Zubieta, por Isabel M. Tesorero, pág. 119)

7.- Expedición por el río Ccosñipata

Realiza el P. Zubieta la segunda expedición en junio, con el P. Cuesta, iniciando la exploración de la cuenca del Madre de Dios. Entraron hasta Paucartambo donde se detuvieron para hacer una preparación más inmediata: cabalgaduras, víveres y guías. Después de algunos días se inició la marcha de la pequeña caravana hasta el borde de la cordillera; llegando a una altura llamada Tres Cruces, **“este lugar situado a siete leguas de Paucartambo es un monte de cuya cima se divisa una llanura interminable cubierta de árboles gigantescos y de arbustos de toda especie, por entre los que cruza majestuoso el gran río Madre de Dios cual si fuera una inmensa serpiente de plata, que se duerme sobre un lecho de esmeralda; también semejan cintas plateadas sus afluentes Piñipiñi, Tono, Ccosñipata, San Juan, Pilcopata y Marcapata. Cuando la atmósfera se halla despejada y mas, cuando está llena de nubes, se asemeja esa llanura a un vasto océano”**.¹⁰ El P. Zubieta se quedó absorto contemplando el campo de evangelización que el Señor le había asignado. Al amanecer levantó un altar y celebró la Misa de cara al impresionante panorama que intuía lleno de dificultades y alegrías, y sintiendo su responsabilidad, invocó la bendición del Señor.

⁹ Escritos de Mons. Zubieta, recopilados por Isabel M. Tesorero, 1998, 36

¹⁰ *Ibid.*, 39

De nuevo comenzó el peregrinaje; la bajada a la selva fue difícil y peligrosa, por caminos de cabalgadura, cortados sobre el abismo, estrechos y casi intransitables. En Asunción se encontraron con la primera tribu de Huachipaires asentados cerca de allí, que tenían fama de sanguinarios; recientemente habían sufrido una visita y **“conservaban todavía instintos de venganza por los sangrientos sucesos, no ha mucho acontecidos...”**¹¹

Allí se decidió establecer la segunda misión llamada Asunción de Ccosñipata, **“un lugar de paso para las tribus Tuyunires y Huachipaires... así se podrá captar la simpatía de los jefes de las diversas tribus... para después penetrar en el interior de esas regiones donde se podrá establecer la casa-misión en un lugar mas aparente y apropiado...”**¹² Todos regresaron al Cuzco, encomendado el establecimiento de esta segunda misión al P. Cuesta.

8.- Expedición al Inambari

El 11 de agosto de este mismo año inició el P. Zubieta la tercera expedición, por el río Inambari, esta vez acompañado por el Hno. Torres. Salió del Cuzco hacia Sicuani y Sta. Rosa, donde alquilaron caballerías y prepararon lo necesario, llegando hasta Olaechea. Allí comenzaba lo más difícil del camino, que tenían que hacer unas veces en cabalgadura y otras a pié, bordeando el río Inambari:

“Hasta la finca (Casahuiri) pudimos hacer el viaje en bestia, pero en adelante todo debimos hacerlo a pie, por caminos en construcción, en los que había pasos malísimos y peligrosos en sumo grado. Espacios de seis u ocho metros que separaban dos rocas o cerros; donde debían colocarse puentes colgantes, eran salvados por dos palos cuyos extremos se apoyaban en ambas rocas y sobre los cuales se habían colgado otros palos a modo de escalera. Excusado es decir que el paso se hacía a cuatro pies y con gran peligro por su elevación grande que naturalmente causaba vértigo y desvanecimiento.”¹³

Ya en la selva, al llegar a la confluencia del río Inambari con el Yahuarmayo, comenzaba un nuevo modo de locomoción, la canoa. Alquilaron una que les cedieron los Huarayos y en ella embarcaron los víveres y utensilios. Para la tripulación, o sea los misioneros, los guías y dos ingenieros que encontraron haciendo la misma ruta, debieron construir balsas.

“Todos trabajamos en la construcción de las balsas, cada uno según sus fuerzas y habilidades... Yo me pasaba horas enteras con los salvajes, grandes y pequeños, empeñado en formar un vocabulario de su idioma, bien hermoso por cierto, y en nada parecido al quechua, no obstante la proximidad relativa de esta tribu con los pueblos quechuistas. Pude reunir unas 200 voces que di, para su comparación con el idioma de los indios de las cercanías, a un buen quechuista, el P. Juan Zavaleta, dominico natural del Cuzco”.¹⁴

¹¹ *Ibíd.*, 39

¹² *ibid.*, 42

¹³ *ibid.*, 43

¹⁴ *ibid.*, 43

El P. Zubieta aprovechaba todas las oportunidades para relacionarse con los indígenas, estudiar su lengua, y conocer su cultura. Iba anotando los conocimientos adquiridos y haciendo el croquis de los ríos que en aquel momento determinaban la configuración de la región. Posteriormente escribía narraciones e informes de los viajes, a la vez que iba planificando los pasos siguientes en el proyecto de Evangelización, que desde luego tenían que darse priorizando las necesidades de las personas.

En esta expedición el P. Zubieta se tuvo que limitar a señalar el posible lugar para la tercera misión, que se establecería junto a los Huarayos, cuando le enviaran misioneros de su provincia, tal como le habían prometido.

Al regresar nuevamente al Cuzco, encontró un aviso urgente pidiéndole viajar a Lima. Era el primer regreso desde que partió de allí con tanta expectativa; aprovechó para informar a las autoridades sobre los recursos y necesidades de la región que había podido percibir, haciendo propuestas al Gobierno y solicitando su ayuda. De estos informes están tomados los siguientes párrafos:

“En la visita que hice al Valle del Ccosñipata quedé gratamente impresionado de la riqueza y grandiosidad de esta región, la que podía ser de un hermoso porvenir de muchas familias y de todo el Departamento del Cuzco, y se halla, sin embargo, en el abandono más completo” Anota también: **“Hay en esta región otra riqueza que es para el misionero más apreciable, que tampoco los buenos patriotas deben desatender: son las innumerables tribus de salvajes que pueblan los valles...”**

Y sus propuestas: **“Tres cosas creo indispensables al objeto: 1ª Arreglo del camino de Paucartambo a Ccosñipata y trocha de Ccosñipata a la confluencia del Tono. 2ª- Colocar en este trayecto cuatro tambos con dos peones, que cuidarían la conservación del camino. 3ª Colocar un teléfono de Asunción al pueblo de Paucartambo. .. Tan bella y grande idea, que me parece una quimera irrealizable y sin embargo confío que pronto se llevará a feliz término contando con la decisiva protección de Ud. y la buena disposición del Gobierno para todas estas obras de progreso e interés del país.”**¹⁵

En la Sociedad Geográfica que visitó en Lima le hicieron la propuesta de explorar el curso del río Yavero del que se desconocía su verdadero curso; también deseaban conocer mejor la región del Ccosñipata y sus recursos a fin de colonizarla ordenadamente. Aprovechó también en Lima para escribir al P. Provincial, informarle de sus exploraciones y solicitar misioneros, una vez que se conocían las necesidades, y las posibilidades de ampliar el trabajo misionero, tal como habían quedado en España.

Los planes se iban ampliando por la fuerza de las necesidades del Proyecto. Esta vez estableció en el Cuzco una casa de acogida, en un local cercano al Convento de Sto. Domingo, que le cedieron los dominicos, llamada Arrayanchayoc. Allí dispuso de algunas habitaciones donde podrían estar temporalmente algunos de sus colaboradores, una vez peones, o guías, o personas que llegaban con él de sus viajes y de la misión.

¹⁵ *ibid.*, Informe del P. Zubieta, 45

Aunque los recursos eran escasos, no podía desatender a los que llegaban al Cuzco, y no encontraban donde alojarse, porque para él, las personas tenían prioridad y procuraba atenderlas a pesar de las limitaciones económicas.

9.- Nueva etapa del proyecto

En una segunda etapa del Proyecto de Evangelización de la zona, hacia 1903, el P. Zubieta realizó nuevas exploraciones al interior de la selva, sin duda las más importantes y arriesgadas, a la vez que iba poniendo en marcha varios proyectos de desarrollo.

Tratando de organizar mejor el trabajo de la selva estableció una nueva base de operaciones en una casita de Llaicho, Paucartambo, lugar de paso hacia la cuenca del Madre de Dios, que además tenía condiciones climáticas y alimentación adecuada para ayudar a recuperarse a los misioneros que ya comenzaban a enfermarse.

También gestionó en ese tiempo otra base de apoyo a la misión en el camino a Chirumbia; para ello solicitó y obtuvo la Parroquia de Sta. Ana, Quillabamba. Esta base apoyaría las necesidades de la misión de esa zona en varios aspectos: económico, educativo, salud, etc. De esta parroquia se encargó el P. Zavaleta, de la Provincia peruana, que estuvo algunos años como colaborador en la Prefectura.

En marzo de 1903 inició el P. Zubieta una de las exploraciones más arriesgadas para conocer la zona y descubrir el desconocido cauce del río Paucartambo, proyecto que le habían sugerido en la Sociedad Geográfica de Lima, pero que sobre todo le interesaba para ubicar nuevas Misiones y posibles formas de trabajo desde las mismas:

“Establecidas las misiones de Chirumbia y Ccosñipata y próxima a establecer la del Yavero en la que se está trabajando, pensé en la necesidad de establecer comunicación entre estas misiones, fundando otra intermedia a ser posible. No para que el misionero esté constantemente en esa misión intermedia, sino para que al hacer la visita anual, pueda demorar en ella un mes o dos y atender la educación y civilización de esas tribus. Mas como esa región fuese completamente desconocida, opinando muchos que el río Paucartambo era el río Manu, me decidí hacer un viaje de exploración de dicha quebrada y ver si, en efecto el río Paucartambo era el río Manu o Yavero y ver los salvajes que pueblan esa región...”¹⁶

No había misioneros disponibles para acompañarle, por eso el viaje de exploración lo hizo con un joven de su confianza, llamado José, y algunos guías que le acompañaban de trecho en trecho, según la zona; una síntesis de su narración hecha por el P. W. Fernández nos da idea lo que fue esta exploración:

“...El primer día 5 leguas a caballo por la altura de la ladera derecha; le acompaña un peón llamado José, que le resultó buen compañero (Mayo de 1903)

¹⁶ *ibid.* Informe del P. Zubieta, 47

Otras 25 leguas en varios días a Lacco. Camino o senda entre peñascos y matorrales (18 días de camino).

A Bellavista 3 leguas... aquí comienza lo temible. El dueño de aquella finca, Sr. Valencia, intenta disuadirle a proseguir el viaje. Cuenta los cientos de fracasos y muertes de otros que habían intentado recorrer aquellos parajes. Hace oídos de mercader y sigue.

Celebra la Misa en Bellavista el 25 de mayo y se ofrece en sacrificio. Le dan dos guías; pudo ir a caballo unas horas; cae dos veces y es arrastrado por la caballería. La segunda caída le causó varias contusiones; asimismo sus acompañantes.

Desiste de seguir con las mulas, y las manda regresar a Bellavista. Carga con su mochila y a la buena de Dios.

Sigue siempre la orilla derecha. Se presentan peñolerías infranqueables; sube a las alturas y amarrado con sogas baja al lado opuesto. Sigue una serie de barrancos; escala, baja a cuatro pies. "Pasamos, -dice- por lugares que jamás he visto tan comprometida mi existencia..."

Se despeña su compañero; sólo por milagro se salva. Sufre el Padre infinita pena. Hora y media empleó en poder salvar a su peón José. Rendidos por el hambre y la fatiga hacen noche a la orilla del río (28 de mayo)

Encuentra una agrupación de machiguengas. Hacen amistad con ellos y los convence de que le acompañen. Gozó con este encuentro; eran sus hijos desperdigados por aquellos parajes remotos u oscuros. No pierde tiempo: allí mismos sienta cátedra con ellos; por felicidad hubo un intérprete. Conoció allí cómo los selvícolas hacen fuego frotando dos palos.

Un apuro del padre. Aquellos salvajes le brindan una bebida fermentada con saliva de las chunchas chicheras. ¡Beber aquello habiendo visto el procedimiento!... ¡imposible! Pues o beber o ser enemigos. La bebió el Padre con repugnancia, y se cautivó la amistad de la tribu, y le ceden dos buenos guías para seguir río abajo.

A Bellavista tres leguas... aquí comienza lo terrible. Aquellos nuevos guías, como gamuzas, subían y bajaban barrancos; trepaban a todo trote; tuvo que suplicarles que acortaran el paso. No lo consiguió. Para seguirles tenía materialmente que rodar, recibiendo pésimas caricias de las espinas y los guijarros.

Como unas diez veces tuvieron que vadear el río para buscar mejor la orilla. Otra agrupación de salvajes; temen éstos una mala visita y se alteran. El jefe sale a su encuentro con su manojo de flechas. No hubo nada. Pronto conoció que los intrusos eran gente de paz; lo adivinaban muy bien. Y Dios hace que las cosas no lleguen a empeorarse. Con los regalos consiguió la amistad y pudo obtener algunos datos sobre el curso del río, motivo de su empeño.

El 1º de junio reanudó el viaje; ahora en canoa con aquellos salvajes que se prestaron a seguirle... El río ya era un considerable; se notaba que no estaba lejos de la confluencia o bien de un tributario suyo. Pero muy luego perdió el Padre la esperanza de terminar el viaje.

Se presentaron importantes correntadas; caía el agua como cataratas. Se niegan los guías a seguir Nuevos regalos; el jefe de la tribu teme perder su canoa. Perplejo se ve el P. Zubieta. Volver jamás. Seguir... ¿cómo? Más regalos... y siguen entre peñascos llevando la canoa a nado los bogas, y desde la orilla otros la sostienen con sogas (bejucos de monte). Aquello no es navegar, sino como náufragos ir a la deriva.

Noche de tigres, Se rodean de fogatas para verse seguros. Otras familias moraban en aquellos alrededores. No hubo temor alguno; los compañeros era fieles intérpretes para decir a sus paisanos el fin de aquel viaje de paz....

El día 6 de junio estaban en la boca del río Maturiato, donde habitan familias civilizadas; allí se cercioró el P. Zubieta que el río Paucartambo desemboca en el río Urubamba, y era el mismo que llamaban Yavero. Bajó a la confluencia, dio gracias a Dios por haberle protegido, escribió su viaje, hizo el croquis de los ríos y dejó indicado el sitio de una nueva Casa-Misión, la que pocos años después se fundó mas abajo, bajo el nombre de "San Vicente de Malanquiato".

El Jurado de la Sociedad Geográfica de Lima reconoció el valor de este descubrimiento y le otorgó la Medalla de Oro del Premio "Eulogio Delgado", concedido en los 25 años de su fundación.

El recorrido del P. Zubieta fue el siguiente:

152 Kmts. En cabalgadura, 170 en jornadas a pie, en canoa poco mas de dos días (unos 40 Kmts.) Total 362 Kmts. Desde la ciudad de Paucartambo hasta la confluencia del río Paucartambo con el río Urubamba".

Este viaje iba a poner al P. Zubieta en amplio contacto con las tribus, en su mismo ambiente. Por un lado su vida corría peligro, no sólo por las dificultades físicas del viaje, sino también porque él solo, y casi sin testigos iba a enfrentar los peligrosos encuentros con las tribus, acostumbradas a replegarse o atacar a los extraños. Sin embargo la dura y temida experiencia del viaje se transformaba con frecuencia en gozosos encuentros, debido a sus actitudes de apertura y diálogo, a su capacidad de valorar y acoger la vida y los gestos de los nativos.

“Llegamos a Derrumbe-pampa donde esta la segunda tribu salvaje... pronto olvidé los trabajos de los días anteriores al ver que todas ellas me dispensaban buena acogida. Todos los nativos salieron a recibirme y me condujeron a la tribu por un camino que solamente ellos conocen...

Las mujeres, dotadas con una vivacidad admirable, comenzaron a preparar chicha de yuca cocida, en la que mezclaban camote masticado para hacerla fermentar con mas premura...

Reunidos los nativos, el jefe llamado Jacinto, me suplicó bautizase a dos niños de la tribu; yo mostré resistencia, diciéndole que de nada serviría el bautismo si después no se educaban como cristianos y civilizados. El jefe me replicó que yo podía encargarme de su educación y por tanto los bautizase... Así lo hice conmovido el ver la decisión de estos nativos...

Terminados los bautizos me vi sorprendido por un brutal abrazo que me dieron los padres de los bautizados, primero los hombres, luego las mujeres... Les obsequié algunas cositas y enseguida comenzaron a llenar varios poros de chicha con la que querían obsequiarnos...¹⁷

Este viaje, como muchos otros, tenía varios objetivos todos encaminados principalmente a una evangelización integral. El P. Zubieta buscó los medios disponibles entonces para hacer un estudio confiable de la realidad, base para un buen proyecto. En sus relatos vemos cómo combinaba la observación científica, la percepción de la naturaleza, y el establecimiento de relaciones fraternas con la gente:

“Muchas veces no quise yo abandonar la embarcación a pesar de la rápida corriente, confiando en Dios, en la destreza de mis salvajes, y en un salvavidas que llevaba puesto. Cuando se ofrecía un peligro inminente, no temía por mí sino por mis papeles, barómetro, pantómetro, etc... El río se inclina más y más al oeste y la altura barométrica es de 600, por lo que sospecho estar muy cerca del Urubamba, y a pesar de todo siguen los malos pasos, correntadas, pedrones inmensos en medio del río...

Al día siguiente escribe de nuevo:

“Yo pasé el día escribiendo palabras y frases del dialecto de los nativos, para formar el vocabulario que tenemos en proyecto. Los nativos pasaron el día comiendo. Eran ellos ocho y ni un solo momento se vieron los fogones desocupados. Si permanecemos en la tribu un día más, no dejan camote, yuca, plátanos ni calabaza... Llegamos a Comporiato a las 12 y 30 p.m. y la alegría que experimenté fue muy grande. Aquí comenzó a ensanchar la estrecha quebrada por donde caminamos algunos días y divisamos hermosas pampas. El río se cambia de impetuoso torrente en pacífico lago, y todos llenos de alegría nos acomodamos en la canoa, y seguimos la marcha franca y exenta de temores. “¹⁸

De este viaje el P. Zubieta saca muchas conclusiones sobre el conocimiento de la región, nuevos proyectos de trabajo y perspectivas de evangelización:

- **"Las tribus salvajes que he hallado son 11, con un total de 50 familias...**
- **Estas tribus están dispuestas a recibir la religión y civilización...**
- **La región es inmensamente rica, con el inconveniente de no ser el río navegable.**
- **Mi visita ha preparado a los nativos, quienes recibirán con los brazos abiertos y con mucho fruto al Misionero que tenga la dicha de hacerles la segunda visita..**
- **Se ha explorado una región desconocida, abriéndose ancho campo a la Misión del Yavero...”¹⁹**

¹⁷ *ibid.* Informes del P. Zubieta, 48

¹⁸ *Ibid.*, 50

¹⁹ *ibid.*, 52

10.- Nuevas expediciones por el Ccosñipata y el Manu

El P. Zubieta iba conociendo más y más la problemática de los nativos y veía la necesidad de modificar los primeros planes. Avanzar en la Evangelización de la zona que le habían encomendado suponía acercarse más a las tribus, ya que ellos no se acercaban a la Misión, establecida entonces en las cercanías de las últimas haciendas; las experiencias dolorosas de los nativos en el encuentro con los hacendados, hacía que se alejaran lo más posible para proteger su vida y su familia.

La experiencia de ver los frecuentes enfrentamientos, y el conocimiento de la situación de los nativos convencía al P. Zubieta y a los misioneros que era necesario ponerse al lado de los oprimidos como testimonio para ambos bandos, ya que suprimir los enfrentamientos existentes era un plan difícil y a largo plazo. Las posturas eran opuestas. Los nativos defendían su vida y su territorio. Los que entraban a la zona buscando riquezas, daban prioridad a sus intereses económicos y esto pasaba por el acoso a los nativos para despejar el terreno de las plantaciones o para recoger el caucho, utilizando a los nativos como mano de obra totalmente gratuita.

Con frecuencia el misionero entraba junto al cauchero amparándose en el medio de navegación que este poseía, y que el misionero no podía adquirir; pero pronto se fueron separando al conocer la relación brutal y esclavizante a que eran sometidos los pobres nativos, desigualmente armados; los misioneros progresivamente se enfrentaron con aquellos hombres que realizaban las “correrías” como método para atrapar y llevarse por la fuerza a los nativos hacia los campamentos caucheros.

El P. Zubieta que era pionero en este acercamiento a las tribus del interior, aprovechó esta vez una expedición que un grupo de la Junta de Aguas fluviales del Perú iba a realizar en la zona y se integró en el grupo, ya que ellos poseían algunos recursos muy necesarios para esta exploración.

Desde Asunción se preparó la expedición hacia el Manu, en junio de 1904. Iba el P. Zubieta y el Hno. José Torres; abrieron camino de Asunción al Tono, aprovechando la ayuda de un grupo de soldados construyeron un puente colgante elemental sobre el río Pilcopata. Estableciendo algún campamento provisional, avanzaron abriendo trocha hasta llegar al Madre de Dios. Una parte de la descripción hecha por el P. Zubieta nos da idea del viaje:

“El día 19 amaneció esplendoroso, lo que aumentó más y más nuestro entusiasmo, al pensar que íbamos a atravesar el temido Ccoñec, y visitar una región que, aunque había sido ya hollada por otros exploradores, parecía estar envuelta en el misterio y cubierta con el velo del temor de lo desconocido y lo grandioso... Queríamos salvar el Ccoñec este día y acampar en el río Carbón, mas fue del todo imposible, a pesar de caminar todo el día. Apuramos la marcha en la tarde, lo que nos ocasionaba mil caídas por ser el terreno muy accidentado y resbaladizo; pero nos tomó la noche a pocas cuadras del río Carbón y hubimos de pernoctar,

incómodos, en un pequeño arroyo que desagua en el Ccoñec, sin sernos posible preparar ni un mal caldo para restaurar las fuerzas perdidas...”²⁰

El viaje le acercó a las tribus huachipaires y ccirineires principalmente, situados cerca de los ríos Ccoñec y Madre de Dios, recogiendo abundante información sobre la densidad de población, y sus condiciones de vida.

El P. Zubieta regresó a Asunción y se encontró con la noticia de que el Gobierno del Perú había aprobado parte de los proyectos presentados por él en Lima y comenzó a organizar y establecer coordinaciones para realizarlos:

“Pedí al Supremo Gobierno del Perú se estableciese una línea telefónica de Paucartambo al Madre de Dios, y fue atendida mi petición, mandándome al efecto 1.000 Kmts. de alambres, 1.000 aisladores y últimamente S/. 1.000 para los trabajos de dicha línea... Esta línea se ha construido con increíble economía, debido a los esfuerzos de esta Prefectura.... Este progreso será el principio del comercio y adelanto de esta hermosa región del Madre de Dios...”²¹

Las obras se realizaron con varias interrupciones y por fin se concluyeron hacia junio de 1905. El Gobierno le alabó y agradeció, más también se crearon algunas enemistades entre los explotadores de los nativos, porque suponían que iban a tener más vigilancia y los abusos que se cometían podían ser conocidos fuera de la zona. Estos denunciaron al P. Zubieta haciéndole responsable de la muerte de algún trabajador, que había muerto a causa del paludismo, frecuente en la zona.

Las incomprensiones y quejas también surgieron desde el propio grupo de misioneros, que no comprendía el sentido de una Evangelización que pretendía “abrir puertas” atendiendo con prioridad las necesidades básicas de las personas y el desarrollo de la zona. En la mentalidad de la época, la tarea del misionero iba por lo religioso y sacramental, que llevaba a la salvación del alma y la pertenencia a la Iglesia por el bautismo era fundamental para esta finalidad. El P. Zubieta debió dar explicaciones sobre su estilo de trabajo, reafirmando a la vez su postura:

“El deseo de abrir puertas para procurar la conquista de innumerables nativos que pueblan esas desconocidas selvas, es el que me ha inducido a procurar que se abran caminos y se establezcan comunicación rápidas entre este departamento y las regiones del interior. No se me oculta la idea de algunas personas que creen impropio del misionero ocuparse de caminos, etc.; pero yo, obrando lo que creo más conducente para nuestra Misión, respeto las ideas de personas sensatas y de buena voluntad que así opinan por desconocer las circunstancias de esta Prefectura y compadezco a las que así piensan por otros móviles que no califico...”²²

El 21 de septiembre de 1904 inició una nueva expedición hacia el centro del territorio, penetrando hacia el río Manu y Madre de Dios, donde según las noticias que tenía, se concentraban muchos nativos. Se aprovisionaron y ultimaron los preparativos

²⁰ *Ibíd.*, 62

²¹ *Ibíd.*, 59

²² *ibíd.*, 77

en Asunción, saliendo con un grupo de personas del Cuzco, interesadas en la exploración.

A raíz de los graves incidentes ocurridos en este viaje, el P. Zubieta escribió un largo y detallado informe sobre la terrible experiencia personal y del grupo. que revela el riesgo que corrían en estos viajes, la capacidad de sufrimiento del P. Zubieta y la fortaleza necesaria para sobreponerse y animar al grupo. De este informe están tomados las partes más interesantes.

“Hechos los preparativos del viaje, sin haber omitido el menor detalle, salimos el día 3 de Octubre, con dirección al río Tono, donde acampamos a las 2 p.m. del mismo día.

Componíamos la expedición 8 personas: los Señores Barreda, Enrique y Mariano Yabar, Nazario Zavala, Fernando Pimentel, Fr. José Torres, Fr. (Ricardo) Wilson y el que suscribe. Todos se manifestaban alegres; las horas que nos detuvimos en el Tono se hacían demasiado largas, esperando ansiosos el momento de embarque.

Amaneció el día 4 hermoso como ningún otro; parecía asociarse el cielo a nuestra alegría y entusiasmo. Eran las 8 a.m. cuando llegaron las canoas al Pilcopata, en su confluencia con el Tono, donde esperábamos...

Nos embarcamos a las 9 a.m. habiendo sacado algunas fotografías en el momento de embarcarnos. Seguimos el viaje haciendo dos transbordos en un trayecto de tres kilómetros por salvar pasos malísimos... y llegamos a la confluencia del Piñi-Piñi con el Madre de Dios... aquí descansamos para tomar algún alimento...

Disminuyeron la carga de nuestra canoa hasta que a juicio de los bogas y del mismo Sr. Peña Herrera quedó bien para navegar y emprendimos el viaje a las 4:45 p.m. Esperábamos estar en el Carbón donde debíamos acampar, a las 5:10 a lo más.

Habíamos andado 15 minutos cuando llegamos a una fuerte correntada que comienza a 200 mts. antes de entrar en el Ccoñec y termina en una peñolería del mismo. Con el choque violento del agua contra la roca formábanse dos remolinos, uno malísimo a la derecha y otro no tan peligroso a la izquierda.

Los guías debían llevar la canoa por el mismo centro de la correntada, hasta 100 metros antes de chocar el agua contra la roca; allí inclinar la proa a la izquierda y dar un fuerte golpe de remo para atravesar la correntada y llevar la canoa al remolino izquierdo, salvándola así del choque contra la peña y del peligrosísimo remolino de la derecha; ...pero sin duda dieron demasiado impulso a la canoa, la proa chocó contra alguna piedra... cruzándose la canoa en el río... como los golpes de la correntada son muy fuertes cubrieron la popa, donde comenzó a entrar agua hasta sumergirse la canoa por completo. En ese momento no se oyó ni un grito, ni un pequeño quejido... La correntada nos envolvió a todos echándonos una vez al fondo y elevándonos después a la superficie. Así llegamos al centro del remolino izquierdo donde todos nos vimos confundidos. D. Enrique, Nazario y Fr. Wilson salieron del remolino a la orilla en los primeros momentos.... Barreda, Mariano y yo

logramos subir a la canoa que estaba volteada; pero ésta comenzó a zozobrar con el peso y nos caímos al abismo, que parecía no tener fondo.

Yo me ví entonces sumergido, y al hacer esfuerzos supremos para salir a la superficie, toqué un bulto encauchado y en él pensé hallar mi salvación, pero no podía asirme. Creí llegado mi último momento, cuando vi cerca de mí la canoa, volteada todavía, que siendo juguete del remolino, se aproximaba a mi lado. Dejé entonces el bulto... y con grandes esfuerzos logré acercarme a la embarcación que sólo distaba de mí un metro a lo más. Luché en vano para subir a ella y cuando vi la inutilidad de mis esfuerzos y comenzaba a tragar agua y perder la respiración, cumpliendo con mi misión de sacerdote, absolví a todos antes de mi muerte que veía segura.

En esos momentos de lucha vi al ingeniero Barreda en muy mal estado, pidiendo auxilio; le grité: Agárrese a un bulto. Y en efecto, se cogió a uno que se hallaba cerca de él y así logró salir del remolino y siguió el curso del río...

Cuando yo encomendaba mi alma a Dios y me despedía del mundo, vime sentado sobre la canoa, sin poder comprender todavía cómo pude realizarlo. Desde allí ví al ingeniero que seguía río abajo... ví a un piro que estaba luchando con la muerte; a D. Enrique que iba ayudando a su hermano Mariano, a Pimentel y Fr. José que no lograban salir del remolino. ¡Cuadro el mas horroroso y desgarrador que he presenciado en la vida y espero no ver jamás!

El Hno. Fr. José Torres al verme sobre la canoa grito: Padre, ¡Absolución! Absolví a todos en alta voz y en aquel momento se sumergieron Fernando Pimentel y Fr. José, no volviendo a aparecer. Me entró entonces una especie de desesperación que rayaba en locura y un estado nervioso tal que creí no poder sostenerme sobre la canoa.

Todos habían desaparecido en el remolino, a excepción de los tres nativos que no se habían desprendido de la embarcación y el que suscribe que con dificultad se sostenía sobre ella. Logramos llevar la canoa a una peñolería de la playa opuesta, donde la volteamos, sacamos el agua y en el acto pasamos a la playa opuesta cruzando el peligroso remolino para que se embarcaran Zavala y Fr. Wilson. Seguimos Ccoñec abajo para ver si podíamos salvar a algunos de nuestros compañeros.... a unos cien metros vimos a D. Enrique... entró en la canoa y seguimos hasta terminar el Ccoñec. Ya no quisieron avanzar los nativos por ser ya tarde y por temor a una correntada próxima, y atracamos en la playa....

Pasamos la noche en la mas terrible angustia por las desgracias sufridas; nada nos importaba estar con la ropa mojada y aguantando un molesto aguacero, sin comer y con el peligro de salvajes; en nada pensábamos más que en las víctimas...

Amaneció por fin el día 5, después de la noche que nos pareció un siglo y al hablar sobre lo que debíamos hacer, apareció a lo lejos el ingeniero que venía hacia nosotros en la playa. Corrimos a su encuentro, lo abrazamos, y lloramos juntos nuestras desgracias. Eran la primeras lágrimas que brotaron de nuestros ojos; la

intensidad del dolor nos había impedido hasta entonces derramar una sola lágrima.. De ocho expedicionarios salvamos cinco, y de cuatro nativos se salvaron tres.

Conversamos sobre lo que debíamos hacer y el que suscribe propuso seguir el viaje, sobreponiéndonos cada uno a su dolor. Difícil en verdad era nuestra situación; habíamos quedado sin ropa, sin víveres, sin armas, sin aparatos de observación; pero habíamos decidido seguir el viaje y así lo hicimos a las 2:30 cuando llegaron las canoas de Piñi-Piñi. Serían las 2:20 cuando hallamos en la playa el cadáver del piro, le dimos sepultura y seguimos viaje a las 4 p.m... Elegimos el lugar para establecer la nueva Misión.²³

Las circunstancias del viaje y los impresionantes acontecimientos deterioraron su salud impidiéndole seguir las expediciones de momento. Fue una época de reveses y oscuridad personal, en la que se le acumularon los problemas. El P. Provincial le escribió diciéndole que no podía enviar mas personal; la Provincia San Juan Bautista del Perú tampoco le podía ayudar mas; los pocos misioneros, cansados, se enfermaban ; el P. Cuesta debía salir de la selva para restablecer su salud. En cartas familiares el P. Zubieta expresa su estado deteriorado que le llevó a pensar en la renuncia a su cargo:

“... la fiebre que me atacó a la salida del Madre de Dios y una llaga de mal carácter llamada jucuya que tenía en un pie y amenazaba extenderse a otras partes del cuerpo, inutilizándome por tanto para seguir en el trabajo comenzado; todos éstos eran suficientes motivos para desalentarme.... por la doble enfermedad física y moral que se ha apoderado de todo mi ser hasta incapacitarme para las obras mas insignificantes. Yo he estado enfermo desde julio hasta enero que marché a Lima a reponerme y arreglar algunos asuntos...”²⁴

Hasta 1906 la participación del P. Zubieta fue muy directa tanto en las obras de desarrollo como en la gestión necesaria a otros niveles y coordinaciones. La ayuda fraterna en cambio era bastante limitada y centrada en es aspecto religioso de la misión según los criterios comunes de su época. Él en cambio entendía que la Evangelización debía llegar a toda la persona y sus necesidades vitales, comprendiendo que la base del desarrollo social de la zona tenía que partir de las personas, promoverlas, hacerles participar, integrándose en la sociedad local y nacional. En los proyectos de esta época entraban líneas telefónicas y telegráficas, caminos y trochas, puentes colgantes etc. Elaboró informes, hizo croquis de ríos y rutas, escribió narraciones, en las que fue también sintetizando el conocimiento de la zona, los recursos, la lengua, empujando planes muy audaces con los escasos medios que contaba.

Una de las más grandes dificultades y sufrimiento fue la carencia de apoyo y la escasez de misioneros. Su provincia tenía otras prioridades y no podía enviar misioneros. El P. Zubieta hizo efectiva la renuncia ante el Maestro General, P. Cormier, pero éste, con su visión profunda de lo que significaban las opciones misioneras para la Orden y la convicción de que las perspectivas de renovación iban a venir por la vía de serios compromisos de evangelización, que podían arrastrar a muchos y superar los conceptos y prácticas de trabajo y espiritualidad, intervino y se tomaron otras decisiones. Después

²³ *ibíd.*, 77-79

²⁴ *ibíd.*, 61

de un diálogo entre el P. General y el provincial de la Provincia de Sto. Domingo de España, ésta se encargó de la Misión. Fue un cambio importante que obligó a cada uno de los que integraban el grupo misionero a determinar su situación: si regresar a España o integrarse en la nueva provincia; el P. Palacios se unió a la Provincia peruana donde permaneció por un tiempo, hasta que regresó a España. El P. Cuesta siguió en la misión unos años más. El P. Provincial pidió al P. Zubieta seguir como Prelado asignándole también como Vicario del grupo.

La Provincia de Sto. Domingo recibió el encargo de esta Misión como una responsabilidad y una bendición de Dios. El Provincial. P. Vicente Alvarez Cienfuegos escribe así:

“El Consejo de Provincia aceptó por unanimidad las Misiones. Dios quiera que ellas sirvan para levantar el verdadero espíritu apostólico de que tan necesitados estamos... Nos han sido como sabéis confiadas las Misiones de Sto. Domingo de Urubamba. Con el objeto de atender, cual conviene a sus múltiples necesidades, y oído previamente el parecer de nuestro consejo, hemos resuelto destinar y asignar a ellas como por las presentes, en virtud del Espíritu Santo y Santa Obediencia y bajo precepto formal, destinamos y asignamos a los PP. Fr. José Pío Aza, Fr. Juan Suárez, y al Hno. de obediencia Fr. Pedro Serna, hijos todos de la provincia de España.”

Y en otra carta:

*"Con el favor de Dios mañana se embarcarán los PP.Misioneros... el sacrificio que hace la Provincia en personal y dinero es enorme. Pero tratándose de tan grandiosa obra y tan propia del fin de nuestra Orden con gusto lo entrego todo en la esperanza de que Dios ha de bendecirnos."*²⁵

11.- Impulso misionero

El P. Zubieta recibió alborozado a los nuevos Misioneros preparándoles en la casa de Llaycho un ambiente comunitario y fraterno; poco después se unieron también al grupo los PP. Elicerio Martínez, Enrique Sánchez y Guillermo del Campo que llegaron también de España. Allí permanecieron todos cinco meses para estudiar la realidad y compartir las expectativas de la nueva misión; se integraron como grupo, planificaron y repartieron tareas. A partir de entonces el Proyecto Misionero se hizo más comunitario y participativo, ya que los nuevos misioneros sintonizaron más con el sentido evangelizador del P. Zubieta y estaba llenos de entusiasmo y valor. El P. Pío Aza escribía admirado:

"Dado el celo ardiente de nuestro P. Prefecto por la salvación de las almas, mucho debió sufrir en todo este tiempo al verse casi sólo en medio de un campo tan vasto y de una miés abundante.

Él recorría en todas las direcciones la Misión sin reparar en sacrificios, exponiendo muchas veces su vida; él hubiera querido estar al mismo tiempo en todas partes, si estaba en Chirumbia no podía estar en Paucartambo, en Ccosñipata, a orillas

²⁵ *ibíd.*, Cartas y nombramientos, Págs. 289-s

del Manu, en el Cuzco, donde le reclamaban asuntos importantes de la Misión, y esto le llenaba de tristeza. Escribía cartas a diferentes puntos demandando misioneros, y si bien no recibía una negativa, los misioneros no acababan de llegar."

La Prefectura quedó organizada en tres sectores, coincidiendo con las tres principales cuencas de los ríos que definen la región. La casa de Llaycho, sede del Prefecto, sería también un lugar para iniciar la educación de niños, salud y recuperación de misioneros. También sería Quillabamba centro misionero de la zona de Urubamba, la región más oriental, a cargo del P. Elicerio Martínez. Las comunicaciones con el P. Zubieta eran frecuentes y fluidas; a él le llegaban propuestas, quejas, peticiones. A través de estas comunicaciones, que casi siempre debían ser escritas debido a las distancias, conocemos la actividad misionera que se iba desarrollando, la problemática que iban descubriendo y las decisiones que los misioneros proponían, a medida que se acercaban más y más a los nativos.

A esta etapa pertenecen los mejores testimonios y valientes denuncias ante la situación de explotación de los nativos; también se iniciaron escritos más sistemáticos sobre costumbres, mitos, religión, etc. de las diferentes tribus que dieron paso a investigaciones etnológicas posteriores; escribieron muchos artículos que mostraban el lado positivo de las tribus, tan desconocido y distorsionado por los explotadores que llegaban de fuera.

Poco a poco se fueron ubicando las casas-misión cerca de los nativos y éstos se acercaban a la Misión, dando así la posibilidad de organizar escuelas, atención sanitaria y una iniciación en la fe más consciente, vital y transformadora del grupo.

La situación económica era siempre una preocupación; había que hacer frente a los gastos estrictamente necesarios para vivir y trabajar, con préstamos, hipotecas de lo poco que poseían, y favores que había que pedir:

"...He hipotecado la Hacienda Rosario (Challabamba) mediante la cantidad de S./ 2000, que he tomado a interés del 10% anual. Esta hipoteca ha sido muy dolorosa para mí, y se que será un tormento para los demás misioneros; pero era de todo punto necesario por tener que devolver una plata prestada, y para hacer algún gasto para las Misiones. Más todavía, me hacían encargos los Padres Misioneros y no tenía un solo centavo para atenderlos. Dios sabe cuanto he sufrido y con qué pena he dado el paso..."²⁶

La subvención del Gobierno era cada vez menos constante debido a los cambios políticos el país. Las gestiones duraban meses y requerían la presencia en Lima de alguien que lo gestionara. El P. Zubieta hizo frente a todo a pesar de estar con frecuencia enfermo. Sólo la fortaleza de la fe le hacía seguir adelante y retomar con nuevo ánimo toda la obra Evangelizadora.

Desde Chirumbia el P. Elicerio Martínez avanzó por la cuenca del Urubamba. Se inició la Misión de San Vicente de Malankiato, la que debieron dejar poco después por problemas de salud.

²⁶ *ibíd.*, Carta del P. Zubieta, 84

En la zona este, desde Asunción, crearon la nueva Misión de “San Luis del Manu”, que se fundó en 1909, tras superar muchas dificultades; al haber más concentración de nativos se organizaron algunos servicios en la misión, para ir levantando el nivel educativo de las personas, comenzando por los niños. El Hno. Serna era el maestro experimentado en la educación escolarizada, y el Hno. Wilson enseñaba algo sobre cultivos, que a la vez darían alimento para el internado. El P. Pío Aza estaba disponible para las salidas por los ríos, prosiguiendo la exploraciones y el contacto con nuevas tribus. Iniciaban pues, diversas experiencias de trabajo, propuestas a nivel de la Prefectura. El P. Zubieta se expresaba así sobre la forma de trabajo:

“No hay Misión si no hay escuela en la Misión; por sólo catequesis, por muy esmerada y asidua que sea, no radica al nativo cerca de los misioneros. Comprendo las grandes dificultades para sostener una escuela, donde han de ser casi todos los alumnos internos, por las distancias, índole de los padres y el instinto de los niños a la libertad mas absoluta. Y por parte de los misioneros por la escasez de recursos y la sujeción a tan dura tarea. Procuraré remitirles material de escuela, ropa, víveres que en la montaña no consigan”.

Durante estos años se impulsaron proyectos educativos como base para levantar el nivel y participación de los nativos. El P. Zubieta hizo algunas experiencias de sacar niños y niñas hasta el Cuzco, pero esto no tenía grandes repercusiones en la mayoría de la población de la selva. Por esto buscaba nuevas formas de realizar la educación dentro de la misma selva, complementando la que ya realizaban los misioneros.

“Una de las necesidades de esta Prefectura en que tienen puestos los ojos los Misioneros es traer hermanas docentes que se encarguen de la educación de las niñas y niños de corta edad. Hemos hecho lo posible para realizar nuestros deseos pero se han presentado dificultades y con sentimiento hemos tenido que abandonar temporalmente el proyecto...”²⁷

A principios de 1909 llegó un nuevo grupo de misioneros que reforzaron las nuevas misiones: los PP. Victorino Osende, Manuel Alvarez y Fr. Bonifacio Fernández. El P. Osende quedó a cargo de la Procuración de Misiones, en el Cuzco, y los otros reforzaron las misiones fundadas. El P. Osende, gran admirador del P. Zubieta, confidente y amigo, a través de escritos y cartas dejó admirables descripciones de su personalidad misionera:

“El gran explorador y apóstol de la Montaña del Perú, cuando se olvidaba de si era un coloso; cuando volvía sobre sí, era un niño. Al tratarlo en la intimidad eso era lo primero que se advertía, y ése era sin duda el secreto de la atracción y simpatía que inspiraba, porque nada encanta tanto como la humildad en la grandeza. Ignoraba sus talentos y buenas cualidades y se reconocía el más inútil de los hombres. Vivía siempre con la obsesión de renunciar a su puesto por parecerle que era un obstáculo para el bien de las misiones. Era dócil a las menores indicaciones, casi hasta el exceso; pues si alguna vez se le notaba vacilación en sus decisiones, esto obedecía generalmente a que prestaba demasiada atención al parecer ajeno.”

²⁷ *Ibíd.*, Carta del P. Zubieta, Pág. 85

El P. Zubieta continuó visitando los puestos de misión y apoyando los proyectos de comunicación, tan necesarios para romper el aislamiento de la zona. Apoyaba y vigilaba las obras para abrir el camino del Tono a Panticolla que a veces se debía interrumpir por la epidemia de paludismo que atacaba a todos, incluso a él. También en estos años se realizó el tendido de la línea telefónica a Sta. Ana, en el Valle de la Convención y algunas obras más en la zona.

En Mayo de 1910 el P. Pio Aza inició la misión de San Jacinto de Maldonado, que llegó a tener una ubicación central y adecuada para impulsar la vida de la Prefectura, y más tarde se centralizó allí la administración religiosa y política de la zona. El P. Zubieta visitó en junio la nueva misión y permaneció allí cinco meses; junto con los misioneros compartían las tareas de la misión y buscaban nuevas proyecciones. Construyeron una sencilla vivienda compartida con el internado de los nativos que poco a poco llegaban a la escuela. También se integraron allí el P. Juan Suárez-Dóriga y el Hno. Bonifacio, ambos se encargaron de las tareas de la Misión mientras el P. José Pío salía por los ríos. Este hermano murió en abril de 1911, en un naufragio; fue la segunda víctima del grupo en el arriesgado compromiso misionero de la Prelatura .

La complejidad de las tareas misionales hizo pensar al P. Zubieta en la posibilidad de buscar otras colaboraciones; sentía especialmente la urgencia de atender a la mujer, por el papel tan importante y decisivo que ésta tenía dentro de la familia y la tribu. Ya desde los primeros contactos con los nativos en 1902, al P. Zubieta le impresionó la penosa situación de la mujer; escribió refiriéndose a aquel momento:

“Me conmovió profundamente la situación de la mujer en la selva. Desde ese momento se me clavó en la mente y el corazón la idea de remediar tanta vileza y no veía otra manera de introducir en el apostolado de la Montaña la colaboración de religiosas. Sólo ellas podían penetrar en el alma de esas mujeres y darles a conocer su propia dignidad” ²⁸

Poco a poco se dio cuenta de su papel decisivo en la tribu y aunque a nivel general la mujer estaba privada de toda participación social importante, la mujer en la selva y dentro de la tribu y según su cultura peculiar, contaba más que en el resto de la sociedad peruana. El P. Zubieta se propuso atender a su formación, así como se atendía la del hombre. Ahora veía esto urgente, y así lo veían también los misioneros con los que compartía esta inquietud.

La presencia de misioneras en la selva sería una colaboración muy valiosa para la formación de la mujer, pero sería un proyecto lejano, debido a las condiciones tan difíciles para entrar y vivir en la selva, al mismo tiempo que topaba con la limitación de encontrar las religiosas que lo pudieran realizar, ya que en ese tiempo se les exigía vivir dentro del Convento, en régimen semi-claustral, y con una protección difícil de conseguir en la selva. ¿Dónde encontrar Misioneras, -se preguntaba el Padre Zubieta-, capaces de vivir en la selva? Presentó la idea en la primera reunión de los misioneros, y fue aceptada por todos como principio, aunque dudaban de su realización por las

²⁸ *ibíd.*, 42

dificultades prácticas que percibían. Sólo el P. Zubieta, acostumbrado a hacer planes novedosos y difíciles, por amor a la misión, la creía posible y prometió realizarla.

Desde Maldonado se dirigió el P. Zubieta al Cuzco, pasando por el Tono en un viaje muy penoso, de largas y difíciles caminatas. Pasó nuevamente por el Ccoñec, reviviendo las dolorosas experiencias del naufragio y el recuerdo de los que allí quedaron. El viaje, como siempre, fue muy penoso:

“Había algunos lugares del río tan peligrosos que era tentar a Dios el atravesarlos. Sólo la fe y la confianza en Dios que me alimentan, de un modo especial, en estos viajes, y la pericia de los nativos que dirigen las canoas, pueden infundir un poco de tranquilidad... Era nuestro deseo llegar a Cuzco el 25, pero Dios me había deparado una prueba más... estaba con los pies llenos de llagas y tuve necesidad de quedarme en Tono 12 días hasta que sanasen un tanto mis pies.”²⁹

Y cuenta el P. W. Fernández: *“...Y cuando se sintió mejorado para las jornadas que le faltaban, fue sorprendido con una noticia nada confortadora. Le habían formado un proceso criminal y pedía cárcel para su persona; los amigos que se constituyeron en sus abogados le escribieron avisándole del caso y le suplicaban que se detuviera en la montaña hasta nuevo aviso. Así hubo de hacerlo. Le hacían responsable de la muerte de un muchacho que, como él, sufriera naufragio y no pudo salvarse.... Dos buenos amigos, ... abogaron por el Padre y vindicaron su inocencia de tal modo que el juez anuló la sentencia de cárcel que solicitaba para el P. Zubieta”.*

12.- La defensa de los nativos

A medida que el P. Zubieta iba conociendo más de cerca las tribus y comunicándose con los nativos, iba también conociendo mas su problemática. La más cruda y principal era la persecución que hacían personas armadas, enviadas por los patrones caucheros, que se llamaban correrías. Sorprendían a las tribus para atrapar a los nativos por la fuerza y llevarlos a los campamentos a trabajar para el patrón. Esto sembraba pánico entre los pacíficos pobladores, que unas veces se defendían con sus flechas y otras se limitaban a huir. En toda la amplia región de la selva, norte y sur, existía esta forma de acoso a las tribus.

Durante la permanencia del P. Zubieta en Chirumbia, ocurrió una de esas correrías sangrientas que los “civilizados” hacían periódicamente a las tribus. Los atacantes contaban los hechos a su favor culpando a los nativos de los ataques, pero los misioneros conocían también la versión de los hechos por los mismos nativos; con frecuencia alguno de estos se escapaba de las manos de los captores y llegaba a la misión, contando a su vez la relación de los hechos y pidiendo protección.

Ante la cruel realidad, por otra parte tan generalizada, los misioneros no se quedaron ajenos e indiferentes sino que se constituyeron en defensores de los nativos; presentando denuncias antes las autoridades locales, pero estas nada podían hacer. Y lo

²⁹ *ibíd.*, 96

único que sacaban era enfrentarse cada vez más con los caucheros, sin encontrar solución efectiva.

El P. Zubieta, como autoridad de la Prelatura, acudió a Lima en 1910 denunciando los hechos con documentos que los probaban y presionando la autoridad nacional:

“...Como fundador y Superior de las misiones de Sto. Domingo y Madre de Dios recurro al Supremo Gobierno para pedirle las facilidades necesarias a la conservación y progreso de las misiones....

3ª Protección a los salvajes que son perseguidos y cazados como fieras, resultando de esas cacerías la muerte de unos y esclavitud de otros. Reúnense tres o cuatro individuos y bien armados, penetran en una tribu dócil y hospitalaria con carácter pacífico y comercial, y cuando ven la ocasión propicia, acometen a los nativos haciendo uso de las armas de fuego. Unos de los nativos huyen a ocultarse, otros caen heridos mortalmente y otros más tímidos quedan a disposición de los criminales para ser vendidos según la edad, sexo y condiciones de cada uno.

Causa horror el solo hecho de recordar semejantes crímenes, pero es necesario hablar claro y poner remedio. En la Región del Urubamba hay individuos conocidos que se dedican a ese negocio escandaloso e inhumano..... En los ocho años que llevo en estas regiones, han desaparecido varias tribus, a causa de las dichas correrías,...

Las misiones con sus escuelas respectivas pueden ser la mejor base y principio de los pueblos en esas regiones. Prueba de ello son las Misiones de Urubamba y S. Vicente de Malanquiato. Allí se van reuniendo nativos dispersos, los que jamás se hubieran agrupado sin el apoyo del misionero y la escuela fundada y sostenido por él. Saben muy bien los salvajes que el misionero no será su patrón ni su dueño, sino su padre cariñoso, que los protegerá contra todos los abusos de que son objeto en muchos lugares, donde no hay más autoridad ni otra ley que... la fuerza bruta “.³⁰

Sólo encontró promesas de solución, pero la selva estaba muy lejos de Lima y los intereses económicos se anteponian a la persona de los nativos.

En la cuenca del Madre de Dios se daba una situación semejante; el P. Pio Aza escribía al P. Zubieta informándole de hechos de la misma naturaleza ocurridos en la zona: *“... Estas son las casi únicas noticias satisfactorias que en esta carta pueda comunicarle, pues lo restante no será sino el relato de las brutalidades y crímenes que con los pobres indios de esta región se están cometiendo y que creo un deber comunicárselo a V.P. para que a su vez lo ponga en conocimiento del Supremo Gobierno de la Nación a ver el modo de conseguir que éste dispense una protección más directa y eficaz a estos infelices salvajes, y que los ponga al abrigo de tantos y tantos atentados que con ellos se están cometiendo... Vea pues si los PP. Misioneros no tenemos motivos para quejarnos una y mil veces y protestar contra tanta iniquidad, contra ese comercio de carne humana, y el tráfico de compra y venta de hombres, mujeres y niños, que se*

³⁰ *ibíd.*, 90

está realizando en estas regiones. Me haría interminable si fuera a detallarle los casos de este comercio escandaloso...

Las denuncias y propuestas de solución no eran aceptadas en las autoridades locales, pues con frecuencia ellos mismos están comprometidos en este trato inhumano, comprando a los cautivos y poniéndoles a su servicio y enviándoles luego a realizar las mismas correrías.

El P. Zubieta en repetidos viajes a Lima presentó ante las autoridades los informes de los hechos que se estaban dando en la selva, buscando apoyo para remediarlo. Informó al Delegado Apostólico, M. Capardinni, para que él también influyera ante las autoridades y apoyara sus propuestas. Presentó luego al Presidente del Gobierno, entonces D. Augusto B. Leguía, la situación, pidiéndole que interviniese. Este le contestó que él mismo redactase un documento para presentarlo como decreto ley ante el Congreso, y así lo hizo, según relata el P. Fernández:

“Presentó el Padre el Decreto. Entre las medidas que creyó necesarias para acabar con aquella situación violenta y alarmante, sugería las siguientes:

1ª Quedan prohibidas en absoluto las correrías.

2ª Es así mismo absolutamente prohibido el tráfico con los nativos u otras personas, bajo ningún pretexto.

3ª los salvajes adquiridos de otro modo cualquiera prohibido por este decreto, serán entregados a la Misión Apostólica para su educación e instrucción. Los crímenes cometidos por los salvajes serán castigados por las autoridades de la zona correspondiente... (Evitando así castigos particulares)

4º Los patronos que tienen personal indígena a su servicio estarán obligados a que los hijos de éstos asistan a la escuela...

Y pedía sanción para los que contravinieran cualquiera de lo ordenado en el Decreto. No pasó a Ley dicho Decreto; pero el Sr. Presidente impartió órdenes a las autoridades del Departamento del Madre de Dios para que velaran por el orden y la moralidad de los habitantes, y denunciaran los casos que ocurrieran, y advertía que se diesen garantías a los misioneros, comprendiendo las trabas que les ponía para evitar atropellos o denunciarlos y desautorizar sus buenos servicios en develar por los necesitados.”

De regreso a la misión, el P. Zubieta gastó largas temporadas con los misioneros compartiendo tareas y realizando nuevos planes para avanzar en varios frentes. Deseaba desembarazarse de los asuntos administrativos para dedicar mas tiempo a la Misión, por eso delegó en el P. Osende, que residía en el Cuzco, varias de estas tareas. Por un informe enviado a la Propagación de la Fe, conocemos algunas decisiones del P. Zubieta en este tiempo:

“En vísperas de marchar a la montaña, participo a Ud. que queda en esta casa-misión del Cuzco el P. Fr. Victorino Osende en calidad de Procurador General de las Misiones de Santo Domingo del Urubamba, con todos mis poderes y facultades, quien se dirigirá a Ud. en caso de necesidad.

He tomado la determinación de nombrar a un Padre Misionero Procurador, a fin de visitar yo las misiones y permanecer donde crea más conveniente para el

bien de mis queridas y prósperas misiones. De otro modo como las regiones de Urubamba y Madre de Dios están a tanta distancia una de otra, siempre quedaría una de ellas desatendida.

Deseo visitar las misiones del Urubamba, permaneciendo en ellas dos o tres meses, y luego bajar hasta Sepahua, desde donde me dirigiré a las Misiones del Manu y Madre de Dios pasando por el istmo de Fiscarral, donde los padres reclaman mi presencia...

A mi llegada al Cuzco, he tenido la gran satisfacción de encontrarme con el celosísimo misionero P. Pío Aza que termina una expedición de siete meses de ausencia de la misión de S. Jacinto, Madre de Dios, y Puerto Maldonado. Ha recorrido el río Piedras y el alto Purús donde jamás fieles ni infieles habían visto un misionero; a él le ha cabido esa satisfacción, que envidiaría cualquier misionero por el mucho bien que ha hecho”.³¹

Las Misiones penetraban más y más en las regiones del interior por el río Piedras y Manuripe, por el Tahuamanu y el Acre. Establecían relaciones con las tribus machiguengas, huarayos, piro, huitotos, amahuacas, campas, chamas, etc. El P. Zubieta recibe extensas relaciones de los trabajos de los misioneros, largas listas de pedidos urgentes, especialmente para las escuelas, y trata de atender los planes de trabajo que se van ampliando. La presencia del P. Wenceslao Fernández fue otro gran apoyo para avanzar en la Misión; él se encargó del progreso de Maldonado, impulsando la Misión, y las tareas de evangelización.

Y nuevamente en Lima, el P. Zubieta vio la necesidad de trasladar allí la sede administrativa, en vez del Cuzco, pues se necesitaba alguien que permanentemente gestionara las subvenciones ante el Gobierno, una forma de ayudar en la precaria situación económica y además atendiera otros servicios de la Misión.

Cuando por primera vez llegó a Lima, como Prefecto de las Misiones, el P. Zubieta había elegido por patrona de las Misiones a Sta. Rosa; ahora se daba cuenta que el Santuario que ésta tenía en Lima estaba abandonado material y espiritualmente, porque había ya muerto el anciano sacerdote que lo atendía. Era una oportunidad apropiada y acorde con la vocación de Sta. Rosa, la de dar cabida una vez más en su casa a los misioneros, algo que ella había deseado ser. El P. Zubieta gestionó y consiguió la custodia del Santuario que acogería una comunidad, base de apoyo a las Misiones.

El Santuario pasó a manos de la Prefectura en 1912, al quedar vacante esta capellanía. Estaba en ruinas y el plan de la reconstrucción fue encargado a los misioneros dominicos. Allí se trasladó el P. Osende, quien se encargó de hacer resurgir en el Santuario de Sta. Rosa un centro de espiritualidad, siempre con el toque misionero.

Este proyecto del Santuario, en los inicios, había sido pensado para dar cabida a una comunidad de misioneras, pero las circunstancias de la historia cambiaron los hechos; según la sugerencia del Arzobispo de Lima, era necesario también levantar y

³¹ *Ibíd.*, 98

reformular el Beaterio del Patrocinio, otro supuesto centro de espiritualidad dominicana alrededor del Bto. Juan Masías. El Beaterio estaba en crisis, no sólo por la forma de vida de las beatas, y sus tareas, sino que el mismo edificio estaba también en ruinas, por problemas económicos. El P. Zubieta que no dejaba pasar por alto las oportunidades, y estaba atento a los acontecimientos, pensó en hacer del Patrocinio la residencia para las futuras misioneras que pensaba buscar como colaboradoras de la misión; el Santuario pasaría a los misioneros. Estos hechos ocurrían entre los años 1912 y 1913.

El Santuario inició una época de resurgimiento en todos sentidos; para esto se necesitó mucho trabajo, tratando de interesar y acoger al pueblo, que siempre fue muy devoto de la Santa. Se organizó un comité para la reconstrucción del templo, que pudiera buscar y administrar fondos para la obra. Pero era una época de escasez económica y hubo que realizar la obra muy lentamente. El P. Zubieta puso allí mucho trabajo, entusiasmo e ideas para impulsar la revitalización del Santuario; El P. Osende se encargó de hacer allí un centro de espiritualidad, resaltando siempre el carisma misionero de la Santa, y su importante papel en la Iglesia misionera peruana.

13.- Cambio de Prelatura a Vicariato.- El P. Zubieta consagrado Obispo.

En el Perú había un nuevo Presidente, Billingurst, esta vez amigo del P. Zubieta. A él acudió para solicitarle que siguiera con las subvenciones a las escuelas de la misión, ampliándolas para sostener escuelas de niñas. Le habló también de la conveniencia de elevar la zona del Madre de Dios a Departamento una petición que llevaba el mismo P. Zubieta a solicitud de los vecinos de Maldonado. Esto mejoraría los servicios que hasta la fecha dependían del Cuzco; además las nuevas autoridades, ya en la zona, pondrían más orden ante los abusos que los misioneros denunciaban. Este cambio político que elevaba la categoría de la zona en el ámbito nacional, se realizó el 26 de diciembre de 1912.

La categoría del nuevo Departamento debía de complementarse en el nivel eclesial por eso el gobierno propuso a la autoridad de la Iglesia peruana que se solicitara a Roma la elevación de categoría eclesiástica pasando de Prelatura a Vicariato Apostólico, con un vicario consagrado obispo. El cambio se aprobó en Roma el 10 de diciembre de 1912. El nombramiento del obispo competía a Roma, previa consulta al nuncio del Perú y el visto bueno del Presidente, según constaba en el concordato.

El Presidente sugirió al P. Zubieta realizar un viaje a Roma para que él mismo hiciera las gestiones, pagándole el viaje. Además le habló de su propuesta para Vicario, aunque esto solamente Roma debía decidirlo. El P. Zubieta vio la oportunidad de realizar el viaje pasando por España pues tenía otros proyectos importantes que pensaba impulsar; deseaba hablar largamente con el Provincial para informarle del progreso de la misión, y pedir más misioneros así como buscar religiosas dominicas que desearan ser misioneras y vivir y trabajar en la misma selva. En febrero de 1913 realizó el viaje, como siempre por barco, que duró más de un mes.

Una vez en España inició algunas de las gestiones pensadas, visitó al Provincial, a su familia y a las hermanas dominicas del Colegio de Sta. Rosa de Huesca. Allí se presentó con una carta que ellas mismas habían escrito al Arzobispo de Lima, y que éste entregó al P. Zubieta, "*por si le sirve*" de referencia para la búsqueda de misioneras que

pensaba hacer en España. La carta había sido escrita al Arzobispo por las hermanas de Huesca ofreciendo sus servicios para alguna obra en el Perú, ya que el Gobierno Español les quitaba la Escuela Normal, dejándoles solamente el Colegio, y su apostolado se veía muy reducido.

El diálogo con las hermanas de Huesca fue sencillo y cordial. Se había presentado el P. Zubieta como misionero y ciertamente les había impresionado su presencia más bien pobre. “*¿Misionero de las selvas? Eso será –dijo la portera -, yo que había conocido a los dominicos tan pulcros, tan señores,... y este parece un pastor... Se lo diré a la M, Ascensión que se entusiasma con todo lo de misiones...*” (W. Fernández)

Reunidas las hermanas, el P. Zubieta les explicó “**con toda extensión y crudeza**” lo que sería su nueva vida y trabajo en la selva, si aceptaban su ofrecimiento. Había allí muchas religiosas preparadas, con espíritu de sacrificio y dispuestas a seguir el Señor donde él las llamara. Después de este diálogo con toda la comunidad, el Consejo del Convento seleccionó a cinco de entre las muchas que se ofrecieron. Entre ellas estaba la M. Ascensión Nicol, que desde el inicio impactó al P. Zubieta por sus cualidades y generosidad. “**¿Quién es la M. Ascensión?**” preguntó cuando todas estaban reunidas. Y esa primera pregunta, en su dimensión más profunda, se la fue contestando él mismo a lo largo de su relación con M. Ascensión en la vida misionera. Años más tarde le dirá en una carta: “**Tú, que eres santa, pide por mí para que yo también lo sea...**”³²

El P. Zubieta salió para Roma habiendo alcanzado ya varios objetivos. Pasó por París donde debía adquirir algunos objetos para la misión: una lancha de motor, una sierra, un cinematógrafo con películas para la catequesis, etc. objetos que podría llevar hasta el Perú a través de compañías francesas que entonces operaban en el país; el Presidente del Gobierno le había prometido pagar el importe de la compra y facilitar la entrada al país y el transporte hasta la Montaña.

El viaje fue muy accidentado; los trenes se interrumpían por las huelgas y se dejaba sentir con fuerza la carestía y falta de recursos. En Roma recibió del Maestro General la noticia de su nombramiento oficial como Obispo del nuevo Vicariato y también le propuso su inmediata consagración allí mismo, lo que agilizaría y simplificaría las cosas. Eran tiempos difíciles y se sentía la tensión entre las naciones, y un futuro incierto. Era junio de 1913 unos meses antes de iniciarse la 1ª guerra mundial.

En la casa provincial donde se alojaba en Roma encontró el P. Zubieta cariño y acogida. Vivía una mezcla de sentimientos encontrados. Por un lado hacía tiempo que deseaba renunciar a su cargo de Prelado y trabajar como simple misionero y con estos cambios veía la oportunidad de hacerlo y descansar, cosa que según manifiesta en sus cartas, necesitaba. Por otro lado estaba su primer compromiso de obediencia, asumiendo la evangelización de aquella difícil zona selvática, cuando todavía estaba en Manila. Veía el progreso en que habían entrado las misiones, y él era la persona clave, según le decían los misioneros, para llevarlo adelante en esta nueva e importante etapa.

³² *Ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 122

La determinación de su nombramiento estaba casi tomada y él nuevamente asume el compromiso. Mientras el P. Zubieta estaba en París, el Papa había firmado, el 4 de julio de ese año, el decreto por el que se transformaba la Prelatura en Vicariato Apostólico y el Breve Apostólico nombrando al P. Zubieta primer Vicario, cuya publicación se demoró hasta el 27 de julio, después de llegar él a Roma.

Escribía P. Zubieta en una carta a su tía Sor Catalina Les:

“...en la mañana he hablado con el Maestro G. quien me ha dicho que estaba resuelto y que yo era el Vicario nombrado. Ha habido alguna dificultad, por la parte que puede suponer... pero yo nada he tenido que hacer, todo estaba vencido para cuando yo he llegado (esto en reserva)...”

“Después de una larga conferencia con el Maestro General en que me dijo que por razón de las circunstancias tenía que aceptar, pero que él siempre me ayudaría con sus oraciones, llamó al socio de España para que juntos me felicitasen. Estaba alegre como un verdadero Padre que ve honrado a un hijo; yo muy conmovido al ver la alegría y ternura de ese santo...” ³³

El P. Zubieta sentía tener que gastar tiempo y dinero en adquirir el nuevo vestuario que exigía la ceremonia porque tenía muy presente la pobreza de los misioneros y la escasez de medios en la Prelatura; tampoco desea hacer trastornos de viajes y gastos para fiestas que involucraran a la familia, por eso trató de hacer solamente lo necesario.

Por las cartas a su tía Sor Catalina conocemos los detalles de su consagración, por ejemplo: **“El sello que se está haciendo tiene el escudo de la Orden, con el Rosario, el escudo de Zubieta y la Virgen del Yugo.”** Aceptó gustoso y agradecido el homenaje que le rindió la colonia peruana, encabezada por el Embajador García Rada, que hizo de padrino representando al Presidente Billingurst. El 15 de agosto de 1913 se realizó la ceremonia en la Basílica dominicana de la Minerva. **“Todo salió muy bien y yo estuve tan tranquilo que me parecía increíble...”** ³⁴

Después de la consagración, el Papa Pío X le recibió en audiencia; mostrándose muy cariñoso e interesándose mucho por la Misión le concedió las dispensas que Mons. Zubieta le pedía para los misioneros, debido a su especial situación de trabajo.

Los misioneros, allá en la selva fueron los últimos en recibir noticias, por esta razón recibió su felicitación con retraso:

“Las presentes líneas no tiene otro objeto que enviarle en nombre de todos los PP y HH. Misioneros del Madre de Dios la mas efusiva y cordial felicitación por su elevación al Episcopado y su nombramiento de Vicario Apostólico de estas regiones. ¿Quién mejor que nosotros podrá darse cuenta del acierto que se ha tenido para este nombramiento, nosotros que hemos sido testigos presenciales de las luchas, de las fatigas, de los peligros y sinsabores mil que ha soportado día tras días por espacio de trece años, por el bien de éstas regiones? Reciba pues nuestra entusiasta felicitación y

³³ *ibíd.*, 108

³⁴ *ibíd.*, 111

aprovechamos la ocasión presente para reiterarle nuestra sumisión y obediencia y nuestra firme voluntad de continuar trabajando a su lado como lo hemos hecho hasta ahora.

Nuestra felicitación, que debería ser la primera, quizá llegue la última y esto con gran sentimiento nuestro, pero las distancias y no saber nada de cierto de lo que ocurría hasta el correo del 19 del presente mes, en que nos dimos cuenta de que su consagración en Roma había tenido lugar el 15 de agosto. Pero si es la última en el tiempo yo le aseguro que es la primera por la sinceridad y afecto que le acompaña....Fr. José Pío Aza.”

14.- Nuevas expediciones misioneras para el Vicariato

Al regresar Mons. Zubieta a España sus paisanos le prepararon una fiesta; también buscó tiempo para estar unos días con las Dominicas de Alfaro, donde estaba su tía Sor Catalina Les, confidente de sus sentimientos desde que murió su madre.

Las hermanas de Huesca también se enteraron que era Obispo aquel padre Dominicó que había llegado a invitarles en forma humilde y casi de incógnito, y del que habían aceptado su propuesta misionera. El recibimiento esta vez fue diferente, su hábito ya no era de apariencia pobre; ahora venía con sotana nueva ribeteada de color de Obispo. Le prepararon una fiesta que él aceptó complacido, pues estaba muy agradecido a la comunidad por cederle las cinco misioneras. Con su gran visión de futuro, comprendía el P. Zubieta que la Comunidad de Sta. Rosa de Huesca tenía aspiraciones misioneras que desbordaban los límites de su Institución como Beaterio; que en la coyuntura en que se encontraban, y con el deseo de ser fieles al Señor como dominicas, la Comunidad tenía que pasar por su “salida” de Huesca hacia una forma nueva de evangelización; **“el futuro lo tienen en la Misión”** les dijo.

Les propuso colaborar en la misión de forma continuada, esto es, seguir enviando hermanas de la comunidad, y encargarse de formar a jóvenes para ser misioneras. No todas lo comprendieron, pero una mayoría lo aceptó y formularon un compromiso permanente a través de un “contrato” que firmaron ese mismo año de 1913.

M. Zubieta había conseguido que un nuevo grupo de misioneros se integrara al Vicariato, y ya estaban preparados para viajar con él. Eran los PP. Tenza y Mariano García, y los Hnos. Antonio Elorriaga y Mariano Cuevas. También iba el primer grupo de misioneras de Huesca: M. Ascensión Nicol, Paz Velasco, Visitación Iruretagoyena, Aurora Ardanaz y Rosa Guzmán, mas otra hermana dominica de Belchite y un sobrino de Mons. Zubieta.

Las hermanas no tenían ninguna experiencia de vida misionera pero el testimonio de M. Zubieta que las guiaba y las acompañaría toda su vida fue suficientemente iluminador para darles confianza, ilusión y orientación. Durante la larga travesía del Atlántico todo el grupo se reunía para hablar, orar, conocerse, e informarse de la Misión porque Mons. Zubieta, igual que hizo con los primeros misioneros en Llaycho, sabía acoger y animar a los que llegan por primera vez para la misión. Desde Montevideo, Mons. Zubieta dejó el grupo para que siguiera el viaje y atravesando él los

Andes en tren consiguió adelantarse cuatro días para preparar la llegada del grupo de misioneros.

En Lima les esperaba un acogedor recibimiento de la gente, realizado en el Santuario de Sta. Rosa. Las misioneras eran ahora un nuevo motivo de atención. Hubo que preparar precipitadamente algunas habitaciones en el ruinoso Beaterio, con lo elemental para poder vivir: unos colchones de paja, y algún mueble. **"Las religiosas del Patrocinio las esperaban con los brazos abiertos, con camas preparadas y todo lo necesario, aunque con verdadera pobreza pues el estado calamitoso de las rentas no les permitía otra cosa"** ³⁵

Mons. Zubieta visitaba a las misioneras con frecuencia, iniciando los trabajos de reparación más elementales del Convento, y procurando ayudarles a iniciar la integración de los dos grupos en una sola Comunidad, ahora de Misioneras, bajo la dirección de M. Ascensión, que fue nombrada priora. Pero esto duró poco, las hermanas del Beaterio no deseaban iniciar una vida de observancia, tal como la proponían y vivían las hermanas de Huesca; ellas no conocían la nueva Regla y al experimentarla, protestaron ante la autoridad eclesial. M. Zubieta intervino y se solucionó el problema momentáneamente.

Esta primera experiencia de las hermanas en Lima, con tintes de "reformadoras de Beaterio" no llenaba sus expectativas misioneras y todas deseaban salir cuanto antes para la misión. Pero la situación política y social tan compleja en aquel momento y la escasez de medios para viajar les obligó a postergar año y medio la salida para la ansiada misión.

Otra tarea importante de M. Zubieta en Lima fue gestionar una subvención del Gobierno para las escuelas de niñas en la Misión, pues no había otra fuente de economía. Tramitó y obtuvo 12 sueldos para las religiosas en la montaña y como no las tenía pidió a Huesca que prepararan un segundo grupo, según lo estipulado en el contrato.

El 4 de febrero de 1914 hubo un golpe militar de estado y Billinghurst fue derrocado por el coronel Benavides. Lima se paralizó por unos días y el país entró en una nueva etapa. Las subvenciones prometidas a Mons. Zubieta se suspendieron y cuando, lentamente se fueron restableciendo las cosas, hubo que comenzar nuevamente las gestiones ante el parlamento. Pero las ayudas prometidas por el antiguo presidente, como regalos al P. Zubieta a raíz de su consagración, quedaron suprimidas. Ahora tenía él que pagar las compras realizadas en París, entre ellas la costosa lancha de motor para la misión y además los altos impuestos de entrada en el país.

El inicio de la guerra mundial empeoró la situación con el cierre de muchas empresas y la quiebra de bancos. Escribía en una carta: **"La guerra ha puesto al país en un estado calamitoso que no sé donde llevará. No obstante este estado de pobreza, ha sido aprobado en la Cámara de Diputados el Vicariato del Madre de Dios..."** ³⁶

³⁵ *Ibíd.*, 117

³⁶ *Ibíd.*, 128

Como la estancia de Mons. Zubieta en Lima se hacía demasiado larga, nombró al P. José Pío Aza como Vicario para que visitara las misiones de su zona y resolviera los asuntos de cierta urgencia. El P. Pío Aza, además fue nombrado por el Provincial, nuevo Vicario del grupo de misioneros, cargo que tenía hasta esa fecha el P. Zubieta.

Durante esta larga permanencia en Lima, y mientras se iban aprobando las subvenciones del gobierno para el Vicariato, Mons. Zubieta apoyaba las obras del Santuario que avanzaban muy lentamente; también aprovechó para arreglar la casita donde vivían los misioneros en el Santuario, que era pequeña y ruinosa:

“No obstante las dificultades que se oponían a todo lo que significaba conseguir plata, por el estado especial en que se encuentra el país desde el 4 de febrero del año pasado, yo logré hacer una combinación: obtuve algo de plata expresamente para obras y levanté unos altos de cinco habitaciones que son una preciosura. Tenemos altos y bajos en la misma casa... En toda esta obra me ha tenido Ud. como peón, sólo así se ha construido con alguna economía...”³⁷

Mons. Zubieta pasó por un periodo de enfermedad con reuma y catarro bronquial que le retuvo un tiempo inmovilizado. Todo parecía ponerse en contra; debió recurrir a su fe en Dios y en los demás y como siempre, manifestaba abiertamente sus sentimientos, buscando consuelo y acogida. Dice en una carta a M. Ascensión, ahora confidente de su corazón:

“Dios nuestro Señor me quiere ahora para el sufrimiento, que bien merezco por mis pecados. Yo sufriré hasta que Dios quiera y ponga fin a mi vida activa; sea sepultado en la correntada impetuosa de los ríos, sea atravesado mi corazón con una flecha salvaje, o quizá en un rincón de alguna cartuja. Créeme, hija mía queridísima que si no fuera por vosotras y sobre todo por ti, ya hubiera ido a la montaña en busca del trabajo y lucha con la naturaleza y con el salvaje, donde quizá mi corazón hallara el descanso que anhelo como un prisionero su libertad.

No te extrañe que me exprese así; te abro mi corazón de par en par, como no lo he hecho con nadie. Acepté el Vicariato por razón de las circunstancias, por amor a las Misiones, creyendo que en dos años pondría las mismas en estado floreciente, dada la protección que esperaban; pero desde el 4 de febrero todo parece que se conjura contra mí y mis planes...”³⁸

15.- Las Misioneras se incorporan a la Misión

La Montaña se iba despoblando de caucheros progresivamente. por la bajada de los precios del caucho, debido a la abundante producción del mismo en países asiáticos, donde ya habían crecido las plantaciones hechas y de donde era más fácil su extracción. La crisis del caucho afectó la economía que movilizaba la región de la selva. Dice el P. W. Fernández en una carta: *“La cosa esta seria, queda esto despoblado; tal vez habrá*

³⁷ *ibíd.*, 128

³⁸ *ibíd.*, 129

otros tantos curiosos que vendrán, como los que ahora salen, en busca del belloncino de oro...”

Entre los que se movían del lugar estaba D. Máximo Rodríguez y deseaba vender su casa-almacén de Maldonado y la ofreció a los padres. El P. W. Fernández dice: *“...tengo que comunicarle lo siguiente...D. Máximo nos vende su casa de Maldonado en 3.500 soles, pagaderos a plazos y las reformas que se quieran hacer las hace él por su cuanta. Es de calamina, y la cocina también; le incluyo el plan de dicha casa y huerta. En este caso ya pueden venir las monjas cuando quieran...”* (W. Fernández)

Mons Zubieta esperaba en Lima que se normalizara la situación política con el nuevo presidente José Pardo, (1915) para dejar asegurados las subvenciones. El P. Pío Aza había salido de la selva hasta Arequipa por razones de salud y Mons. Zubieta le pidió llegar hasta Lima, pues era el Vicario y debía tratar con él varios asuntos.

Una vez en Lima el P. Pio animó a las misioneras para viajar con él a la Montaña, pues Mons. Zubieta no podía salir sin antes terminar los trámites económicos con el Gobierno. Sintió mucho no poder acompañarlas hasta la selva, pero como él mismo decía, tenían un excelente guía en el P. Pío. Otra vez Mons. Zubieta fue mal interpretado por su larga permanencia en Lima, y por no acompañar a las hermanas a la selva; debió dar explicaciones:

“Haciendo esfuerzos sobrehumanos conseguí del Gobierno los pasajes de vapor, tren, coche y bestias para seis personas... todo lo cual importaba unos 1.000 soles; pedí prestados otros mil soles que entregué al P. Vicario billete sobre billete, más 320 soles que conseguí le diese el Gobierno de Arequipa. Con esos 1.300 soles y algo más, pudo realizar el viaje, quedando yo en Lima hasta que el actual presidente tomó el mando, pagó la primera mensualidad y quedó el presupuesto firmado y fácil de cobrar. Pedí los mil soles a particulares diciendo que en esos días cobraría y devolvería la plata. ¿Qué hubiera sucedido si yo me hubiera ido a la montaña dejando todo pendiente? Tenía el pasaje y no pude salir de Lima”. ³⁹

Las Misioneras hacían su primer viaje a la Montaña, un viaje memorable, pues nunca antes se había visto que unas mujeres y menos unas religiosas, cuyo lugar hasta entonces estaba dentro del convento, hicieran un viaje de 26 días con los medios de que entonces se disponía... Dice M. Ascensión en una carta a las Hnas, de Huesca: *“Hemos hecho el viaje en compañía del P. Pio Aza, Vicario Provincial de las Misiones, y Fr. Lorenzo... hemos tenido que emplear todos los medios de locomoción conocidos hasta hoy, excepto el aeroplano,...vapor hasta Mollendo tres días, tres días de tren hasta Tirapata, tres días de coche hasta Limbani, seis de mula hasta Astillero y cuatro de canoa a Maldonado. ¿Qué les parece el viajecito? Pero ¡qué caminos tan difíciles y sobre todo tan peligrosos!.*

Como siempre había toda clase de opiniones, unos de admiración y otros de crítica, tanto a las hermanas que salían para la Montaña como a Mons. Zubieta que las invitaba a ir a la selva. Como otras nuevas Congregaciones misioneras que se iniciaban en aquella época, las dominicas salían por primera vez de su condición de semi-

³⁹ *Ibíd.*, 129

claustrales a una forma de vida religiosa radicalmente nueva que no tenía moldes ni precedentes, iniciando un nuevo estilo de vida y de trabajo que necesariamente les llevaría también a una nueva espiritualidad femenina. Y esta primera experiencia, alentada por M. Zubieta, se realizaba en la selva, en las duras condiciones que en aquel momento allí se vivían. Ellas iban con entusiasmo y expectación abriendo un nuevo camino para la mujer religiosa, en lo más avanzado y difícil de la vida misionera. M. Ascensión siempre al frente del grupo, asumió con audacia las dificultades que iban salvando poco a poco con valentía; abriendo caminos de vida misionera: “puso la mano en el arado sin volver la vista atrás”. Aquel hecho sencillo fue calificado por muchos como disparate y por otros de heroico; Mons. Zubieta, que solía ver en los acontecimientos los signos de Dios, lo valoró diciendo que ellas abrían los horizontes, y Dios derramaba sus gracias y bendiciones a través de los pasos de aquellas humildes hermanas, llenas de audacia y de valor:

“Con la marcha de las primeras religiosas a la Montaña, parece se abrieron los horizontes y Dios nuestro Señor derramó a manos llenas sus gracias y bendiciones sobre nosotros...”⁴⁰

El P. W. Fernández, testigo presencial de la llegada a la misión, cuenta cómo el pueblo de Maldonado recibió con alegría a las religiosas que llegaron en una canoa por el río Tambopata. La gente se agolpó en el puerto avisados por los 21 tiros de escopeta previstos para el recibimiento; era una novedad pues nunca habían visto “madrecitas”. El mismo Padre Wenceslao les había preparado la casa, que era “*como todas las de allí*”, de corteza de árbol con tres divisiones y sin puertas... todo un símbolo de la nueva vida misionera, cercana y abierta al pueblo. Para M. Ascensión se abrían los horizontes de una Evangelización que causaba admiración a ellas mismas y a la gente. Tenía razón Mons. Zubieta, la presencia de las religiosas abría dinamismos nuevos en la Evangelización que no podían realizar sólo los misioneros. Meses más tarde, cuando llegó Mons. Zubieta a Maldonado quedó admirado no sólo de lo que ya estaban haciendo, sino de los escasísimos medios con que contaban y lo reducido del local y se puso a remediarlo de inmediato.

Mons. Zubieta permaneció en Lima hasta arreglar la situación económica para el Vicariato; además presentó al Gobierno un extenso informe sobre los nuevos problemas de la gente de la selva, las necesidades de la zona y las posibles salidas económicas para la población. También debía refutar nuevas críticas que circulaban por algunos ambientes de Lima llegando hasta el Parlamento en contra de los Misioneros y su Vicario. Los largos informes revelan la posición clara del Vicariato y la “voz justiciera” del misionero:

“La creación del Vicariato Apostólico ha sido obra exclusivamente del Supremo Gobierno y nadie fuera de él intervino, ni influyó, directa o indirectamente en su creación. El Ejecutivo lo propuso a las cámaras que lo aprobaron sin discusión alguna, e inmediatamente se elevaron las preces a Roma. S. Santidad expidió las bulas de la creación del Vicariato en 10 de julio de 1913.

⁴⁰ *Ibíd.*, 149

Fiado el Vicario Apostólico que suscribe en las promesas y encargos del Supremo Gobierno contrató en Europa algunas maquinarias necesarias al progreso de las misiones e hizo gastos indispensables cuyo importe debía abonarse con un crédito extraordinario según promesa de S. E... había transcurrido un año sin cobrar un solo centavo del Gobierno por lo que las Misiones se hallaban en extrema necesidad y con deudas...”

Se ha dicho en la H. Cámara que el Vicario recibió fuertes sumas de dinero del Gobierno Provisorio, que estuvo paseándose por Europa, que los misioneros comían en casa de sus paisanos en la montaña. Nada me extrañan tales apreciaciones; me espanta, sí, cómo los misioneros siguieron trabajando por espacio de diez o doce meses sin recibir un centavo...solamente la abnegación y virtud, y ardiente celo de la salvación de las almas y civilización de esos desgraciados seres que pueblan la montaña, han podido dar aliento a esos santos misioneros que han pasado todo ese tiempo en la mayor miseria....

Tres son las escuelas que sostienen los misioneros, las únicas que existen en esas regiones del Urubamba y Madre de Dios. Es cierto que los alumnos no son numerosos, pero eso no es culpa de los Misioneros sino de los padres y patronos que no mandan sus hijos a la escuela. En Lima y otras ciudades de la República, la enseñanza es obligatoria; mas esas leyes no pasan los Andes y nunca las autoridades han intentado hacerlas efectivas....

Puedo afirma sin embargo que los nativos, único medio aparente para la civilización de esas regiones, desaparecerían muy pronto, si no fuera por la protección de los misioneros. En todas las misiones ha habido criminales abusos con los nativos y la única voz que se ha dejado oír a favor de esos desgraciados que tienen derecho a la vida, a sus mujeres e hijos, de todo lo cual se ven privados con frecuencia, ha sido la voz severa, humanitaria y justiciera del misionero...”⁴¹

Presentó Mons. Zubieta también nuevos proyectos de trabajo que sería necesario impulsar en la zona para el progreso y bienestar de la gente; ante el abandono de la extracción del caucho, las fuentes de trabajo se acababan y era necesario buscar nuevas formas de progreso. Presentó un proyecto para promover la fundación de pueblos que podrían ser ubicados cerca de los ríos, donde además se podría impulsar la educación y medios de producción agrícola. Destaca en este informe la apreciación que hace de la mujer nativa de su poder para influenciar y transformar el medio familiar y social.

“Es bien triste, por cierto, el estado actual de la región que comprende este Vicariato. Los caucheros e industriales han emigrado en gran parte, y los nativos se hallan reducidos a dos o tres zonas por temor a las correrías y mal trato de los blancos; la baja del caucho ha inutilizado la fuente principal de riqueza y el territorio, tan extenso y de tanto porvenir, se halla a las puertas del abandono y de la ruina.

La colonización y fundación de pueblos agrícolas sería una tabla de salvación en estas regiones; pero bien es sabido lo difícil de esta medida, por las causas que no

⁴¹ *Ibíd.*, Informe de M. Zubieta, 132

me detengo a exponer; hay sin embargo necesidad de acudir a este medio, como medida salvadora, utilizando los elementos propios de la montaña; y a esto tiende la obra del Vicariato mediante las escuelas de religiosas con un internado de niñas salvajes y también niños de poca edad y de la misma raza, con cuyo medios puede darse estabilidad a las familias de los niños; pues los padres no huirían dejando a sus hijos para siempre. Si alguna familia huyera, no sería por mucho tiempo: el amor a sus hijos los haría volver.

El 80% de las niñas educadas, puede decirse formarían otras tantas familias verdaderamente civilizadas que no abandonarían jamás la Misión y poblado para ir a sostenerse en las selvas, donde no podrían satisfacer las necesidades espirituales y corporales adquiridas.... Las mujeres nativas, en el momento que se educan, adquieren un dominio casi absoluto sobre el hombre, lo domina y lo dirige a su capricho: puede darse como primer axioma que el hombre nativo estará donde quiera su mujer y hará lo que ella desea; y segundo, que la niña que se haya educado y haya adquirido la convicción de la religión y moralidad, será el tronco de una familia constante y fiel a las enseñanzas recibidas y base firme de una población. La mujer nativa es inteligente y cuando se educa en su niñez adquiere los hábitos de la moralidad de modo sorprendente. La fundación de escuelas de religiosas, que en breve serán un hecho, es una de las más bellas esperanzas del Vicariato...

La protección del nativo no debe reducirse a evitar los abusos de que pudiera ser objeto, sino que se ha de extender a sus hijos obligándoles a recibir la instrucción necesaria en las escuelas...”⁴²

Mientras permanecía en Lima iba dando impulso a los proyectos del Vicariato y esto le llenaba de alegría y satisfacción pues el Señor caminaba con ellos y les bendecía; su vida no importaba tanto como el proyecto misionero. Escribía en esos días a M. Ascensión, mostrando la profundidad de su alma, sus alegrías y penas y la constante lucha por superarlas:

“No se como comenzar ésta si no es dando gracias a Dios por todas las bondades que tiene para nosotros y sobre todo para mí.

Mis deseos, los anhelos más ardientes de mi alma se van cumpliendo. ¡¡Ya estais instaladas y con buen número de niñas!! Veréis cambiar esa región y pasados algunos años el fruto será grande, incalculable.... aquí en Lima estoy aburrido y casi (en algunos momentos) desesperado, abatido y cansado de la vida: es cierto que esos momentos son cortos y fijando la mirada en Dios y en mi conciencia, me tranquilizo; pero no dejo de sufrir. ... nadie sabe los apuros que he pasado y esto por obrar lo que más convenía a las Misiones....”⁴³

⁴² *Ibíd.*, 133

⁴³ *Ibíd.*, 137

16.- Mons. Zubieta llega como Obispo al Vicariato

El P. Zubieta preparó nuevamente el viaje a la selva en Noviembre de 1915, esta vez como Obispo. El viaje fue como uno de tantos, con largas jornadas de barco, tren mulas y canoa.

En Maldonado le prepararon un gran recibimiento, pues era el nuevo Obispo, a la par que el viejo misionero y amigo. Un grupo de gente salió a su encuentro con una lancha, a unas horas de camino, En pleno río le dieron la primera bienvenida. Pero en Maldonado todo el pueblo, como acostumbraba, salió al puerto a pesar de la intensa lluvia que en ese momento caía. El P. W. Fernández, testigo de los hechos narra el acontecimiento.

“Cuando en Maldonado oyeron la sirena que anunciaba su próximo arribo... no quedó ni un solo vecino que no saliese a esperarle. Todo el frente de la población que da al río Tambopata era una muralla de personas; al acercarse la lancha, se repiten los vivas y hurras, como antes. En su corredor, las Misioneras también le esperaban ansiosas,... Una vez en tierra, de nuevo se repitió la escena dicha de abrazos y besamanos. Es indescriptible el entusiasta recibimiento que le hicieron.”

En Maldonado se encontró Monseñor muchas novedades pues el trabajo en las misiones seguía con toda intensidad, reforzado por un buen número de entusiastas y audaces misioneros. En el Manu se había desencadenado una verdadera persecución contra el P. Suarez Dóriga porque éste salía en defensa de los nativos frente a los ataques de los caucheros que cometían “barbaridades”. Le acusaban ante los jueces de recoger en la misión a los que huían de sus patronos negándose a entregárselos nuevamente.

Después de un mes en Maldonado inició un recorrido por la parte norte del Vicariato que duró desde enero hasta mayo de 1916. Esa zona colindante con Bolivia se estaba abriendo a la presencia de los misioneros y hasta allí debía alcanzar su influencia. Llegó hasta el río Tahuamanu donde se concentraba un buen núcleo de población alrededor del caucho. Allí proyectó y preparó una nueva fundación, primero de misioneros y posteriormente de misioneras. Era una mala temporada para navegar y encontraron como casi siempre, múltiples dificultades en los ríos; cuenta Mons. Zubieta en sus narraciones:

“El día 8 y 9 navegamos bien, pues el río estaba algo crecido; pero el 10, 11 y 12 caminamos sobre troncos y con mil dificultades. El 10 perdimos la hélice, así que el día 11 estuvimos parados hasta la 1 p.m. reparando las averías y acomodando otra hélice. Ese mismo día 11 en la tarde se rompió una paleta de la nueva hélice y así llegamos a Iñapari.... Por estos lugares hay mucho trabajo. En Cobija no descansé un momento los días que estuve y aquí creo será lo mismo. Me dicen hay como 100 niños sin bautismo; entre ellos 20 niños nativos. Yo pensaba salir mañana 16, pero creí un deber de conciencia quedarme unos días más y satisfacer las necesidades de esta pobre gente... aquí me ofrecen hacer casa y chacra para la Misión; hay la mejor disposición.”⁴⁴

De regreso a Maldonado le esperaban tareas retrasadas, un alto de correspondencia, obras de ampliación de la casa de las Religiosas, obras de la casa

⁴⁴ *Ibíd.*, 144

misión de S. Jacinto, etc., todas tareas urgentes. El P. García Tenza había dejado la Misión y necesitaban reemplazo. Además mandó al P. Elicero a Lima para que le representara en asuntos oficiales, así podría él permanecer más tiempo en la misión. Nuevamente escribe al P. Provincial, Vicente Cienfuegos, explicando la situación de la Misión y las necesidades y solicitando más misioneros:

“El personal en la Misión en la actualidad es el siguiente: once padres y siete hermanos; de los once padres hay que descartar 4 ya porque se necesitan en el Santuario y religiosas, ya porque no pueden entrar en la Montaña, por ahora hay que descartar uno más, que es el P. Elicerio, a quien tuve necesidad de dejar en Lima, para que me representase ante el gobierno y junta constructora de la Basílica de Sta. Rosa, que actualmente se lleva a cabo... Debiendo establecer otra Misión, y esto con urgencia, es de necesidad que V.P. mande por lo menos tres religiosos mas y que estos sean sacerdotes. “⁴⁵

El enfrentamiento entre los caucheros y los misioneros seguía en varios frentes, a causa de la defensa de los nativos. Esta vez acusaban al P. Pío Aza ante las autoridades de San Luis del Manu y en el Cuzco diciendo que con la defensa del nativo los misioneros interferían en la explotación del caucho. Se hacía necesario organizar una defensa explicando ante las autoridades la verdadera situación de los nativos y la postura del misionero, aclarando y apuntando los abusos de los explotadores que tanto daño hacían a la población nativa.

El P. Pío redactó un largo documento contestando y aclarando situaciones, siempre tomando postura del lado del nativo. El documento estaba escrito en nombre de todo el Vicariato y de todos los misioneros y naturalmente era avalado por el Obispo, presente en Maldonado. Tan valioso resultó en su contenido que tres años más tarde, en 1919, el P. Osende lo incluyó en el 2º número de la Revista del Vicariato llamándole “Un documento revelador” y afirmando que seguía teniendo vigencia y la tendría en el futuro. Es uno de los documentos más completos y “reveladores” – aunque no el único- de la situación de opresión en la selva y de la clara postura del Vicariato, comunitaria y valiente, en defensa de los pobres. De este Documento están tomados los siguientes párrafos:

“Nos oponemos los misioneros, no a las exploraciones, o sea al reconocimiento de una zona o región, sino a las correrías, que son la fuente y el origen del escandaloso comercio de seres humanos. Aquí se ha comprado una mujer por una mula, un muchacho por un poco de sal y unos tarros de pólvora, y en nuestra misión de S. Jacinto, en Maldonado, hemos recogido a una mujer que se había vendido en 60 soles, y como éstos casos, centenares pudieran contarse.

Por increíble que parezca y doloroso sea el decirlo, preciso es reconocer que aún en el siglo XX existe el abominable mercado de seres humanos. Es un hecho que está sangrando y cuya realidad no puede negarse. Nosotros, los misioneros, ministros de una religión que tiene por dogma fundamental la dignidad de la persona humana, ya que no está en nuestra mano el evitarlo, no dejaremos de clamar, protestar y trabajar hasta que desaparezca ese execrable y vergonzoso mercado...”

⁴⁵ *Ibíd.*, 148

El documento amplio y detallado y la postura que éste revela es digna de figurar entre los grandes documentos que los dominicos han escrito en defensa de los DD.HH. a los largo de la historia de América que hoy interrogan nuestra postura ante la realidad presente.

17.- Nuevos viajes de trabajo

Mons. Zubieta preparaba su regreso a Limas por asuntos urgentes, que según la llamada del P. Elicerio, sólo él podía resolver. Unos eran relacionados con la situación de las Religiosas y otros con problemas relativos a la construcción del Santuario de Sta. Rosa y su financiamiento. El P. Pio Aza, Vicario en la zona, se quedó encargado de apoyar las tres misiones de la zona: Maldonado, San Luis del Manu y Tahuamanu.

En diciembre de 1916 viajó a Lima Monseñor; con él iban M. Ascensión y M. Angélica que ya habían sido sustituidas en Maldonado. Después del acostumbrado y largo viaje de 26 días llegaron a Lima donde, como siempre, encontraron varios asuntos preocupantes y pendientes de solución que necesitaban el apoyo de Mons. Zubieta.

Tuvo la alegría de recibir en Lima 4 nuevos misioneros, los PP. José Rodríguez, José Alvarez, Alberto Rodríguez y Fr. Manuel García Marina. Este nuevo refuerzo le permitió hacer alguna redistribución de los misioneros. El P. Elicerio regresó a Chirumbia y quedó en Lima encargado de los asuntos del Vicariato, el P. Osende.

Como siempre Mons. Zubieta recibía de las Misiones frecuentes cartas con informes, peticiones de variadas cosas, pues era frecuente perderlo todo en los naufragios y tener que comenzar de nuevo, además de otras necesidades para las nuevas misiones. Él mismo fue a acompañar a los nuevos misioneros hasta Astillero pues el camino les era desconocido y difícil. Las largas horas de camino fueron una oportunidad para conocerse y poder orientarlos y animarlos en su nuevo trabajo. Regresó a Lima mientras el P. Pío iba hacia Chirumbia con la finalidad a abrir una nueva Misión proyectada en la zona de Urubamba, la que finalmente se abrió en Kori-Beni .

En octubre de 1917 Mons. Zubieta regresó a Maldonado con tres nuevas religiosas destinadas a la fundación de Tahuamanu. Iban llevando víveres y material para las nuevas construcciones que se proyectaban en la misión. El viaje fue más largo de lo acostumbrado debido a la carga que llevaban y sobre todo a los servicios que en todo momento le pedían y él atendía siempre que le era posible. El mismo lo cuenta en una carta:

“Nada te diré de los descansos del camino, casi todos obligados por atenciones, unas veces, y otras tener que hacer bautismos, confirmaciones, y bendiciones. Nos esperaban en todas partes con trabajo y mil agasajos, que la M. María Paz, encargada de describir el viaje te contará con más detalles y más gracia.

Llegamos por fin a Astillero el día 23 y por esperar el equipaje, que se atrasó algunos horas y esperar el buen estado del río, pasamos el 24 en Astillero y el 25 embarcamos en la canoa, llegando a Maldonado el 26 a las 10 de la mañana: navegamos toda la noche y dimos la gran sorpresa. El motivo de navegar de noche

fue el no hallar lugar aparente para acampar a causa de la creciente; esta circunstancia nos libró de sufrir el calor sofocante del día 26. Nuestro viaje ha sido una continua providencia; Dios nuestro Señor ha tratado a las últimas misioneras con mucho mimo.”⁴⁶

Las religiosas iban tomando de Mons. Zubieta más de su tiempo y sobre todo más de su corazón. Ya no era el grupo de misioneras sacrificadas y de buena voluntad, que estaban aprendiendo a ser misioneras. Son ya nombres concretos, personas con las que puede compartir su “locura” por la Misión, en las que ha visto actitudes valientes y sacrificadas en el largo caminar y su actuación en el trabajo de la Misión. Sabe que puede compartir sus inquietudes y trabajos y vuelca su corazón afectuoso en ellas. Especialmente en esta época escribió frases de afecto entrañable a M. Ascensión y M. Paz, así como a las hermanas que trabajaban en la selva, expresándoles su admiración y afecto y compartiendo a la vez los procesos espirituales por los que iba pasando. Es la época en que más ampliamente muestra su vida interior, la vivencia de su afecto y de su espiritualidad. Este proceso está recogido en sus cartas, que por ser tales, son espontáneas y personales y revelan lo íntimo de su espíritu, su madurez afectiva en una faceta profundamente dominicana de compasión y amor, de admiración y valoración del otro y donación total.

En Maldonado, su sede central, dedicó tiempo y esfuerzo personal en mejorar los edificios de la misión y especialmente las escuelas. También en este tiempo comenzó a funcionar la radio en Maldonado, lo que facilitaba las comunicaciones entre todos. Él expresa su alegría por este progreso:

“Funciona ya la estación inalámbrica desde unos diez días: acabo de recibir las comunicaciones de esta noche, las que te incluyo, así que puedes poner telegramas, convencida de que las recibimos, aun cuando la contestación demore, pues tiene que ser por telégrafo y teléfono, como antes se hacía. Después, cuando coloquen la torre inalámbrica podremos recibir y contestar, de modo que en un día podemos poner un telegrama y recibir contestación en el mismo día”.⁴⁷

Después de esperar largo tiempo el permiso de Roma dejó instalado el Smo. Sacramento en la Capilla de San Jacinto; ésto fue motivo de un fervoroso día de celebración comunitaria que tanto agradaba a M. Zubieta:

“Otra noticia que te alegrará más, te tengo que dar, aunque las MM te escribirán y no omitirán detalle. Fue la colocación del 2º sagrario en la Montaña, en la Misión de los PP. O sea San Jacinto. Con esta fiesta iniciamos el año. Fue un día que jamás olvidaré; uno de los mejores de mi vida.... Pasamos gran parte del día en la Misión con cuatro de las religiosas, quienes a porfía hacían visitas y acompañaban a Jesús. Yo recé el Oficio en la Capilla, henchido de gozo y sin ganas de salir de ese lugar donde se celebró la fiesta que más recuerdos he dejado en mi alma. Sea Dios bendito que así sabe premiar los trabajos de los que luchan por El.”

48

⁴⁶ *Ibíd.*, 174

⁴⁷ *Ibíd.*, 174

⁴⁸ *Ibíd.*, 179

Durante este tiempo en Maldonado se fue acercando más y más a la gente del pueblo y realizando una tarea pastoral más cercana y personal. Trataba mucho con la colonia de los japoneses y completaba los últimos pasos de la catequesis hasta llegar al bautismo, que recibían orgullosos del Obispo. La relación de esta colonia japonesa con todos los misioneros siempre fue muy buena y todos llegaron a hacerse católicos e integrarse con la población de Maldonado. También mantuvo durante este tiempo una extensa correspondencia con el Provincial, los misioneros, las hermanas y muchos amigos que a lo largo de sus viajes le habían conocido; muchas de estas cartas se conservan y por ellas sabemos de sus preocupaciones, tareas y sentimientos, siempre relacionados con la Misión.

Tenía programado un viaje a Tahuamnu que se retrasó varias veces por causa de las fuertes lluvias de ese año. Por fin realizó el viaje y permaneció por allí marzo y abril, atendiendo la nueva Misión y a la vez preparando la fundación de las Misioneras en ese lugar.

Al regresar a Maldonado se encontró con cartas de Lima que solicitaban su presencia urgente; por este motivo ya no pudo acompañar a las Religiosas que irían en breve a la nueva Misión de Tahuamanu, dejándolas bien instaladas, como deseaba. Él intuía las dificultades de aquel viaje que en efecto duró 32 días desde Maldonado a San Lorenzo, ya que las hermanas debieron ir en una lancha cuachera que se detenía en los puertos a realizar sus negocios; además la situación de los ríos les causó innumerables incidentes que aumentaron el tiempo y las dificultades.

A raíz de esta despedida de las hermanas que iban a Tahuamanu escribió Mons. Zubieta varias cartas que muestran los sentimientos de su corazón y sus grandes deseos para aquel pequeño grupo de misioneras que en breve darían un nuevo paso hacia otra misión, más alejada aún en la selva; y previendo un futuro que en ellas imaginaba para todas las misioneras, dejó que su corazón se desbordara expresando deseos que serían como un testamento para la Congregación. Estas cartas tienen un profundo contenido; hay frases como siempre de aliento, asegurando la presencia de “su espíritu” netamente misionero: **“Mi corazón y mi alma quedan con vosotras... Mi espíritu no os abandonará ni un solo momento”**.. y de nuevo desde Arequipa: **“Tanto es lo que os recuerdo que os escribiría todos los días si fuera posible. Pido constantemente al Señor para que os consuele, os haga fuertes y sufráis todo por Dios y hagáis mucho fruto...”** **“Dios os contempla como a hijas predilectas y El os premiará y recompensará...”**⁴⁹

18.- Viaje a Lima.- Fundación de la Congregación de Misioneras

Mons. Zubieta viajó nuevamente a Lima donde encontró varias tareas; debía entrevistarse con el Maestro General de la Orden, Luis Theissling, admirador de los misioneros y misioneras; él apoyaba con entusiasmo la forma de trabajar en la Misión y el impulso que daban a la educación y la salud, y otros proyectos de desarrollo, así como la presencia de las Religiosas Misioneras en el Vicariato; pero no pudo llegar antes de su partida del Perú.

⁴⁹ *Ibíd.*, 192

Sobre la marcha del trabajo misionero le informó el P. Pio Aza, Vicario de los Misioneros, que consiguió salir a tiempo hasta Arequipa y hablar con el P. General. Por su parte M. Ascensión y M. Dolores Sauras habían visitado al P. General hablándole de sus experiencias misioneras con mucho entusiasmo así como de la problemática que vivían como grupo de Lima y le expusieron los proyectos y perspectivas como misioneras. El las animó a organizarse como Congregación Misionera dejando atrás los vínculos con los Beaterios y les prometió su ayuda en todo momento.

Mons. Zubieta llegó a Lima enfermo y tuvo que descansar unos días. Dialogó ampliamente con M. Ascensión sobre los problemas que se suscitaban con las hermanas del Patrocinio, el poco fruto de las reformas emprendidas en el Beaterio, en contraste con la vitalidad y entusiasmo de las otras comunidades y la conveniencia, apuntada por el P. General de organizarse como congregación Misionera. Por otra parte las hermanas de Huesca parecían haberse retirado definitivamente de su compromiso misionero replegándose de nuevo en su Convento. El grupo de misioneras del Perú que progresaba visiblemente, necesitaban organizarse mas bien como Congregación Misionera, apoyándose en el nuevo Derecho Canónico recién promulgado.

En Lima habían cambiado al Arzobispo; ahora era Mons. Lissón, favorable a los proyectos que le presentaba Mons. Zubieta de apoyar la organización de las Religiosas para ser Congregación, tarea que ocupaba en ese momento gran parte de su tiempo. Como primer paso serían congregación diocesana, dependiendo del Obispo. Por eso Mons. Lissón delegó las facultades y derechos que tenía sobre las religiosas que estaban en su Diócesis, -Lima y Huacho-, y Mons. Zubieta pasaría a ser el superior de todo el grupo.

Mons. Zubieta junto con M. Ascensión, que era el puntal de la Institución, se dedicaron a preparar lo necesario, como las Nuevas Constituciones, los trámites oficiales, etc. Al fin todo estuvo preparado y el día 5 de octubre de 1918 se hizo la ceremonia fundacional de la Nueva Congregación de Misioneras Dominicanas del Smo. Rosario.

Mons. Zubieta manifiesta en el documento de aprobación de las nuevas Constituciones los motivos que le llevan a este apoyo incondicional a las religiosas:

“El rápido progreso que mediante la bendición de Dios y el auxilio de nuestra hermana y protectora Sta. Rosa de Lima, habéis adquirido en el corto periodo de cuatro años; el celo que por la salvación de las almas habéis manifestado penetrando en las selvas del oriente para evangelizar a los infieles con un heroísmo sobre humano; el gran fruto que esperamos de vuestras empresas y el vivo deseo de vuestra propia santificación, nos han movido a procurar por todos los medios posibles la mayor prosperidad y florecimiento de vuestro Instituto, así como la más amplia consecución de sus santos fines...⁵⁰”

Para asegurar más la independencia y la marcha del Instituto, prepararon en Lima una nueva sede para la M. General en una casa de la Plaza San Marcelo que providencialmente había donado la Sra. Julia Bernal. Todos los pasos que se daban iban

⁵⁰ *Ibid.*, Aprobación de las Constituciones, 1918

a favorecer una proyección futura con amplios horizontes misioneros. Mons. Zubieta estaba lleno de gozo pues fácilmente se entusiasmaba con los que compartían el mismo ideal misionero.

Durante esta estancia en Lima estaba Mons. Zubieta impulsando otro gran proyecto de apoyo a las misiones, una REVISTA que iba a llevar la voz hasta entonces lejana, “justiciera” y esperanzadora de los Misioneros, sus trabajos y proyectos; un medio que diera a conocer la vida y aspiraciones de los nativos que hasta entonces “no tenían voz” dentro de aquella sociedad. Las costumbres, cultura, aspiraciones y luchas de los nativos, gracias a la Revista traspasaron los Andes y se hicieron presentes en aquella sociedad que valoraba más lo extranjero que la cultura de los grupos minoritarios, pero numerosos de las selva. El estudio que iniciaron los Misioneros sobre la selva tuvo un gran auge en años sucesivos.

Al salir la Revista “Misiones Dominicanas del Perú” cuyo director era el P. Osende, Mons. Zubieta invitó a todos a colaborar y él se anotó el primero. Salió con los impulsos propios de esos primeros años; desde ella podemos reconstruir hoy gran parte de la historia del Vicariato, percibimos el ambiente fraterno e integrador de los misioneros y misioneras, ambiente impulsado por el Obispo y los primeros misioneros que vivieron un clima de familia excepcional, compartiendo ilusiones y proyectos dentro de las inmensas limitaciones existentes. El primer número salió en 1919 y en ella encontramos informes valiosos de toda esta época.

19.- Visita pastoral y testimonio misionero de Mons. Zubieta

Habían pasado cinco años desde la consagración de Mons. Zubieta como Obispo, en Roma, y le correspondía realizar la “Visita ad limina”. Esa era una buena oportunidad para detenerse en España, buscar más misioneros y realizar además la sugerencia del P. General de la Orden de crear un nuevo noviciado de misioneras ya que el horizonte de evangelización era inmenso y por otra parte había un gran entusiasmo misionero en el ambiente de la juventud de España. Mons. Zubieta planificó en viaje para al año siguiente y si se veía oportuno para estos planes, lo haría también M. Ascensión.

Una vez decidido el viaje a Roma y España Mons. Zubieta regresó a la Montaña en noviembre de 1918 para continuar la visita pastoral interrumpida; llevaba como siempre una voluminosa carga con pedidos de los Misioneros que causó dificultades y demoras en el largo y complicado viaje a Maldonado. Desde allí se desplazó también a Tahuamanu, visitando además Iberia, Iñapari, etc, donde realizó trabajo pastoral por varios días, regresando a Maldonado en marzo. En este viaje fue recogiendo informes que debería presentar en Roma.

El 21 de abril de 1919 se despidió de Maldonado para una larga ausencia. Salió también con él M. Paz Velasco y la niña Dolores; les acompañó el P. Wenceslao Fernández hasta Astillero, desde donde regresaría con dos misioneras que llegaban de Lima. Ambos, el P. Fernández y M. Paz, eran excelentes narradores y contaron la experiencia de viaje en compañía de Mons. Zubieta, el último que realizó a la selva. El

P. Fernández era buen observador y amigo entrañable de Mons. Zubieta. Con la vivencia propia de un testigo, y con una singular empatía, escribió una larga narración del viaje recogiendo distintas facetas de su personalidad:

“Me cupo la suerte de acompañarles hasta la primera estación del Cuzco a Arequipa, durante 28 días que duró el calvario, con tan variadas circunstancias y ocupaciones, me fue fácil observar de cerca las reacciones del Sr. Obispo. Allí el misionero, el padre, el viajero, el sacerdote, el Obispo... el hombre sabio, el calculador.. y sobre todo el hombre de una fe inquebrantable. Mucho se podía aprender de M. Zubieta..”

Despega la canoa con un fuerte empujón de la tangana del primer boga... por la santa costumbre de hacerlo, Mons. Se santigua y con tal ademán para que todos se dieran cuenta y lo hiciesen. En efecto, todos le imitamos, pasajeros y tripulantes, y a continuación “Dios te salve, María...”

Puesta en marcha la embarcación, platica así Monseñor: “Bueno, ahora encomendarse a Dios y un poco también al buen popero... Después dirigiéndose a la M. Paz dio las siguientes instrucciones: “Cuando salte el agua a la canoa, dejarse pacíficamente mojar, y no dar un salto ni gritar, lo que pondría en alarma a todos los tripulantes y pasajeros, y la embarcación en peligro de zozobrar”.... miraba con una risa burlona a la M. Paz y ella decía “si, si, ya se por quién lo dice...”

“Y Ud. P. Wenceslao, en caso de naufragio cómo reaccionaría?” No me dejó contestar sino que dijo: “ no pensar en ganarse la orilla a nado, sino asirse a la canoa, esté como esté, o bien a un bulto o bolsa encauchada, porque así, o bien viene auxilio de otro, o bien da tiempo para serenarse y calcular otro medio de salvación. Habrá naufragios en que no quedará nadie para contarlos, eso no quiero ni mentarlo...”

Llegó la primera noche; otras cuantas lecciones del experimentado viajero: “Atracar en playa ancha, de modo que si le llega la hora de tumbarse algún árbol, que baje sólo a la tumba y no aplaste a ninguno de los que preferimos ser testigo de su estruendosa caída y no compañeros de su sepultura... ahora todo el mundo en movimiento: La M. Paz y Dolores a pelar la yuca y asar los plátanos; los bogas, unos a hacer candela y otros a armar la carpa. Otros a cortar hojas y Ud. –me dijo- y yo a traer leña y hojas y extender los catres, etc. Aquí no ha de haber ociosos mirones...”

En los momentos de una marcha tranquila y de tiempos serenos, aprovechábamos para nuestros rezos del Oficio D. Desde este primer día fue Mons. fijando las horas de rezo y a no impedirlo la lluvia o el viento, habrían de ser invariables sin pretexto alguno... Los punteros remaban a compás matemático, canturreaban algunos y otros fumaban... Monseñor con frecuencia solía cantar por lo bajo, sobre todo cuando no tenía blanca o estaba con preocupaciones; entonces silbaba o canturreaba y daba vueltas al solideo...

Observaba yo que oportunamente tenía sus conversaciones con los tripulantes y después lo mismo sucedió con los arrieros, con los vecinos de cada pueblecito durante el viaje por tierra. Con pequeños y con los grandes, con hombres y con mujeres, con

católicos y con protestantes, con los ricos y con los pobres. Siempre, repito, con mucha prudencia y sin importunar.

Sigue el viaje monótono para muchos; Mons. Zubieta no se aburre y procura que los demás mantengan el ánimo despierto, y en lo posible reine la mayor alegría. Lo consigue fácilmente. Hombre observador, y que vive la vida por duplicado, tiene para dar y tomar. Sus charlas son amenas e instructivas; sabía muchas cosas útiles; admiraba los misterios de la naturaleza, mil veces por él contemplada. Mirada escudriñadora, que sorprendía todos los detalles. Al hablar, en su rostro, se reflejaba la emoción del espíritu; ¡Qué alma más limpia se descubría! “En las almas malévolas no entra la sabiduría”. Mons. Zubieta era sabio, piadoso y místico; en todas las cosas ve la mano de Dios, su Providencia, su bondad, y los demás atributos divinos. Era espontáneo en el decir, no rebuscaba las palabras, ni le costaba trabajo encontrar comparaciones para hacer más fácil la comprensión a los menos instruidos. No era orador de tribuna, pues le embargaba la emoción, como se ha hecho notar. Pero en la conversación sencilla y tranquila, sin que el parecer se diese cuenta, derrochaba oratoria que conmovía los corazones (...)

Muchos eran los que hablando conmigo me contaban sus gratas impresiones sobre el carácter de Monseñor; le veían asequible, sonriente, gracioso, acertadísimo en sus juicios o consejos. “Así me gustan los hombres grandes, -me decía Don Enrique Echenique- los constituidos en dignidades o potestad, para que se le puedan acercar los humildes y aprendan los soberbios!” (...)

Como a las tres de la tarde ya divisamos el puerto de Astillero... se incorpora Monseñor, mira y remira con sus gemelos por ver si veía alguna caballería, lo que interesaba a todos. “Ni un pelo -dijo- se ve... y no se rían, porque ¡buena nos espera! (...)

Después del ritual de bienvenida, un japonés brinda su hotelito a Monseñor...

Preguntó por teléfono a todas las estaciones telefónicas y por consuelo pudo cerciorarse que antes de 15 días no había recua de entrada. Subió a la casita a darnos la noticia desoladora. “Vaya unas vacaciones que nos vamos a tomar en este puerto! – dijo bastante atribulado-, - Y después dirigiéndose a M. Paz y la muchacha Dolores, como para atenuar lo amargo de la noticia, pues mostraban mucha pena, les habló en tono jocoso y muy sonriente: “lo vamos a pasar de lo lindo; vosotras os constituís cocineras a título gratuito que les adjudico, y el Padre y yo nos metemos a pescadores y cazadores: os garantizo que no les daremos un momento de reposo en aderezar perdices, paujiles, súngaros, rayas y angulas eléctricas...” ¡Juasús! Decía la M. Paz. ¡Vaya unos planes de Monseñor! “Pero, que, ¿no os agrada la propuesta? Pues ya ven que nosotros tomamos la parte mas ardua” (...)

Aquí, en Tirapata, terminaba yo mi viaje en compañía de Mons. Zubieta; él seguía viaje a Lima, y yo regresaba a la Misión acompañado de dos religiosas, las que ya nos esperaban en ese lugar. Sentí despedirme de Monseñor, de aquel hombre de Dios, de aquél santo misionero que conforme se le iba conociendo, mucho más se le amaba.”

Como en anteriores veces, Mons. Zubieta llegó a Lima enfermo. Intentó incluso una nueva renuncia a su cargo pero le dijeron que era imposible.

20.- Nuevas gestiones en España y Roma

En noviembre de 1919 realizó por fin su viaje a España. Allí inició de inmediato las gestiones que llevaba pendientes: visitó al Provincial, informándole sobre el Vicariato y los Misioneros, aclarando malentendidos y solicitando más personal. También gestionó con el P. Sarasola, en Pamplona, lo necesario para la fundación del nuevo noviciado de misioneras. Al encontrarse con buenas posibilidades de hacerlo llamó a M. Ascensión, a Lima, y ésta viajó con M. Visitación, llegando a España en Diciembre.

Hubo largos e interesantes diálogos con el P. Sarasola en Pamplona, quien les ofreció su apoyo incondicional y con él hizo gestiones en algunos conventos de Dominicanas para que estas salieran a las misiones, y apoyaran el proyecto de formación. Nuevamente hubo una demora en el viaje a Roma por causa de la fuerte epidemia de gripe que le cogió fuertemente, atacándole los bronquios, ya débiles por problemas anteriores.

Mons. Zubieta y las dos hermanas viajaron a Roma en febrero; además de la visita de Mons. Zubieta al Papa, se entrevistaron y gestionaron directamente los permisos y apoyos necesario para los proyectos que pensaban realizar en España. El Papa le recibió cariñoso, le reconfortó y animó a seguir en la misión, concediéndole lo que solicitaba.

De regreso a España con los permisos para abrir el noviciado de las misioneras, él mismo se dedicó a la adquisición del terreno, hizo los planos, dirigió las obras, y hasta trabajó con sus propias manos cuando era necesario, todo debido a la escasez de medios económicos, que había que solucionar a base de prestamos y pequeños aportes familiares, así como por la premura del tiempo. También gestionaron con el P. Sarasola el paso de otras dominicas a las Misiones y acordaron que M. Pilar se quedase a cargo del nuevo noviciado que al fin se inauguró en octubre. Mons. Zubieta de inmediato buscó medios para regresar a Lima con dos expediciones de 3 misioneros y 7 misioneras. El salió en la última, en enero de 1921.

21.- Regreso al Perú.- Muerte de Mons. Zubieta

En el Perú se encontró con muchas novedades. Los hechos que habían sucedido en el Vicariato durante su largo año de ausencia le causaron gran disgusto y le preocuparon extraordinariamente. Deseaba ir de inmediato a la Montaña pero no pudo hacerlo. Su salud seguía minada y le recomendaron quedarse un tiempo en Lima:

“Desde que llegué me ha vuelto el dolor al cerebro, sin duda por las múltiples atenciones que pesan sobre mí. Todavía no me ha visto el médico que me ha visto otras veces y conoce mi enfermedad antigua. Supongo me dirá lo que todos: “que deje el trabajo” y éste no puede dejarse sino con el cargo. ...”⁵¹

⁵¹ *Ibíd.*, 271

En la Montaña estaba cambiando radicalmente la situación debido al abandono casi total de la explotación del caucho. La alternativa de regresar la selva y la vida de sus pobladores al estado primitivo era escasa, pues los cambios que se habían dado eran irreversibles. Había que pensar en nuevas alternativas para la población, tanto de los nativos como de los colonos que iban a radicar allí. Algunos centros de población se deshicieron y cambiaron de lugar; las casas-misión, por tanto, también debieron hacerlo. Volvió a pensar Mons. Zubieta en la vieja idea de organizar colonias alrededor de la agricultura y buscar medios para promoverla, e hizo nuevos proyectos que presentó al Gobierno.

Los misioneros y misioneras de Maldonado habían sufrido un ataque por parte de grupos radicales que perseguidos en Lima se habían refugiado en la selva y estaban promoviendo un ambiente adverso a los misioneros. No hubo muertos, porque los Padres y sus alumnos internos se refugiaron en la selva y a las misioneras las protegió un grupo de soldados, pero el ambiente de desconfianza quedó en muchos pobladores y autoridades y tardó en desaparecer. No era el primer enfrentamiento de los misioneros con los explotadores que ahora tomaba otro giro.

El P. Wenceslao Fernández, que seguía en Maldonado y fue testigo de los hechos ocurridos, salió a Lima y contó a Mons. Zubieta todo lo acaecido y la nueva situación que se estaba creando. La primera autoridad del Departamento apoyaba a los agitadores que habían asaltado la Misión y seguían con su plan: sacar a los misioneros y destruir todo lo iniciado por ellos; intentaron clausurar los Colegios y llevarse el material de los mismos, sacaron a los internos como empleados a sus casas y hasta les prohibieron realizar el trabajo netamente religiosos y sacramental sino era con el control del Concejo. Incluso planificaban, en un segundo momento, quitarles las casas, sus canoas y la radio. El ambiente estaba muy crispado.

Tuvo que reorganizarse la Misión llegando nuevamente el P. Pio Aza que estaba en la región de Urubamba a enfrentarse a la situación y tratar de apaciguarla poco a poco. En Tahuamanu también había llegado la tormenta; además del cambio radical que se estaba dando por la disminución del trabajo en el caucho y la salida de la mayor parte de la población, querían obligarles a cerrar las escuelas impidiendo el desarrollo normal del trabajo. Las hermanas estaban sufriendo por la lógica inseguridad que las amenazas producían en aquellas zonas tan alejadas. Mons. Zubieta escribe a M. Asunción, que estaba entonces en Tahuamanu:

“...Tu carta me ha llenado de consuelo, al ver que sabes recibir las cosas como venidas de la mano de Dios y para nuestro bien, nunca es más grande un alma que cuando es objeto de calumnias y persecuciones en sí o en sus hermanos, y recibe las cosas con mirada serena, ofreciendo a Dios todo cuanto tenga que sufrir. La virtud se prueba en la tribulación y no cuando todo sale a gusto y voluntad del individuo. El infierno se ha conjurado contra la Misión, y si lo recibimos bien, con paciencia y perdonando a nuestros calumniadores, Dios hará que las cosas se pongan en claro, y que de las cenizas salga gloriosa la Misión”⁵².

⁵² *Ibíd.*, 273

Debido a todos estos sucesos, a finales de 1921 cerraron las casas-misión de Tahuamanu y todos regresaron a Maldonado.

Mons. Zubieta visitó al nuevo Presidente del Perú, Augusto B. Leguía y le pidió influyera en las autoridades de la selva dando garantías a los misioneros, pero no lo consiguió debido a la difícil situación política del País. Esto le causó nuevas preocupaciones llegando a decir: **“Aquella entrevista con el presidente me ha herido de muerte”**.

En los primeros meses de 1921 los misioneros volvieron a tomar la Parroquia de Quillabamba, dejada años atrás por falta de personal; ellos habían avanzado a Chirumbia y Kori-Beni. En julio de 1921 se fundó una nueva casa de misioneras en Quillabamba, ya proyectada años atrás, que había quedado pendiente hasta la llegada de más personal. Se acumularon los problemas y poco a poco Mons. Zubieta iba buscando soluciones, pero no de la forma que él hubiera deseado. Esto influyó mucho en el deterioro de su salud. El médico recomendó a Mons. Zubieta un largo descanso para que se recupera de su grave mal; el lo expresa en una carta:

“Me siento un poco mejor que a mi llegada. Sujeto a un régimen del mejor médico que hay en estas tierra, que me atiende con la mayor solicitud e interés. Dice que tengo cansancio y que necesito descansar unos seis meses, pasando dos de ellos en una clínica. Esto creo es pedir imposibles. Dice el médico, que curándome ahora, puedo trabajar treinta años todavía: pero que si no me curo a tiempo, dentro de tres años estaré imposibilitado...”⁵³

Mientras intentaba esta recuperación, atendía en Lima las obras del Santuario, y en Huacho supervisaba las obras de la construcción de una capilla que estaba haciendo las Misioneras.

“Vine a Huacho con intención de regresarme mañana, aunque con temores de que la obra no anduviese a mi gusto, en cuyo caso tendría que demorarme más. Así ha sucedido. En el momento que llegué fui a ver la obra y quedé del todo disgustado... Ahora estoy satisfecho de cómo trabajan pero me demoraré algunos días más: es posible que vaya el lunes, a lo mas tardar el jueves, dejando a Fr. Perfecto para que siga mis instrucciones....”⁵⁴

Allí se agravó su enfermedad; según los pronósticos de la época fue una pulmonía que no pudo superar; sin embargo ya había sufrido frecuentes gripes y bronquitis y un cansancio poco habitual para su edad, lo que puede hacernos pensar en otras complicaciones imposibles de diagnosticar en aquel tiempo y lugar. Las hermanas de Huacho avisaron a Lima y llegó el P. Osende y M. Ascensión. Dos días después el 21 de noviembre de 1921, murió en aquella casa de las misioneras, atendido por ellas.

El P. Osende, testigo de su muerte, escribe: *“Tanto su enfermedad como su muerte fueron de lo más conmovedor y edificante. Todo se puede resumir en esta frase corriente, que en este caso es de rigurosa exactitud: murió como un santo.”*

⁵³ *Ibíd.*, 278

⁵⁴ *Ibíd.*, 286

Fue una muerte sorpresiva; nadie la esperaba tan pronto aunque él ya venía hablando de ella en algunas cartas, quizá porque sentía su deterioro profundamente:

“El médico me ha recetado descanso, que es lo único que no puedo tener, pues no faltan nunca asuntos en que yo tengo necesidad de tomar la mejor y más penosa parte. Dios así lo querrá y yo estoy dispuesto a todo. Pidan por mí, para que siempre se cumpla su voluntad “⁵⁵

La muerte de Mons. Zubieta fue muy sentida por todos; tenía 57 años y de ellos había pasado 20 en el Perú donde era muy conocido. Después de los primeros funerales realizados en Huacho, el Gobierno del Perú ordenó el traslado de sus restos a Lima, lo que se hizo en tren. En Lima se celebraron nuevamente funerales solemnes en la Catedral y fue depositado después en el mausoleo de la familia Bernal, cuya señora había sido bienhechora del Vicariato. Años más tarde los restos de Mons. Zubieta fueron trasladados a la enfermería del Santa Rosa, en el Santuario.

Dejaba bien organizado el Vicariato que tenía 8 casas–misión; tres en la región del Madre de Dios: S. Luis del Manu, San Jacinto de Maldonado y Sta. Rosa de Tahuamanu, y ya estaba para abrirse la de Panticolla. En la zona del Urubamba había 4 misiones: Chirumbia, Kori-Beni, Sta. Ana de Quillabamba, y Lares. En Lima estaba la casa central; había 21 misioneros.

Había fundado la Congregación de Misioneras Dominicanas que seguía impulsando con todo entusiasmo. Esta contaba con siete comunidades: El Patrocinio, Maldonado, Huacho, Tahuamanu, San Marcelo de Lima, Quillabamba y Pamplona, todas apoyadas e impulsadas por él personalmente. Había 60 religiosas profesas y varias novicias.

En la última carta que escribió al P. Sarasola el 10 de noviembre de 1921 y que llegó a su destino después de su muerte, le expresaba sus deseos para las misiones: **“... cuanto diera por tener pronto personal para llenar las necesidades del Perú, de Centroamérica y del Sur...”**

El P. Sarasola escribió a raíz de su muerte: *“Le conocimos a fines de 1919: era alto, robusto, de rostro grave, color sanguíneo y gesto noble. No era de palabra fácil; se le notaba el acento suave de los americanos y cierto aire de distinción que no llegó a borrar el carácter de navarro ribereño. En cuanto se le trataba, inspiraba confianza y simpatía; era llano y sencillo, sin rebajarse; ocultaba cuanto podía las insignias episcopales; huía de ceremonias y revelaba un gran corazón. ¡Cuántas veces rodaban por sus mejillas lágrimas furtivas, que no podía ocultar...!*

Me escribió unos días antes de su muerte: “...Yo que conozco lo poco que he hecho por la salvación de las almas, deliro con ver doscientas religiosas, bien instruidas y fervientes misioneras, llenas de espíritu del nuestro Padre Sto. Domingo, que funden veinte casas en las que se salven miles de almas... Será algo parecido a una chifladura, pero creo que la salvación de la fe en el Perú y... en todo

⁵⁵ *Ibíd.*, 285

el mundo, está encomendado a las misioneras hasta cierto punto más que a los misioneros, aunque poco podrían hacer sin estos...

Me dice el médico... que tomando ahora descanso y curándome, tenía vida y disposición para trabajar 30 años, pero si no me curo, tomando descanso necesario, sólo podré trabajar unos tres años. Como estos tres primeros años son los más interesantes para la Congregación, a fin de pagar deudas y cimentar bien las casas principales de la misma, creo más agradable a Dios que yo trabaje hasta que me sea posible, con el fin indicado, aunque pasados esos tres años quede inútil para el trabajo o abrevie la vida, ¿no le parece?

Lo que sí me parece es que este apóstol ha ofrecido su vida por la Obra que tanto amaba, y que ha muerto como soldado valiente al pié del cañón, como víctima preciosa por dar vida a sus misiones. El Señor ha aceptado este sacrificio generoso y se ha llevado al misionero intrépido y fundador de la Congregación de Misioneras Dominicanas del Smo. Rosario. Muchos somos los que le lloramos y veneramos tanto..."⁵⁶

El Vicariato publicó un número especial de la Revista "Misiones Dominicanas del Perú" dedicado a la memoria de Mons. Ramón Zubieta. De él están tomados los siguientes párrafos:

"Cuando su obra predilecta estaba en vías de llegar a su apogeo, cuando una risueña perspectiva hacía nacer en el alma las más halagadoras esperanzas, cuando se hallaba más empeñado en dar cima a sus más acariciados ensueños, cuando aún se esperaba de su infatigable celo y energía, larga serie de éxitos y realidades como las que ya habían coronado sus esfuerzos, Dios lo llama para sí y lo hace desaparecer de la escena de sus labores y triunfos.... Mons. Zubieta era un apóstol, gran operario evangélico; la salvación de las almas y el bien de la humanidad parecían reclamarlo imperiosamente, ¿por qué Dios lo arrebató?..."

Aquel hombre incansable, generoso, intrépido, noble, magnánimo, que tanto trabajó por el bien de sus semejantes, ya no existe! Aquel Padre bondadoso cuyo corazón estaba siempre abierto para socorrer y aliviar las necesidades del prójimo, que se desvivía por la felicidad de aquellos que Dios había puesto a su cuidado, ha desaparecido de este mundo... ¡ha muerto!

Mons. Zubieta ha muerto a nuestros sentidos, pero vive en nuestras almas y su recuerdo es de consuelo y aliento. Él nos dice que vive en Dios: que desde el cielo nos ha de ser más útil que en la tierra; que su inmolación nos será más provechosa que sus trabajos... como la muerte de Cristo fue de más utilidad al mundo que su apostolado: "Os conviene que yo me vaya -decía el mismo Salvador a sus discípulos- porque de otro modo, el Espíritu no vendrá a vosotros; más yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos".

Con todo, él cumplió su misión sobre la tierra. Trabajó como buen soldado de Cristo y al morir tuvo el inmenso consuelo de ver que su existencia la había consumido totalmente en aras de la gloria de Dios y del bien de las almas.... Él pudo repetir como

⁵⁶ Carta de Mons. Sarasola a raíz de la muerte de M. Zubieta, 1921

San Pablo: "He librado un buen combate; he terminado el curso de mi vida, he sido fiel a mi vocación. Por lo demás, me está reservada la merecido corona que me ha de dar el Señor en el día de la justicia".

C.- PRINCIPALES APORTES DE MONS. RAMÓN ZUBIETA

Mons. Zubieta fue el fundador del Vicariato en el sentido de iniciar un trabajo, darle orientación y responsabilizarse de su marcha en nombre de la Orden y de la Iglesia. La grandeza de su persona está en el conjunto de la obra evangelizadora más que en algunas acciones concretas o instituciones que impulsó.

Sus aportes fueron constantes y diversos a lo largo de su vida. Aquí se recogen los aspectos mas significativos de su vivencia y trabajo misionero leídos desde el punto de vista presente.

1.- UN ESTILO DE ACCION MISIONERA

a.- Una obra fundada en la práctica de la caridad

El compromiso con la misión es un aspecto fundamental para conocer la vida de un misionero y la forma de realizar esta misión es determinante para comprender su vida.

Mons. Zubieta asumió el compromiso misionero con una zona de la selva, realidad muy particular, nueva y difícil en aquella época; tuvo siempre una actitud fundamental de compromiso permanente y dedicación total, de apertura de mente y corazón, dando valoración y prioridad a las personas, poniendo a un lado, en la práctica, los viejos conceptos de Misión, costumbres y normas que estaban hechas desde otra cultura y lugar. Él abrió camino como auténtico dominico, actualizando en su tiempo el Carisma de Domingo de Guzmán, aquel misionero que salió a nuevos y difíciles espacios de “predicación” en los burgos donde se necesitaba nuevas formas de presencia de la Iglesia.

Cuando Mons. Zubieta realizó su labor misionera, a finales del siglo XIX y principios del XX, estaban vigentes viejos conceptos de Misión y Misionero: Suponía la salida a lejanos territorios de misión, no católicos, llevando la fe, presentando la acción misionera en nombre de la jerarquía de la Iglesia a quien el misionero representaba, procurando lo primero la salvación del alma como el mayor bien para la persona, salvación que pasaba por la pertenencia a la Iglesia, y que se refería principalmente a la vida después de la muerte. También se asociaba un juicio negativo a expresiones como “infiel”, “no civilizado”, etc. que entrañaba una valoración peyorativa de la vida y cultura de los grupos, o al menos un desconocimiento de sus valores, de la razón de sus costumbres y su moralidad.⁵⁷

Como teoría, encontramos algunas de estas ideas y expresiones en los escritos de Mons. Zubieta que se deben entender como propias de aquel momento.⁵⁸ Sin embargo no es esto lo más importante a destacar en su vida. Esta vieja orientación teológico-misionera que tenían los lineamientos propios de la Iglesia antes del Concilio Vat.II, se iba renovando con la práctica de personas o grupos que vivían y trabajaban insertos en la realidad de otros países o etnias, alejados del mundo occidental, donde se elaboraban

⁵⁷ *La Iglesia en la encrucijada de la Misión*” de ELOY BUENO DE LA FUENTE.(Ed. Verbo Divino, 1999.-Cap.2)

⁵⁸ *En muchos casos las expresiones no tenían el significado, a veces peyorativo que hoy les damos, como en el caso de “salvaje” que significaba habitante de la selva, por eso se ha sustituido por “nativo”*

estos principios teológicos. No había tampoco una teología específica de la Misión, ni se consideraba necesaria, lo que daba cierta libertad de acción.

M. Zubieta era una de esas personas formadas en una teología tradicional, que por supuesto siempre subyace en sus expresiones, tratando de ser fiel a la Iglesia, pero al vivir inmerso en la realidad de un trabajo misionero con nuevos horizontes, se ubicó en las nuevas corrientes que surgían desde la vida misma y que más tarde iban a influir en el cambio de la teoría. Tenía la libertad de espíritu para hacer interpretaciones adecuadas a la realidad del nativo, creando así nuevos caminos.

Mons. Zubieta no fue un hombre marcado por teorías sino por la práctica de la caridad. Escribió mucho, pero ciertamente ningún tratado teológico, ni de misionología, que por otra parte no hubiera podido acoplar a la teología vigente. Él escribió informes, proyectos diversos para el desarrollo de la selva, artículos para alguna revista, y muchas cartas en las que fue dejando la transparencia de su alma, el ardor de su corazón, sus preocupaciones y sentimientos, los fundamentos de su espiritualidad. Muchas de estas cartas estaban destinadas a personas concretas, de su confianza, y por lo tanto en ellas se encuentra expresada su vivencia íntima, que por otra parte fácilmente comunicaba.

Él era respetuoso con las normas de la Iglesia cuya rigidez era como una forma de control que protegía la autoridad. Sin embargo para Mons. Zubieta las normas no eran prioritarias ni las ponía por encima de aquellas personas, que eran culturalmente diferentes y vivían rodeadas de una dura realidad que les acosaba socialmente. Él tenía amplitud de miras para entender y suficiente amor a las personas como para ponerse en el lugar del otro y defenderle. Fue criticado varias veces por saltarse normas o por hacer “tareas impropias de un misionero” como decían algunos. Lo que hoy nos parece natural entonces necesitaba explicación:

“Repito que alguien creará impropios de un misionero estos trabajos que llevamos a cabo, mas atendiendo a que el misionero no solamente debe procurar la civilización de los salvajes sino el progreso y adelanto de la región que le han encomendado, lo que a la vez favorece y se confunde con la misma civilización que se busca, me entrego a tales empresas confiando en el buen éxito de nuestras misiones”⁵⁹

Más importante que las críticas fue la colaboración de un notable grupo de grandes misioneros que alentados por el testimonio de Mons. Zubieta tomaron el camino abierto por él y vieron en la obra iniciada un excelente camino “indestructible” para el Vicariato: *“Al contemplar de conjunto la obra del P. Zubieta en estos pocos años, y que son los primeros con todo el cortejo de perplejidades por lo desconocido, de contrariedades por lo arduo, de penoso por la realidad desafiadora, no habrá quien ponga en duda ni su grandeza ni su utilidad. En esta obra de cimentación descansa todo el edificio de nuestras Misiones con la seguridad de lo indestructible y la fe de su progreso indefinido. ¿Defectos? Los hubo; aún en las obras de Dios y para que resplandezca más su mano divina. El hombre instrumento de ellas imprime sus huellas de debilidad y pequeñez.. Pudiera señalarse como defecto, si tal así se le puede llamar, la desmesurada extensión del P. Zubieta y de sus propias cualidades; el ser demasiado*

⁵⁹ *Ibíd.*, Informe de M. Zubieta, 59

bondadoso, demasiado generoso, como lo expresaba el P. Osende.... Pero este defecto era en él una necesidad, dado el fin a que Dios le había destinado. Un hombre calculador y precavido que midiera con minuciosa escrupulosidad todos sus pasos, no hubiera hecho nada en el terreno y condiciones en que hubo de desplegar su actividad el Fundador de las Misiones de Urubamba y Madre de Dios. Por estos hechos fue tachado muchas veces de temerario en sus empresas; pero cuando vieron su beneficioso resultado tuvieron que unirse al aplauso general de todos y comprendieron que no es cuerdo el querer medir a todos los hombres con el mismo rasero". (W. Fernández)

En la práctica la evangelización en el Vicariato se realizaba en una nueva línea que por otra parte ya se perfilaba en otros grupos de misioneros abiertos a la vida e inmersos en la realidad, que estaba "abriendo puertas" para la misma Iglesia.

b.- Relaciones democráticas

A raíz del resurgir misionero de esta época se crearon muchas Congregaciones con este carisma misionero y las Órdenes antiguas buscaban también una renovación por este lado misionero. La Iglesia impulsaba y apoyaba la acción misionera a través de estas instituciones organizadas y jerarquizadas, que actuaban en último término en nombre de Roma. Se encargaba un territorio determinado a una Congregación o una Orden, que pudiera controlar a la vez que responder a las exigencias del trabajo y garantizara la continuidad del mismo. La institución y la autoridad respondían ante la Iglesia y las personas de base lo hacían ante la gente.

Esta situación se dio cuando el P. Zubieta fue enviado por la Orden a la región de la selva sur del Perú, creada entonces como Prefectura Apostólica. Se dice así en el nombramiento:

"...la Sda. Congregación de propaganda Fide... nombró al R.P. Ramón Zubieta, de la Orden de Predicadores, Prefecto Apostólico de los misioneros de la parte meridional del Perú, con toda la autoridad para ejercer aquellas cosas que pertenecen al régimen de las misiones..."

A su vez la Orden le comunica: *"S. R. además de Prefecto Apostólico debe ser superior de la Misión para las cosas de la Orden..."*⁶⁰

Cuando la provincia de Sto. Domingo, en 1906, se encargó de la Misión y asumió la responsabilidad como Institución, como Provincia, le dice el Provincial en una carta:

"El Consejo de Provincia aceptó por unanimidad las Misiones. Dios quiera que ellas sirvan para levantar el verdadero espíritu apostólico de que tan necesitados estamos".

Y el Procurador de la provincia también le escribe y manifiesta su valoración del hechos:

⁶⁰ *Ibíd.*, Cartas y nombramientos de la Orden, 289-s

“El sacrificio que hace la provincia en personal y en dinero es enorme. Pero tratándose de tan grandiosa obra y tan propia del fin de la Orden, con gusto lo entrego todo, en la esperanza de que Dios ha de bendecirnos.”

Iba, pues, el P. Zubieta enviado por la jerarquía de la Iglesia y la autoridad de la Orden. Su vocación de “colaborador” en la misión se vio a veces interferida por el hecho de “ser responsable” de ella y varias veces renunció, pero “de momento soy necesario” decía. Las tareas como Vicario a veces le pesaban y tomaban su tiempo y energías más de lo deseado. El mismo lo explica en una carta:

“He querido renunciar en varias ocasiones, y en este sentido escribí al Provincial de España, para que tomara el parecer de los misioneros, para ver quien convendría nombrar en mi lugar, pero acaba de contestarme que es imposible mi renuncia; el Nuncio Apostólico me ha dicho lo mismo; así que veremos lo que Dios dispone”.⁶¹

Las responsabilidades jerárquicas con frecuencia atrapaban al responsable entre normas y cumplimientos, haciéndole al fin dependiente; otras veces, llevados por la “prudencia del superior”, sobrevalorada o mal interpretada, alejaba o endurecía su relación con la base. Al P. Zubieta la responsabilidad de la Prefectura le dio libertad, tal vez porque para él fue un desafío muy grande la inmensidad y dificultad de la tarea, y porque las personas eran antes que todo. Por otra parte no había allí estructuras que le atraparan y la dificultad y lentitud de las comunicaciones con la jerarquía le alejaban de un control estricto y remoto; había que tomar decisiones y esto favorecía la libertad de acción y la creatividad.

En los primeros años el grupo de misioneros era muy pequeño y la tarea muy grande; la acción del P. Zubieta era enteramente misionera y expansiva y no había entretenimientos burocráticos; El P. Zubieta exploraba la selva, establecía contactos con las tribus y asentaba los cimientos de la acción misionera. Los proyectos en este momento iban encaminados a una acción social que sacara a la zona de la postración en que estaba.

Cuando llegaron nuevos grupos de la Provincia Sto. Domingo, él los acogió, orientó e impulsó en todo momento y ellos entraron en esta dinámica misionera y democrática. Eran continuas las consultas a los misioneros y sus opiniones pasaban a ser compromisos. Hay ejemplos que avalan estas afirmaciones; uno de ellos en 1916, cuando se escribió un documento publicado más tarde como “un documentos revelador”, denunciando la opresión y abuso a los nativos, el Prefecto lo animó y avaló con su autoridad; no era él, el protagonista, pero su postura era bien conocida por el P. Pío Aza, autor de la redacción e incluso recogió allí contenidos de otras denuncias presentadas por Mons. Zubieta ante el gobierno.⁶²

Lo más importante para él era el progreso de la Misión, haciendo lo posible por dedicarse directamente a esta tarea y para ello trataba de compartir responsabilidades de coordinación:

⁶¹ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 92

⁶² Ver apéndices I y II

“He tomado la determinación de nombrar a un P. Misionero Procurador, a fin de visitar yo las misiones y permanecer donde crea más conveniente para el bien de mis queridas y prósperas misiones... quisiera verme libre del cargo de Prefecto, sólo por entrar en ellas y entregar mi existencia por la salvación de tanto desgraciado...”⁶³

Los misioneros le tenían gran aprecio y respeto, y en su forma de ejercer la autoridad se asoman las actitudes fraternas y democráticas, propias del carisma dominicano. Escribe el P. Osende:

“Era un religioso alto, fornido, esbelto, de venerable calva y andar majestuoso. En grupo, era el que menos hablaba, pero la noble majestad de su persona y la seguridad y aplomo que revelaba en sus palabras nos llenaba de íntima satisfacción. Tenía ascendente moral sobre todos y se imponía con su sola presencia.”

c.- Evangelización comunitaria

El mensaje del Evangelio se trasmite y se entiende mejor desde un grupo, desde una comunidad, que es a la vez el objetivo al que se tiende al realizar una evangelización con sentido de Iglesia, de Reino; la comunidad también es la base social de la vida de las personas. Por eso el testimonio de vida de una comunidad es la mejor forma de presentar el mensaje. La comunidad es también el sustento de la vida dominicana, el regalo de Dios a la Orden y a la Iglesia. De hecho hoy la Iglesia debería ser definida como Comunidad antes que como institución, pues fue lo primero que existió en ella.

En el Vicariato el grupo de misioneros figuraba como responsable de la acción conjunta. Por la escasez de personal, éstos estaban a veces solos en una misión pero no era lo más frecuente. El P. Zubieta cuidaba la vida en comunidad y la impulsaba, tanto por el testimonio que daba el grupo como por el apoyo personal que cada uno necesitaba, pues de hecho estaban alejados e incomunicados por las circunstancias geográficas.

Mons. Zubieta propiciaba la vivencia fraterna que incluso iba más allá de la permanencia física juntos. A pesar de las diferencias en mentalidad, trataba de unir al grupo en la comprensión y desarrollo de la misión que en aquellas circunstancias ocupaba más tiempo y esfuerzo que lo referente a costumbres, observancias, rezos, etc. para los que no había muchos cuestionamientos.

Aunque tuvo que caminar muchas veces solo, siempre estuvo invitando a otros misioneros a compartir la responsabilidad. Ya en aquel tiempo y a pesar de las enormes distancias y escasez de recursos se reunían en Llaycho, o el Cuzco, y posteriormente en Lima, donde compartían y tomaban decisiones.

Uno de sus mayores sufrimientos fue la carencia de misioneros que aceptaran en verdad la dureza de la misión en aquella primera época. Su alegría era inmensa cuando

⁶³ Recopilación de Documentos, de I. M. Tesorero, 1998, 98

un nuevo grupo llegaba de la Provincia, preocupándose personalmente de su acogida. Trataba de acompañar los primeros pasos, discutir posturas, incluso enfadarse por discrepancias, pero más allá de los desacuerdos, sabía mantener la unidad del grupo, encaminándolo a una forma de trabajo y un estilo de presencia que hoy llamamos profética y liberadora.

Es notable la integración existente entre misioneras y misioneros que se percibe en esos primeros años, donde los objetivos, los problemas, los recursos, etc., se compartían. Esta integración y relación más bien democrática entre los dos grupos se fue progresivamente distanciando al morir Mons. Zubieta; quizá por causas inherentes al tiempo o a la historia, pero está claro que Mons. Zubieta, por su forma de ser y de tratar, por su mentalidad abierta, era el motor de la unidad.

El aspecto más importante era el trabajo misionero enfocado a crear comunidad entre la gente. De hecho los nativos vivían en tribus que para muchos efectos eran verdaderas comunidades. Los ataques externos dispersaban y aislaban a la gente en la selva. Los misioneros levantaron la voz porque esta unidad social la rompían los explotadores, persiguiendo y destruyendo a las tribus hasta hacerlas desaparecer. Por otra parte también iban trabajando por hacer de la “Misión” un lugar de acogida, de pertenencia común en el que se pudiera vivir mejor y organizar servicios básicos para todos. Estas comunidades, al ser relativamente pequeñas, iban creando más fácilmente el sentido de responsabilidad como pueblo y desde allí buscar o defender los derechos sociales y personales.

La “misión” como último término estaba dirigida también a formar lo que hoy llamamos comunidad cristiana donde se desarrollaban también las actividades catequéticas y celebrativas y donde todos pudieran llegar a participar en los sacramentos, lo que entonces era fundamental para definirse Iglesia. Este camino era lento pero a él se tendía, aunque a largo plazo.

La obra de M. Zubieta no fue individual sino comunitaria porque no era hombre solitario ni egoísta sino abierto a las relaciones sociales, deseoso de integrar a otros en el trabajo, con conciencia de la necesidad de grupo. Uno de sus méritos fue la capacidad de convocar y entusiasmar, organizar nuevos trabajos alentando la creatividad y valorando esfuerzos personales y de grupo. Era hombre de comunión.

d.- Salir al encuentro

En el proceso de Evangelización, el primer paso y quizá el más importante es el encuentro. Por parte del misionero se inicia con una actitud de búsqueda: salir, caminar, ir al encuentro de la persona, conocer su realidad. Fue lo primero que hizo el P. Zubieta, entrando por los caminos de la selva: él narra larga y detalladamente los viajes hacia el interior de la selva buscando a los nativos:

“Caminé 5 y ½ leguas por la margen derecha del Paucartambo y 25 leguas por las alturas...”

“Dijéronme que todavía podía andar a bestia como una legua más. No había andado 60 mts., cuando mula y jinete rodamos por una pequeña cuesta,

gracias a Dios sin recibir más daño que un pequeño susto. Monté segunda vez, mas cuando vi los malísimos pasos en que repetiría la voltereta, y quizá sin tanta suerte, mandé regresar las bestias... Caminamos 2 días por la orilla del río..."

Buscamos un hermoso cedro y en el acto se procedió a cortarlo, a fin de hacer una nueva canoa..." ⁶⁴

El encuentro, que es tan evangélico, lo realizaba El P. Zubieta con actitud abierta y amistosa, dando oportunidades de conocerse mutuamente, diferenciándose así del "enfrentamiento" que caracterizaba el encuentro con los caucheros. En ese tiempo se hablaba de exploración, término muy usado por los misioneros para describir los grandes y múltiples esfuerzos realizados en el conocimiento de la realidad de la selva. Este término "explorador" estaba contrapuesto a explotador, también usado por los mismos misioneros para diferenciarse de los que entraban a la selva para extraer el "oro negro", el caucho, explotando a la gente.

El P. Zubieta fue explorador con fines distintos a los explotadores. No iba armado con el "Winchester 44" de los caucheros, sino con lápiz, papel, pantómetro, etc. para hacer croquis, anotar nombres, recoger palabras de las diferentes lenguas, etc. no tenía nada que "sacar" de la selva, sino aportar lo que pudiera; no buscaba a los nativos para su servicio sino que él mismo y toda la acción misionera estaba al servicio de las tribus y su trabajo se encaminaba a establecer en la misma selva los servicios básicos que tenía la sociedad peruana.

Al mismo tiempo el P. Zubieta puso esos conocimientos geográficos y sociales adquiridos al servicio del país, de ahí los reconocimientos que le hicieron por parte del Gobierno y de la Sociedad geográfica de Lima. Pero no era ésta la finalidad de su búsqueda en la zona. El P. Zubieta nunca se identificó como explorador, sino como misionero, palabra que definía mejor su presencia en la zona; era conocido por sus grandes obras en la Misión.

Como misionero pretendía establecer relaciones con las tribus; permaneciendo con ellos aprendía, escuchaba, y compartía; hasta los niños le ayudaron a aprender el idioma a través del cual iba entendiendo el universo que revelan las lenguas.

"... visité la primera tribu llamada Huauñeris, y permanecí 10 días entre los salvajes de dicha tribu, situada en la confluencia del río Yahuarmany con el caudaloso Inambari... allí estudié algo del dialecto de los Huauñeris, que según informes es comprendido por las tribus restantes. Escribí un pequeño vocabulario de 250 palabras..."⁶⁵

Los indígenas tenía la experiencia de la llegada de enemigos, robando y matando; para establecer otro tipo de relaciones necesitaban una experiencia de amistad, dialogo, cariño e interés por sus necesidades. Sabían que muchas de sus salidas de la tribu eran para un campamento de esclavitud y tenían que asegurarse que la Misión era un centro de acogida, formación y progreso desinteresado.

⁶⁴ *ibíd.*, Informe de M. Zubieta, 43

⁶⁵ *ibíd.*, Informe de M. Zubieta, 57

Mons. Zubieta era respetuoso y observador con los nativos, en los que veía o intuía personas buenas, con muchos valores. Antes de presentar el mensaje evangélico con palabras comenzaba por gestos: ofrecer y recibir un regalo, sentarse a comer juntos, acercarse a los niños, valorar los esfuerzos y acciones de mujeres y hombres, contestar y hacer preguntas para conocerse mutuamente; después de esto, podría hablar de un Dios Padre, que les amaba como hijos. El mismo Mons. Zubieta escribió bellas narraciones reveladoras de estos encuentros gozosos:

“Llegamos al fin a las inmediaciones del Camanquiato, donde nos detuvimos, ya para anotar a los nativos de nuestra llegada, ya para que saliesen a recibirnos y nos condujesen en canoa a la misma tribu poco distante.

El jefe de la tribu no quiso creer lo que los emisarios le decían; mas al fin salió de la tribu para cerciorarse de la verdad, y en el momento en que nos vió descansando en una isla del río, vino con cinco nativos y dos canoas, en las que nos condujo a su tribu poco distante, a donde arribamos a las 5 y media.

Al penetrar en la tribu, las mujeres se mostraron indiferentes y hasta recelosas, más cuando les obsequié galletas, sal y alguna ropilla, variaron de aspecto y se acercaban todas ellas con algún regalo de plátano, papaya, yuca, etc. y de tal modo se aproximaron que me fue difícil aislarme a pesar que necesitaba cambiarme la ropa mojada desde la mañana al atravesar el río.

Lo mismo me acaeció con los niños, les hice algunos obsequios y al sentarme a comer los reuní, les repartí algo de comida y algún terrón de azúcar, lo que fue un gran banquete de eternos recuerdos para ellos y también para mí, pues nunca me veo tan feliz, como cuando estoy rodeado de esos seres desgraciados.

Cuando se les pasó la primera impresión de mi llegada comenzaron los comentarios. Reunidos todos en la plazoleta de la casa, sentados unos y recostados los más,... abrumaban a mi intérprete con numerosos preguntas.

¿Quién es este blanco? ¿De dónde viene? ¿Qué busca? Y alguna otra pregunta. Todos ponían atención y escuchaban a mi intérprete con religioso silencio.

Yo me paseaba cerca de ellos, rezando el Santo Rosario, que al fin dejé para más tarde, por saber las preguntas que hacían a mi intérprete y darles conveniente contestación. Les dije que era enviado de Dios; que no venía a buscar oro, ni plata, ni a pedirles cosa alguna, sino a visitarlos, hacerles algunos obsequios y anunciarles cómo podían ser felices, hablándoles también del Bautismo de los niños mediante el cual se hacían hijos de Dios. El intérprete por su parte les dijo que los niños al ser bautizados venían a ser hijos del bautizante. El jefe al parecer conmovido, se levantó y me pidió que bautizase a su hijita; yo le dije que de nada serviría el bautismo si no se educaba u era buena cristiana a lo que contestó: Padre, pueden bautizarla y después venir tú y la enseñas, lo que le prometí hacerlo al día siguiente, dando tiempo por ver si variaba de parecer y cuando le vi firme en su propósito bauticé a su hijita imponiéndole el nombre de María. La alegría que recibí en ese momento superó a todos los padecimientos pasados, y me confortó para los

venideros, aunque terminasen con mi muerte en medio de las ignotas selvas, donde ni se daría inhumación a mi cadáver según el uso de los salvajes.

Despedí a los indios que me habían acompañado hasta la tribu, quedándome con los muchachos y el intérprete....

Ellos se habían cansado de hacer preguntas sobre mí, y yo también debía hacerles algunas preguntas, indispensables algunas, curiosos otras....”⁶⁶

Estas primeras acciones encaminadas a conocer la realidad de la zona y establecer relaciones con la gente, llenaron muchos años de la misión del P. Zubieta en la selva. Paso a paso iba descubriendo nuevas tribus que tenían vida y costumbres diferentes; se hizo un experto en el complicado proceso de acercarse a la gente, captar y entender su vida, crear lazos de amistad. Este largo aprendizaje también reforzaba sus actitudes para el diálogo y la comprensión de lo diferente que interrogaban su propia vida y modelaban su personalidad. Fue pasando de la expectativa a la comprensión y el aprecio de la cultura, a entender el funcionamiento social, religioso y económico de aquellas sociedades. Se fue inculturando, comprometiendo en ello su mente y su corazón.

El Espíritu estaba allí antes que su mensajero: “aquellos eran los hijos de Dios, dispersos y atacados”, y había que defenderlos y buscar medios para que fueran superando las grandes carencias, mejorando el nivel de vida. Estas profundas razones se perciben a lo largo de los escritos de esa época.

Se puede definir la obra iniciada por el P. Zubieta como una evangelización itinerante, siempre en camino, en el amplio sentido evangélico, saliendo al encuentro de las personas como objetivo fundamental, interesándose por su vida, su entorno, sus problemas y necesidades. Recorrió los caminos de la selva una y otra vez, superando las inmensas dificultades y superándose a sí mismo, a veces cansado y enfermo.

Al establecer la misión como lugar de referencia central no era para instalarse en ella a esperar que llegaran allí los nativos; la misión más que connotación de “Parroquia” era el lugar social donde las tribus, con frecuencia nómadas, podían ir agrupándose y formar poblados. El misionero alternaba el trabajo de la Misión con largas salidas hacia el interior de la selva. La Misión cambiaba de lugar según las necesidades de acercamiento a las tribus, que eran la referencia principal.

“Creí conveniente establecer la misión cerca de Asunción y elegí en efecto un lugar de paso a las tribus Tuyunire y Huachipaires, de manera que el misionero podía allí recibir y obsequiar a los nativos hablándoles en su propio idioma, para captarse la simpatía de los jefes de las diversas tribus... y después penetrar en el interior de esas regiones, donde se podía establecer la casa-misión en un lugar más cercano y aparente”.⁶⁷

Los planes de trabajo tampoco eran “establecerse” o instalarse, sino moverse en el lugar, el tiempo, los métodos que necesitaban utilizar y las necesidades de la gente. Un

⁶⁶ *ibíd.*, Informe de M. Zubieta, Pág. 49

⁶⁷ *ibíd.*, Informe de M. Zubieta, Pág. 56

estilo muy inspirado en el Evangelio, más que en las viejas instituciones de la Iglesia de la época. Un estilo dominicano, que lejos de una vida instalada en todos sus niveles, sugiere más el caminar con el pueblo de Dios, pasar el Jordán, ir al exilio, y seguir con él en la historia.

e.- Un Proyecto de Evangelización integral

Desde el inicio se habla de un proyecto, que se va modificando paso a paso.

El primer aspecto de esta proyecto fue el conocimiento de la realidad de la zona que en los primeros años llenaba el tiempo y casi toda la actividad del P. Zubieta, y posteriormente continuó, alternándolo con otras acciones. Este paso era fundamental para que la misión estuviera acorde con las necesidades de la gente.

Conocer una zona tan desconocida, amplia, y de difícil comunicación, era un proyecto que entonces se calificaba *“heroico, propio de hombres aguerridos”*

“...comprendo el intenso sufrimiento que ha tenido (naufragio) que jamás se borrará de su memoria... era imposible que Ud. sucumbiera; todavía tiene que hacer tantas obras, llevar a cabo tantos proyectos grandiosos que sin su concurso parece difícil su ejecución; solamente el carácter entusiasta y emprendedor de mi querido P. Zubieta (o el coloso de las montañas, como suelen llamarlo algunos) es el elegido de Dios con acierto, digno sólo él, para semejantes obras...”(Carta de la Sra. Catalina S. Lima, 1906)

El estudio que se propuso hacer el P. Zubieta era organizado y científico, para el que no dudó en utilizar los elementos de que entonces se disponía. **“Desde nuestra llegada al Perú recibíamos a diario noticias de la zona, por demás extensa, que abarcaba la Prefectura; leíamos y escuchábamos cuanto dato podíamos obtener sobre los territorios poblados por salvajes, pensábamos seriamente los medios... para conseguir el objetivo de la Misión”** ⁶⁸

A través de viajes y expediciones estudió la ubicación geográfica, el curso de los ríos, únicos medios de comunicación, elementos de flora y fauna etc. todo lo iba anotando cuidadosamente para un servicio posterior; **“No conocía en efecto esos inmensos territorios con las circunstancias múltiple que debe tenerse presente para el sólido establecimiento de una misión, y de ahí mi propósito de examinarlos por mi mismo, sin fiarme de informes, más o menos dignos de atención, si, pero insuficientes para el caso. Esta ha sido mi labor principal en los ocho primeros meses...”** ⁶⁹

“..rompimos la marcha a las 9:30 a.m. Ya me creía feliz e iba cómodo en la canoa haciendo mis apuntes de viaje, tomando los rumbos del río, y admirando la destreza de los nativos...” ⁷⁰

“ Cuando se ofrecía algún peligro inminente, no temía por mí sino por mis papeles, barómetro, pantómetra, etc. etc...” ⁷¹

⁶⁸ *ibíd.*, Informe de M. Zubieta, 41

⁶⁹ *Ibíd.*, Memoria de la Prefectura, 54

⁷⁰ *ibíd.*, Informes de M. Zubieta, 50

⁷¹ *ibid.*, Memoria de la Prefectura, 54

El objetivo prioritario era el conocimiento de la gente, los nativos, que vivían en tribus dispersas por la selva: entender su vida y sus aspiraciones y sobre todo su lengua sin la cual no podían conocer lo más profundo de su cultura. Se necesitaba tiempo e interés, horas de diálogo tranquilo, escucha y aprendizaje. **“Nos hospedamos en las mismas casas de los nativos...” “En este lugar había una tribu de Huarayos... yo me pasaba horas enteras con los nativos, grandes y pequeños, empeñado en formar un vocabulario de su idioma, bien hermoso por cierto...”**⁷²

Los misioneros fueron pioneros en el conocimiento de las culturas de la selva escribiendo sobre sus leyendas, mitos, religiones, costumbres; a través de los años hicieron estudios que son ejemplo de investigación social y antropológica, que ayudó en otros muchos aspectos.

Resultaba sin embargo más difícil de conocer la problemática social era compleja y difícil de captar a primera vista, pero fueron dando pasos en su conocimiento.

En las zonas periféricas los problemas eran debidos a la presencia de los “blancos”, que ocupaban las tierras en propiedad limitando el espacio habitable de los nativos; así lo expresan en diferentes formas:

“Trabajo en la actualidad por conseguir algunas hectáreas de terrenos para poder establecer la población...”⁷³

“Esta pequeña agrupación puede ser la base de un gran pueblo... ofrece sin embargo una dificultad no pequeña para la formación de ese pueblo y es la siguiente:

No habiendo terreno libre donde los nativos puedan estar al amparo del misionero, pues los terrenos que ocupa en la actualidad la misión son los que se ha dado parte a los Campas, están arrendados por 5 años, lo que les hace temer y con fundamento, que pasado ese periodo, llegarían a ser esclavos del hacendado, ...”⁷⁴

Hacia el interior de la selva los problemas sociales tenían relación con la presencia de los caucheros. Los enfrentamientos con éstos fueron durísimos y continuos, fuente de sufrimiento para la familia nativa, ya descritos en otro lugar. Los caucheros quisieron aprovechar la presencia del misionero para sus objetivos de explotación; achacaban a las tribus la iniciativa de los enfrentamientos por lo que el misionero debería colaborar en su civilización o sea sometimiento y entrega de los nativos que luego servirían para el trabajo en los campamentos caucheros. Querían que el misionero “bendijera” su captura porque sometidos, se podrían hacer cristianos.

Este procedimiento ya era viejo, usado en todas las conquistas, e incluso se había usado en otros lugares de la misma selva. El apoyo inicial de los caucheros a los misioneros permitiéndolos usar sus balsas para los viajes, podía llevarles a un posterior compromiso y justificación de sus objetivos económicos. El P. Zubieta no cayó en la

⁷² *ibíd.*, Informe de M. Zubieta, 43

⁷³ *ibíd.*, Informes de M. Zubieta, 55

⁷⁴ *ibíd.*, Informes de M. Zubieta, 66

trampa. Al establecer contacto con las tribus se dio cuenta de lo que significaba la presencia del blanco explotador y los misioneros no quisieron identificarse con ellos. Se fueron distanciando y poniéndose al lado de los nativos.

En los primeros años la presencia del Misionero impedía a veces los ataques que se preparaban:

“En los días que ocurrieron las muertes anteriormente dichas, de donde procede el estado anormal actual, el P. Misionero no se hallaba en el teatro de los hechos, pues había salido al Cuzco...con la estada del P. Misionero se hubiera evitado todo, ...”⁷⁵

La insistencia en las correrías llevó a los misioneros a un enfrentamiento abierto para defender al nativo, víctima cada vez más de los brutales ataques y capturas que terminaban en muerte o esclavitud; los misioneros se implicaron cada vez más en lo que hoy llamamos DD. HH.

El proyecto de Evangelización incluía múltiples acciones que el P. Zubieta iba realizando progresivamente: Establecía casas misión en posiciones estratégicas de entrada y acercamiento progresivo a los nativos. La casa misión se planificaban como un centro de agrupación de familias donde se organizaban planes de cultivos que estabilizaran a la población, para luego ofrecer servicios básicos, entre ellos la educación. Con frecuencia la misión era lugar de refugio para los nativos que lograban escaparse de las garras de los caucheros y para las mujeres y niños en situaciones similares o abandonados en la selva; también se proyectaba desde el inicio atender la salud de la población aunque esto tardó mucho en realizarse.

La misión también se planificaba como centro espiritual y siempre se procuraba levantar la capilla bien visible, que era símbolo de la presencia del misionero, aunque su finalidad era religiosa, no era un centro de culto, ya que el acceso a los sacramentos requería un largo proceso. El bautismo, tan fundamental entonces para entrar en el cielo, se administraba en cualquier caserío. El P. Zubieta, celebraba la misa en los momentos más significativos y el templo era la naturaleza misma o en el corredor de una choza, en una improvisada mesa, donde los nativos asistían curiosos, sin apenas entender las palabras o gestos que eran culturalmente ajenos a su lengua o simbología. Casi siempre alternaba lo religioso con la atención a otras necesidades de las tribus, pues la práctica le enseñaba que la vida para los nativos era una sola, integrada y sin compartimentos.

El P. Zubieta, a través de su relación con las diversas tribus iba adquiriendo una visión conjunta y amplia de la zona. A pesar de las diferencias culturales de cada tribu todos tenían problemas comunes que había que solucionar. De ahí los grandes proyectos tantas veces propuestos a las autoridades, al gobierno, a la Asociación de Propaganda Fide de Lima, explicando la realidad y buscando apoyo. La gestión de proyectos era también la causa de sus largas permanencias en Lima:

⁷⁵ *ibíd.*, Informe de m. Zubieta, 57

- . “... la falta de terrenos propios de la misión donde los nativos puedan tener sus chacras libres y seguras, sin temor a las molestias por parte de los dueños de los terrenos que ocupan...”
- . “Se elegirá un lugar sano para fundar el nuevo pueblo, los nativos tendrán sus chacras libres y seguras...”
- . “Las necesidades de esta región son las siguientes; un hospital en Ccosñipata... decía en mi memoria del año anterior: Debe fundarse un hospital en Ccosñipata para atender a los pobres enfermos, sean soldados, colonos, etc. quienes son víctimas de la fiebres malignas, de la jucuya y opilación, son enfermedades endémicas de este valle...”
- . “Una casa de educación para los niños nativos, y que sirviera al mismo tiempo como enfermería para los Padres...”
- . “La civilización de esta región es un hecho. Tenemos en la actualidad un hermoso camino y espero que el 28 de julio se colocará el primer poste para la línea telefónica de Madre de Dios a Paucartambo y la línea telegráfica de este pueblo a la capital del Departamento...”⁷⁶

Uno de los grandes proyectos a los que dedicó más tiempo e interés Mons. Zubieta, con insistentes solicitudes de apoyo, era el proyecto de educación que incluía principalmente a los niños y niñas. Al inicio el Misionero era también maestro, pero no podía hacerlo bien por diferentes circunstancias. Por eso su afán de buscar colaboradores. Ensayó distintas formas de impulsar la educación, primero sacando algunos niños a escuelas ya formadas en el Cuzco, más luego vio que era mejor impulsar la educación en la misma zona para alcanzar a más personas y hacerla más adecuada a la realidad, promoviendo también la formación de profesores. Buscó las religiosas para esta tarea porque además de la escuela, veía la importancia del trabajo con la mujer y la urgente necesidad de proyectos de salud.

A medida que avanzaba en el conocimiento de la selva y establecía contactos más cercanos con todas las tribus, los proyectos se iban haciendo más amplios para abarcar la zona y todos sus habitantes, incluyendo en ellos a los “civilizados” que estaban establecidos y decididos a quedarse. Eran proyectos a nivel religioso, social y político, por supuesto pensando siempre en elevar también el nivel económico. Hizo proyectos de leyes, pidió cambio de autoridades, apoyó la organización política del Departamento porque la zona dependía del Cuzco y los beneficios y servicios se centraban allí. Los moradores de Maldonado deseaban solicitar al Gobierno Central la autonomía política de la zona y fue Mons. Zubieta uno de los encargados de gestionar en Lima la creación del Departamento del Madre de Dios, que a la vez iría unido a la elevación eclesial de Prefectura a Vicariato. Mons. Zubieta podía dialogar con los humildes y con el presidente de la República, siempre con el mismo fin, promover una evangelización integral, un sentido de comunidad amplia, luchar contra la injusticia, proteger a las personas, combatir la pobreza y aislamiento de la selva y fomentar el progreso en todas sus formas:

⁷⁶ *Ibíd.*, 69,70,71,72,57

“No hay que desalentarse sino trabajar con actividad creciente por el progreso de tan vasto territorio. Por mi parte nada omitiré de todo aquello que a dicho progreso tienda...”⁷⁷

La fuerza de la Obra de Mons. Zubieta tenía un mínimo sustento en lo económico pues siempre fue un hombre pobre. Carecía de dinero, eran tiempos difíciles para la economía de los países, tiempos de guerra mundial, de baches económicos. No tenía instituciones que apoyaran los proyectos ni la Provincia podía asumirlos. Había que solicitar los ingresos para el sostenimiento de todo el Vicariato al Gobierno de Lima y en ocasiones había que mendigarlo. Con frecuencia se mencionan “aquellos tiempos de hambre, escasez”, los préstamos, los “preciosos regalos” que eran propinas de ropa, medicinas y poco más. Mons. Zubieta era misionero de “mochila al hombro”, recorriendo caminos y ríos; la obra misionera no se sostenía, pues, en lo económico. Él consideraba que las personas eran el pilar del proyecto y esto sí lo solicitaba con insistencia. Hizo los proyectos más audaces buscando paso a paso y a medida que avanzaba, los recursos mínimos para seguir. Por eso con frecuencia menciona a la Providencia, que siempre respondía, después de pasados muchos apuros.

2.- DEFENSA DE LOS NATIVOS (DD.HH.)

a.- Fundamento de la defensa del nativo

Basta leer el Evangelio y tenerlo como fuente de meditación, tratar de conocer y seguir la vida de Jesús, para captar su sensibilidad ante la situación de los pobres, de los que sufren, y su dedicación y atención a los excluidos, los olvidados, difamados por la sociedad. Es la misma línea que cruza el A. T. y le da unidad y continuidad en el N.T. presentando a un Dios que está atento a la vida de su pueblo, oye su clamor y envía mensajeros a liberarlo, para salvar su vida y llevarlos donde puedan vivir y desarrollarse como personas y como pueblo libre.

Esta lectura de la imagen de Dios, de la vida de Jesús, ayuda a entender un aspecto de la vida del P. Zubieta que había aprendido en esa misma fuente. Era hombre sencillo y de gran sensibilidad frente a lo humano, creía en las personas; se acercó a los nativos y comenzó a caminar con ellos; percibió sus clamores y se detuvo a su lado. Como Jesús, era hombre que miraba con el corazón y asumió su papel de enviado por Dios para salvarlos.

Su postura nos recuerda la de tantos dominicos comprometidos en la defensa de la persona. “*¿Con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquellos indios?*” clamaba Montesinos, siglos antes, al enfrentarse con los abusos de los colonizadores, desde una postura acorde con el evangelio que proclamaban. En esta misma línea de pensamiento y acción se colocaron los misioneros del Vicariato, hablando repetidas veces en nombre de todos: “*Nosotros, los misioneros, ministros de una religión que tiene por dogma fundamental la dignidad humana... no dejaremos de*

⁷⁷ *ibíd.*, Informe de M. Zubieta, 57

*clamar, protestar y trabajar hasta que desaparezca ese execrable y vergonzoso mercado” de personas.*⁷⁸

Reconocen que tienen un ministerio profético que les obliga a clamar por los DERECHOS de los nativos enfrentándose a la opresión y la muerte. Se colocaron en la misma línea profética de clamor y de apoyo hacia los derechos de los pobres que estuvo presente en muchas misiones dominicanas de América; esta postura tan clara y profética que iniciaron los primeros dominicos en el Vicariato interroga nuestra misión hoy.

El P. Zubieta, como Domingo de Guzmán, sintió compasión desde los primeros encuentros con los Huachipaires cuando éstos llegaron junto a la hacienda de los “civilizados”, mostrándose tan distintos y temerosos, recibidos además con tanto recelo por las personas que estaban alrededor. El quedó impresionado: **“La compasión que me inspiró este hecho me decidió a establecer la segunda misión... sin esperar más personal...”**⁷⁹ No fue una compasión estéril sino que le empujó a la acción. *“¿Éstos, no son hombres?”* Como los primeros dominicos en Américas se interrogaron al encontrarse con la explotación colonial y el trato inhumano, así el P. Zubieta se interrogó y determinó impulsar la tarea evangelizadora, entendiendo que el “ser hombre”, lo humano era central en el mensaje del evangelio y había que priorizarlo.

La profunda sensibilidad por la situación humana fue el motor que siempre impulsó sus proyectos y la valoración de aquellas personas recibidas con recelo por la sociedad, despreciadas, le determinó a dedicarles su vida hasta el final. Siempre luchó por el derecho de los nativos a tener una vida digna, integrarse en la sociedad y ser considerados iguales ya que eran también hijos de Dios y hermanos.

En aquella época, primeros de siglo XX, no se usaba la expresión de Derechos Humanos (DD.HH.) ni siquiera habían sido proclamados oficialmente por la ONU. La opción por la denuncia y defensa de los derechos de la persona no era tema estudiado en la teología como tal. Dedicar tanto tiempo y esfuerzo a las necesidades sociales era considerado por algunos hermanos *“impropio de un misionero”* como le decían al P. Zubieta. Sobre todo era una acusación que hacían frecuentemente los caucheros, los empresarios de la selva. *“Se meten en asuntos que no son de su incumbencia y no nos dejan trabajar...”* acusaciones se hacía de diferentes formas.

Cuando las primeras “madrecitas” llegaron a Maldonado, el entusiasmo del recibimiento se cambió en crítica despectiva cuando comenzaron a llenar el Colegio de niñas nativas: *“¿A qué vienen esas monjas? Van a meter en Maldonado toda la chunchada para que nos coman algún día...”* (W. Fernández)

Incluso llegaron los ataques violentos organizando la población de Maldonado contra los *“curas y monjas”* en el año 1920, atacando la Misión, prohibiéndoles la enseñanza y procurando controlar su actividad religiosa. Varias veces defendieron su postura explicando a la gente los motivos de su acción y planes de trabajo, alegando argumentos sociales, políticos, o teológicos: *“La Constitución peruana dice: No hay esclavos.. somos eco de la enérgica protesta de la gente honrada y bien nacida... y nosotros, como misioneros, nos oponemos...”* (“Doc Revelador” del. P.Pio Aza.)

⁷⁸ “Documento Revelador”, Ver Apéndice I

⁷⁹ Recopilación de Documentos de M.Zubieta, por I. M. TESORERO, 1998, 42

b.- La promoción humana, derecho de los nativos

Una de las violaciones de los DD. HH. más profundas que quebraban la persona y la familia era la ruptura con la sociedad tribal, integrada, para convertirse en “esclavos” dentro de la “civilización”.

La vida en la tribu respetaba bastante bien sus derechos y deberes. Aún con sus limitaciones y costumbres peculiares, el hombre y la mujer estaban integrados en la sociedad tribal de donde nadie era excluido. Todos eran importantes y necesarios. Y a todos llegaban los beneficios de la naturaleza o asumían por igual las carencias y dificultades. Al chocar con agentes externos, agresivos y violentos, todos debían defenderse. Pero los que caían en sus redes tenían que iniciar una vida de “esclavos”, según las expresiones de los misioneros: “*Se está formando una raza de esclavos...*” que consistía no sólo en el trabajo forzado y sin remuneración, sino que debían aprender una nueva escala de antivalores, pues eran llevados por el patrón para atacar, matar y robar a las mismas tribus. La ruptura con su vida y valores era brutal e impuesta por la nueva condición de sometidos. Esto era uno de los motivos de denuncia de parte de los misioneros que luchaban por rescatar a los nativos: “*Nosotros, los misioneros, queremos que sean libres...*”

Los nativos de la selva también carecían totalmente de los derechos políticos y sociales de que gozaba el resto de la nación. Las leyes, la autoridad, las instituciones de defensa, así como la oportunidad de educación y atención a la salud, etc. “*no pasaban la cordillera...*” La selva era un territorio aparte, muy vulnerable a las intromisiones de fuera. El Gobierno apoyaba las explotaciones, ya que consideraba el territorio suyo, no de los nativos y alentaba la explotación de sus riquezas para equilibrar la economía nacional. Pero los exploradores se convertían allí en explotadores, con la única finalidad de enriquecerse. Los nativos no tenían derecho a su tierra, no conocían el valor del caucho, ni podían reclamar salario laboral por su trabajo. En la selva regía la ley del 44 (rifle) con sus 11 artículos (balas). Rota la relación con su tribu estaban a merced de la autoridad del patrón y sus colaboradores.

Los medios de defensa de las tribus eran las flechas o la huida hacia el interior de la selva. No se deseaba ni se veía positivo la integración en una sociedad que les recibía para la esclavitud, con toda la gama de condiciones que la palabra significa. Sin embargo el derecho a la vida y al progreso estaban relacionado con el establecimiento de relaciones pacíficas igualitarias y al intercambio, que les llevaría a mejorar la condición humana. Era necesario establecer nuevas relaciones para pasar del aislamiento al diálogo e intercambio, a una integración progresiva y positiva.

El P. Zubieta trabajó este plan de acción durante años, comenzando por propiciar experiencias positivas, acogida, oportunidades de conocer y decidir. Con cierta protección y seguridad. Hay un hecho ilustrativo de otros muchos: al jefe de los Tuyunires se le acogió en la misión de Ccosñipata, y Mons. Zubieta le invitó a conocer después el Cuzco, y regresó cambiado. “**La permanencia de este nativo en la misión,**

su visita al Cuzco y los agasajos que recibió, constituirán el principio de regeneración espiritual y temporal de esta vigorosa raza Tuyunire”.⁸⁰

La actitud de los misioneros defendiendo el derecho a la integración nacional contrasta con la postura de otros que juzgaban y condenaban con dureza a los nativos desde un punto de vista parcializado e inexacto, influenciado por los relatos de los explotadores que no dudaban en apoyar el exterminio de la raza porque atacaban para defenderse de sus intrusos enemigos. Dice el P. Zubieta al respecto:

¿Y cuál es el remedio que debe ponerse a estos males y a este estado de los nativos? Si en tan importante y trascendental cuestión escuchamos las opiniones de muchas personas, aun de regular ilustración oiremos desatinados proyectos. Causa lástima oír decir que el Gobierno debe mandar un batallón que persiga a los salvajes y los castigue severamente hasta exterminarlos, si no quieren a buenas incorporarse a la Nación. Palabras textuales que se oyen con demasiada frecuencia...”

“El trabajo y progreso unidos con la misión evangélica rodeado todo ello de las precauciones necesarias sin hostilizar a los salvajes, sino recibirlos con los brazos abiertos cuando se presenten, aún buscar a los que se hallan bien dispuestos, he aquí lo que tiene que vencer a estos nativos de tradicional bravura e indómito carácter...”

81

c.- Los Derechos Humanos de los nativos

El P. Zubieta comenzó a darse cuenta progresivamente de los ataques que se hacían a los nativos; en muchos casos la presencia del misionero evitaba tales ataques directos en la zona donde se encontraban. Desde los primeros años comenzó a hacer propuestas concretas para proteger a las indefensas tribus. En un escrito que presentó al Gobierno en 1910 denuncia y pide protección para los nativos, poniendo en claro lo que estaba ocurriendo en la selva:

“Protección para los nativos que son perseguidos y cazados como fieras, resultando de esas cacerías la muerte de unos y la esclavitud de otros. Reúnense tres o cuatro individuos y bien armados, que penetran en una tribu dócil y hospitalaria con carácter pacífico y comercial, y cuando ven la ocasión propicia, acometen a los nativos haciendo uso de las armas de fuego. Unos de los nativos huyen a ocultarse, otros caen heridos mortalmente y otros más tímidos quedan a disposición de los criminales para ser vendidos según edad, sexo y condiciones de cada uno. Causa horror el sólo hecho de recordar semejantes crímenes, pero es necesario hablar claro y poner remedio....”⁸²

Hay varios documentos que se podrían citar pero destaca entre todos el escrito en 1916, que sintetiza y revela la postura respecto a los DD.HH.

⁸⁰ *ibíd.*, Informe del P. Zubieta, 67

⁸¹ *ibíd.*, Informe del P. Zubieta, 67

⁸² *ibíd.*, Informe del P. Zubieta, 90

UN DOCUMENTO DEL VICARIATO⁸³

Las “correrías” era uno de los sistemas represivos usados en esa época en la selva descrito por los misioneros con detalles que impresionan sin tapujos ni paliativos:

“ A lo que nosotros nos hemos opuesto y nos oponemos con toda la energía de nuestro ser, no es a las exploraciones sino a las “CORRERÍAS”, a ese asalto a mano armada que se ha dado a los infelices nativos; a lo que nosotros nos oponemos y resistimos es a ese cúmulo de crímenes espantosos que se cometen con los desgraciados hijos de la selva.

En las correrías impunemente se roba, se mata, se asesina al indio que no quiere abandonar su choza, arrancan a los hijos de las manos de los padres, las esposas de los brazos de los esposos, con otras mil iniquidades.

¡Qué triste debe ser para un pobre indio, a quien no alcanzó una bala, y pudo en la fuga salvarse, pasados unos días, volver a su antiguo hogar! ¡Chacras destruidas, su casita, su humilde tambo vacío, silenciosos, acá y allá sangre, o los restos inanimados de seres queridos, que ayer eran el encanto de su corazón!...”

Las repetidas declaraciones y denuncias llevadas por Mons. Zubieta a Lima habían puesto en guardia a los caucheros que buscaban ahora los medios de ir contra los misioneros. El 1916, un grupo de estos explotadores “*con mala fe y aviesa intención*” presentó un escrito a la autoridad del Cuzco diciendo que los misioneros “*ponen obstáculos a sus exploraciones*” alegando también que ellos “*son los únicos llamados a explorar y civilizar*” y que los misioneros no hacen nada al respecto; esta típica acusación y la respuesta de los misioneros revela el nivel de enfrentamiento a que llegaron en esa época por causa de los abusos hacia los naivos.

El P. Pío Aza, cansado de denuncias orales, cartas e informes, redactó un largo escrito que es una airada acusación expresando la postura de todo el Vicariato. El escrito fue enviado a la autoridad del Manu, una de las provincias del Departamento y enviado también al Cuzco; además fue publicado en 1919 con el título “Un documento revelador” en la revista “Misiones Dominicanas del Perú” N° 2, porque, según el director de la revista, P. Osende, retrataba al vivo los problemas que continuaban ocurriendo y seguirían en el futuro.

Se resaltan a continuación algunos puntos de dicho documento, “reveladores” de la lucha por los DD.HH.:

1) El documento muestra que los misioneros tenían un conocimiento de la zona, geográfico y social poco común, en contraste con el limitado e interesado conocimiento de los oponentes. Tenían datos sistematizados de la geografía, los hechos sociales, los recursos económicos, así como la vida de las tribus y su cultura; esta fue la inmensa tarea iniciada por el P. Zubieta desde los primeros tiempos, continuada por muchos misioneros; de ella hacen uso en este documento para mostrar la solidez de su trabajo en la selva y contundencia de sus argumentos.

⁸³ Ver el Apéndice I

“Exploraron el río Paucartambo, cuyo curso se desconocía; el río Tono, sacando 22 nativos; el río Yanamayo; el Huaysampilla dos veces; la una simultáneamente a la exploración del Coronel Fernández, en que éste murió, su hijo y siete peones más, y la otra en la que se entró por el Huaysampilla y terminó en el Manu, pereciendo en esta expedición uno de los misioneros con otros individuos, salvándose milagrosamente el jefe de la expedición, el hoy Ilmo. Mons. Zubieta; se exploró el río Inambari, hasta su confluencia con el Marcapata, así como parte del río Panticolla. Han recorrido el río Maigo, con el río Piedras y sus afluentes, el Huáscar, Lidia, Pingachiri, Chanchamayo, Pompo, Siticayoc, Radium, Bolognesi, Pardo, Dos de Mayo, etc. y este reconocimiento o exploración del alto Piedras o Tacuatimanu, se ha hecho repetidas veces, varificándose la primera en tiempo en que no había en todo el alto Tacuatimanu ni una persona civilizada, teniendo la satisfacción de penetrar hasta los mismos centros salvajes Machinaris, sacando algunos de esta tribu...”

2) Es impresionante la descripción que se hace de la persecución y sufrimiento de los nativos, de diversas formas y con crudas expresiones, calificándolo de esclavitud, de “mercado de seres humanos”, hechos “que están sangrando”; se ponen del lado de los oprimidos al hacer su defensa afirmando:

“... las correrías son el punto de partida de ese estado de esclavitud a que son condenados millares de seres. El individuo que fue cogido en correría, va pasando de mano en mano, de dueño en dueño durante su triste vida, siempre arrastrando la cadena de esclavo. Está formándose una raza de esclavos, y nosotros, los misioneros, queremos que esos hombres sean libres,,,

Las correrías son la principal causa de la disminución de la población indígena de la Montaña: ¿Dónde están aquellas numerosas tribus que antes poblaban el Madre de Dios, y de que nos hablan las historias? Pues la mayor parte cayeron bajo el plomo de los civilizados. Hoy apenas si queda un número muy pequeño e insignificante, repartido en diferentes grupos. Uno de esos grupos, huyendo de la barbarie de los civilizados se ha refugiado en el Colorado, y que pronto será exterminado, si el Supremo Gobierno no toma medidas enérgicas”.

3) Aclara también el autor del documento las calumnias que se levantan contra los nativos acusados de atacar a los caucheros con sus flechas. En muchos casos esta acusación es una falsedad y en otros no son ataques de los natios sino defensa que tienen derecho a hacer. Él se ha informado de los mismos nativos y comprueba que las cosas no son tal como las dicen los caucheros:

“Todo me hace sospechar que lo que se intenta con esas falsas alarmas es buscar pretextos para mañana justificar una “correría”...”

Sin embargo no me extrañaría nada que al firmante le sucediera cualquier contratiempo, porque conocido es en estos lugares por su tráfico de carne humana; y su hermano es uno de los que entraron en el reparto de los trofeos y presas de carne humana que se sacaron de Pantiolla en el mes de mayo próximo pasado; y ordinariamente (esta probado por una terrible experiencia) a quien se entrega a ese escandaloso tráfico y se nutre de la sangre de los infelices nativos, le espera en su vida un fatal desenlace.

Muchas atrocidades se han cometido con los nativos del Madre de Dios, y no tendría nada de particular que éstos nativos que tienen corazón para sentir los ultrajes y ofensas, en el día menos pensado tomen tremendas represalias...”

4) También era importante la parcializada información que se proyectaba fuera del lugar, que iba formando la opinión pública adversa a los nativos tachándolos de criminales; esa falsa imagen que circulaba por la sociedad se fue cambiando a medida que los misioneros, que estaban del lado de los nativos, informaban de la verdadera realidad.

“Todos esos mentidos ataques, todas esas falsas alarmas, no tienen otra finalidad, según mi humilde juicio, que preparar la opinión pública para luego sincerarse fácilmente ante ella de los atropellos, de las nuevas “correrías”, de la nueva serie de iniquidades que se cometen con esos antiguos moradores del Madre de Dios...”

5) Apelan los misioneros a los derechos que la misma Constitución Peruana da a todo ciudadano, y al sentido universal de todo hombre de buena voluntad, diciendo que ellos son el eco de todas las naciones y de todos los “hombres bien nacidos” que claman por los derechos de las personas; parece que eran sensibles al ambiente general que estaba formando y que dió paso a la declaración de los DD.HH. promulgada años más tarde.

“Nosotros nos oponemos, no a las exploraciones, sino a las correrías, a esa bárbara crueldad con que se trata al nativo, porque en esto creemos ser fieles intérpretes del Supremo Gobierno del Perú y de toda la nobilísima nación peruana, nos parece que somos eco de la enérgica y universal protesta de toda gente honrada, de toda alma bien nacida, quienes condenan y execran todos los actos criminales y miran con indignación y horror a los individuos que los cometen, señalándoles con el estigma vergonzoso y degradante de “mercaderes de carne humana”

6) Completan esta denuncia con el anuncio que hacen los misioneros impulsando el progreso de las personas y las comunidades, enumerando las acciones positivas y los hechos concretos que realiza la misión: casas, chacras, escuelas... que se están multiplicando y se esfuerzan por equipar con los mejores adelantos que se pueden conseguir:

“Lo que digo no son puras palabras, sino hechos; hechos que todo el mundo, si quiere, puede comprobar, porque estas escuelas subsisten, estas escuelas están establecidas no sólo en Urubamba, sino en Madre de Dios, en Maldonado, en donde tenemos dos, una de niños y otra para niñas, regentada esta por Religiosas venidas para este objeto de Europa. Conoce Ud. la escuela que funciona aquí, en S. Luis del Manu, la cual fue fundada en 1908 y desde esa época no ha dejado de funcionar con más o menos niños durante todos estos años... Hoy existen dos Colegios, uno de niños y otro de niñas en Tahuamanu.

Además se ha dotado a estas escuelas hasta de elementos que carecerán seguramente la mayor parte de los centros de enseñanza de la República, como son la linterna para proyecciones y el cinematógrafo...”

Por su parte, Mons. Zubieta apoyó la postura de los misioneros reafirmando que los crímenes y abusos contra los salvajes son verdaderos y escandalosos y envió un largo informe al Prefecto del Departamento en el mismo tono de denuncia e indignación:⁸⁴

“ Los misioneros se han opuesto y con todas sus fuerzas a las correrías o caza de nativos para ser vendidos o esclavizados; mas no a las exploraciones que se han hecho en todas direcciones...

Protesto enérgicamente de los conceptos que emiten los recurrentes sobre los misioneros, quienes han trabajado sin retribución alguna todo lo que los pequeños recursos de que disponían les ha permitido y jamás han denunciado una correría supuesta, sino las probadas y escandalosas... las correrías y crímenes de que han sido casi testigos oculares, y ver el disimulo y la falsedad con que quieren hacerse nuevas hazañas, que ninguna persona honrada puede ver con buenos ojos y sin indignación propia de los grandes genios, que han luchado contra la esclavitud más denigrante e inicua.

Habla del “pretendido tráfico de carne humana” ¿pretendido? ¿Pone en duda el hecho? Él conoce muy bien la venta de una mujer por una mula, la de un niño por sal, pólvora, casos que cita el misionero. ¿y habla del pretendido tráfico? Hasta será capaz de negar las correrías, de las que pudiera yo dar detalles muy minuciosos en el alto Urubamba en momentos en que se hallaba el que suscribe muy próximo al lugar de las correrías....

También hacen una relación de los crímenes cometidos por los nativos y callan sistemáticamente las correrías y crímenes cometidos con los nativos, crímenes en que se muestran los civilizados más inhumanos que los mismos nativos. Fiscarral sacrificó inútilmente 60 mashcos, los que desde esa fecha miran con horror a los civilizados....”

Los DD.HH de los nativos, que incluyen tanto la defensa como la promoción de su sociedad, se inició con la misma Prefectura (en los inicios de esta historia, la zona y sus habitantes estaban totalmente alejados y excluidos de todo). En esta clara postura ha habido etapas de más o menos compromiso , de acuerdos y desacuerdos, pero la vuelta a sus orígenes y el recuerdo histórico de los primeros misioneros, bajo el impulso de Mons. Zubieta, nos están recordando que el compromiso con los DD.HH de los nativos no se ha detenido o no debiera detenerse, así como no se detiene las formas de explotación ni los explotadores que se presentan con nuevos ropajes, pero con los mismos objetivos. Como bien decía el P. Osende al publicar este documento de denuncia, en 1919: *“esta historia se repite hoy y se repetirá siempre, y menos mal que no está apoyada por los que tienen el deber de protegerlos contra tamaños abusos”*

3.- ALGUNOS RASGOS DE SU ESPIRITUALIDAD MISIONERA

Mons. Zubieta fue un hombre de una acción múltiple y desbordante, como lo vemos al reconstruir su vida. Toda esa acción misionera tenía un centro unificador, un espíritu que le movía, un “espíritu misionero” que daba impulso y dirección a su vida dedicada por entero a la misión, **“que era en él una chifladura...”** La Misión definía su

⁸⁴ Ver Apéndice II

espiritualidad y daba sentido a su acción. Fue una vocación definida desde el principio: **”Seré misionero y dominico...”** y esa vocación llenó y orientó toda su vida.

La espiritualidad de Mons. Zubieta es dominicana recogiendo la herencia del pasado, de las fuentes de la Orden, y personificándola en su vida, haciéndola actual en aquella realidad concreta de la selva y proyectándola también al futuro. Como a Sto. Domingo, el Espíritu le empuja a la misión de anunciar el Evangelio donde no ha sido predicado y hacer allí presente el mensaje de Jesús con palabras y hechos; vivir y predicar la fe de forma itinerante saliendo al encuentro de las personas y los grupos, servir a la Iglesia en lugares nuevos, entre los que no conocen su mensaje de salvación.

Toda espiritualidad tiene algo de misterio que no se logrará entender ni se conseguirá explicar bien. La espiritualidad de Mons. Zubieta es difícil de explicar porque tiene rasgos profundos y nuevos para aquel tiempo, que se percibe al observar su vida y seguir su trayectoria a veces desconcertante. Para entenderla hay que volver a situarse en aquel tiempo, que aunque relativamente cercano, es a la vez lejano porque nos separa el acontecimiento del Conc. Vat. II, que cambió muchos conceptos de espiritualidad y sobre todo las formas de vivirla.

En las expresiones de espiritualidad de Mons. Zubieta hay una marca de su tiempo, pero sobre todo hay una priorización de elementos fundamentales que son de siempre, además de otros aspectos más novedosos que entonces le fueron tachados de inadecuados y hoy los entendemos y acogemos.

Se señalan a continuación los rasgos más significativos y sugerentes para hoy.

a.- Vivencia de la vocación misionera

La vocación, la llamada de Dios, es el primer paso en la orientación de la vida. El P. Zubieta desde su juventud sintió la llamada a ser misionero, que entonces tenía connotaciones muy concretas; estaba implícito en esta vocación dejar toda otra cosa para dedicar la vida a los pobres y alejados, contenido que se expresa en frases como ir a “países de misión”, grupos de “misión”; hoy lo llamamos una opción radical y permanente por los pobres.

Esta opción misionera tomó su vida desde los primeros pasos en Filipinas, pasando por su largo compromiso en el Vicariato del Perú, hasta su muerte.. Todos los proyectos de su vida, grandes o pequeños, eran consecuencia de esta vocación y fueron encaminados a estos grupos. La opción misionera entre los pobres fue el proyecto de su vida. Para ello tuvo que cruzar fronteras sociales y religiosas y adentrarse en aquellas nuevas realidades.

El P. Zubieta al elegir ser misionero eligió vivir y luchar por los humildes **“ por los desnudos y pobres salvajes...”** (p.32) sin volver la vista atrás. Compartía con frecuencia los medios de vida de los nativos, sus formas de viajar, la comida. Realizó programas y tareas de supervivencia y se comprometió en sus luchas por elevar el nivel de vida. Era un esfuerzo permanente y variado por insertarse: aprender, buscar, llamar, estar a su servicio. Allí quiso vivir y anunciar el Evangelio “a tiempo y a destiempo”, con acciones y palabras. Anunciar a Jesús que había marcado su vida desde los años de su

formación y poner en práctica su programa evangélico que hablaba tan claramente de los pobres, a la vez que lo iba descubriendo más y más en la misma práctica, donde se revelaba el Señor. Como en el camino de Emaús, Dios le hablaba desde los humildes, desde las dudas y dificultades, las alegrías y los gozos, desde la experiencia de compartir. Todo había que asumirlo para saber discernir y poder después retomar lo esencial, lo que el Señor le iba descubriendo a través de la misma realidad.

El P. Zubieta hubo de renovar su opción misionera en varios momentos y ante serias dificultades y cuando superadas éstas decidía seguir adelante, era motivado por el progreso de la misión y la situación de los pobres que necesitaban su presencia:

“Yo hice la renuncia de la Prefectura en julio, lo uno porque he luchado siete años con toda clase de elementos y ahora cansado y rendido de la lucha y delicado de salud, quiero mirar por mi salud, tranquilidad y reposo. Por otra parte la Prefectura se halla bien establecida... Siento solamente que mi ausencia traiga alguna mala consecuencia a mis queridas misiones...”⁸⁵

En aquella época había, por supuesto, una urgencia de incorporar a las personas a la Iglesia por el bautismo para que pudieran salvarse y esta salvación se consideraba su mayor bien. En todas estas motivaciones estaba presente la caridad, si era necesario, en grado heroico. El plano de las necesidades humanas era secundario frente a la eterna salvación.

En la práctica, Mons. Zubieta no vivía estas divisiones ni se nota en sus decisiones que la salvación estuviera separada de la vida; era la persona lo importante de cara a esta vida y a la otra. Las acciones iban encaminadas a una evangelización de la persona total que hoy llamamos evangelización integral; por otra parte este concepto global de la vida se percibía también en las tribus.

Este sentido global experimentado por muchos misioneros en el mundo de los pobres influyó notablemente para abrir horizontes en la Iglesia que progresivamente fue admitiendo la salvación por la “buena fe” o con “el bautismo de deseo” El P. Zubieta no necesitó recurrir a estas ideas para trabajar y dedicarse en cuerpo y alma a la liberación del pueblo indígena de la selva; bautizados o no, aquellos eran “sus hijos dispersos” que deseaba bendecir, ayudar y servir hasta el fin, pues en ellos estaba presente Dios mismo. La nueva orientación misionera del Vat.II que desorientó a muchos misioneros vino a confirmar los caminos abiertos por los grandes misioneros .

b.- Motivación y vivencia de la fe

Entre los rasgos de la espiritualidad, que es la misma vida guiada por el Espíritu, se encuentra como eje central una motivación de fe, la convicción de que Dios estaba allí, de que el Espíritu lo guiaba todo y a la vez la dimensión de la praxis, la práctica de la caridad, la expresión de la fe en obras.

⁸⁵ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 84

La imagen de Abraham es sugerente para entender la de Mons. Zubieta: salió de su tierra llamado por Dios, y se entregó totalmente a su servicio, caminando aún sin claridad, abriendo camino al andar, sin esquemas ni estructuras, -algo por otra parte inherente a la vida misionera-, sin templos ni ritos, más bien levantando altares provisionales para celebrar algún hito importante en el camino. La naturaleza era el templo para la ceremonia de la misa y por participantes los nativos o compañeros de viaje que asistían a la celebración admirados y sin comprender bien lo que se hacía, pero con la intuición de que Dios estaba misteriosamente presente en aquellos momentos. **“Dios está con nosotros...”**

Su fe, como la de Abraham, se manifestaba en una permanente confianza en la presencia y protección de Dios, tratando de responder a sus “designios” que actuaban en aquel pueblo para el que debía ser una bendición. El fruto dependía de Dios más que de sus acciones. **“... las luchas servirán después de solidez a la obra, y aliento a nuestros corazones. Yo ofrezco a Dios todo y él mirará por las Misiones que son obra suya...”**⁸⁶

Desde que Jesús irrumpió en su vida y él se la entregó sin reserva con el voto de obediencia, el proyecto que el Señor le asignó fue lo más importante en su vida y a lo que se dedicó hasta la muerte. En sus expresiones se nota que desde este proyecto Dios le interpela, le impulsa a caminar e incluso a dar la vida.

“He naufragado varias veces, y en una de ellas vi perecer delante de mí, a dos varas de distancia, a cuatro hombres llenos de robustez y de vida; yo tragaba agua cada vez que tenía que respirar, y tenía mi muerte como la cosa más cierta; pasamos tres días después del naufragio sin comida de ninguna clase, y desnudos, sufriendo unas veces las aguas torrenciales y luego un sol abrasados que nos ponía en estado de demencia... Esos sacrificios, esos tormentos, esas luchas, tristezas y contrariedades, esa oposición del cuerpo al espíritu, ¿será señal de que debemos abandonar el camino de la salvación,?... La victoria supone la lucha. Ninguno será coronado sin pelea, dice San Pablo...”⁸⁷

Su fe se fundamenta en el misterio de la Encarnación, el Dios que baja y se humilla para levantarnos, que camina a nuestro lado, que pide nuestra colaboración para la salvación, y que será nuestra recompensa -Resurrección- para siempre. Una vida espiritual adulta, que no prioriza las manifestaciones externas, y más bien profundiza en las vivencias del Espíritu; que da sentido a lo sacramental desde la base de la participación, algo que ha de prepararse para que sea consciente y significativo en algunos momentos. Encontrar a Dios en las realidades humanas, especialmente en los nativos, pobres y alejados y precisamente dedicándose a su servicio, es algo que no se vivía en la mística de entonces.

Mons. Zubieta encontró una manifestación de Dios en la presencia de la mujer, algo sorprendente y novedoso en aquella época quizá lo que hoy llamamos la presencia materna de Dios. Esta tuvo un papel decisivo en su vida. Sintió la acción de Dios a

⁸⁶ *ibíd.*, Carta de Mons. Zubieta, 120

⁸⁷ *ibíd.*, Carta de Mons. Zubieta, 130

través de su madre, de su tía religiosa, y de las sucesivas mujeres que fue encontrando en la trayectoria misionera.

En ese tiempo el hecho de ser mujer era suficiente para ser menos valorada y tener menos relevancia. Pero para Mons. Zubieta la mujer sí era relevante por su presencia y papel en las tribus, por sus posibles y necesarios aportes en el proyecto misionero. Encontró mujeres que vibraban con el mismo ideal, con las que podía compartir su afectividad, sus experiencias espirituales, sus inquietudes e interrogantes, que aportaban nuevas luces y una especial sensibilidad ante el sufrimiento. La mujer era sujeto de la presencia amorosa de Dios, protagonista en la sociedad tribal; su influencia podría establecer un equilibrio social y era un complemento en la evangelización. La presencia de la mujer fue importante en su vida y su en espiritualidad.

“Creo de tan trascendental importancia la obra que tenemos a nuestro cargo que me parece es lo único bueno que he hecho en mi vida. Lo que vosotras hacéis donde quiera que os encontréis, vale más que los trabajos de una comunidad de religiosos, más que todos los sermones, sencillamente porque educáis a la mujer, base de la familia y la sociedad...”⁸⁸

c.- Abierto al espíritu

Mons. Zubieta manifiesta en su vida, en sus actitudes y acciones que era una persona abierta al Espíritu, que sopla donde quiere y se manifiesta en quien quiere, sin estar atado a normas y lugares o momentos en los que tradicionalmente se espera que se manifieste. Las normas rígidas, la teología estudiada no encerraron su mente y su acción, como era frecuente entonces, ni se limitó aplicar o adaptar normas.

Constantemente se encontró con nuevas situaciones y sobre todo nuevas gentes, grupos de indígenas con diferentes costumbres y formas de religión. Su primera actitud no fue rechazo o imposición, sino acogida, opinando que no se debía **“hostilizarlos, sino recibirlos con los brazos abiertos cuando se presentaran y aún buscarlos...”⁸⁹** Tenía respeto por los nativos y mucho amor por ellos, con una dedicación total para defender **“su libertad y bienestar”** valorando lo que encontraba de positivo. El gozo del encuentro era señal de la presencia del Dios. **“Momentos después de mi llegada vinieron a saludarnos, lo que fue para mi la mayor satisfacción que Dios podía proporcionarme...”⁹⁰** Esta misma actitud de acogida y apertura tenía con todas las personas a las que escuchaba y acogía como amigos.

Tenía también actitud abierta hacia los hechos de la vida, no siempre favorables, pues el Espíritu se manifestaba también en forma de tormenta; pero una vez que se serenaban las cosas tomaba nuevamente la iniciativa y la acción, que necesariamente iba unida a la creatividad. Los cambios históricos, a veces sorprendentes, fueron para él motivo de reflexión y signos de que había que cambiar, avanzar y aprovechar los nuevos recursos y oportunidades: tecnología, nuevas personas para colaborar, la apertura de la

⁸⁸ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 172

⁸⁹ *Ibíd.*, 67

⁹⁰ *Ibíd.*, 52

Iglesia para solicitar dispensas o beneficios para la Prefectura, las oportunidades políticas para beneficiar al Departamento.

Mons. Zubieta pasó años aprendiendo, ensayando distintos métodos e iniciando acciones y esto no se hace sin confrontar lo personal, interrogándose en la propia vida que ayudan a desechar lo innecesario y afianzar lo esencial. Este ejercicio le debió de ayudar a ser la persona abierta, comprensiva y creativa que manifiesta ser en su vida y que es acción del Espíritu.

Recogía y celebraba con especial fervor en la Eucaristía el encuentro con el Espíritu en los hechos de la vida especialmente importantes y decisivos, con el gozo de haber alcanzado algo o de iniciar un objetivo más o dar gracias por la protección de Dios.

“ El 25 celebré el Santo Sacrificio que ofrecí para que Dios nos protegiese en el arriesgado viaje que momentos después habíamos de emprender. Tranquilizada mi conciencia y dispuesto a aceptar la muerte en las seculares y sombrías selvas del Paucartambo... ”⁹¹

“ El día 10 celebré el Santo Sacrificio de la Misa en sufragio de las almas de los naufragos; era la primera misa que celebraba en esas regiones. El día 12 celebré el augusto sacrificio en acción de gracias por nuestra milagrosa salvación (del naufragio) e implorando la protección divina para los habitantes de estas regiones... ”⁹²

El Concilio vino a confirmar que el Espíritu precedía al mensajero, que le salía al encuentro en los distintos pueblos y razas, de Filipinas o de Perú, en cada uno de los pobres, que eran hijos preferidos de Dios y había que apoyarlos. Su corazón se abrió al Espíritu y como los apóstoles en pentecostés, deseaba proclamarlo e invitar a otros a vivir esta presencia, experimentando su fuerza, que actuaba en otros pueblos y razas.

d.- Oración – Contemplación

La vieja idea de espiritualidad misionera reflejada en la copa llena que da lo que se desborda, no está presente en el estilo de espiritualidad de Mons. Zubieta. Se percibe en su vida más bien el sentido de humildad que encuentra con frecuencia vacíos profundos, limitaciones personales que sólo el Señor puede llenar o suplir. El sentido de oración se perciba como la necesidad de llenarse del Señor, de suplicar el Espíritu, de pedir a la Providencia, que era su habitual provisor, especialmente medios económicos. Hay muchas frases en sus cartas en las que se percibe momentos de profunda experiencia de Dios.

Como Sto. Domingo, hacía su oración en el camino, durante las largas horas de viaje en canoa, rezando el Rosario que con frecuencia suplía al oficio divino, cantando o meditando, compartiendo con los compañeros de viaje.: *“Todo en marcha, señalados los sitios de cada pasajero bajo la carpa, hirviendo la olla a todo ‘ful’ y antes que alguno se*

⁹¹ *ibíd.*, Informe del P. Zubieta, 46

⁹² *ibíd.*, Carta del P. Zubieta, 80

tumbe a la larga, sin otro preámbulo, se persigna con parsimonia, y en voz alta comienza a rezar el Rosario...” (W. Fernández) Como Domingo, las distintas formas y posturas de oración estaban en relación a los caminos que recorría, los lugares donde pernoctaba, las condiciones de las playas de los ríos, las trochas del bosque, etc.

El principal santuario de su celebración y contemplación era la naturaleza de la selva. En ella pasó días enteros conociéndola y admirándola, horas y horas sentado en la canoa o sobre la mula, donde el hermoso espectáculo de la naturaleza invitaba a la oración, matizada con la mortificación propia del viaje y llena de esperanza en la salvación de este su nuevo pueblo. El P. Wenceslao Fernández comparte una de sus observaciones:

“...Sigue el viaje monótono para muchos; Monseñor Zubieta no se aburre y procura que los demás mantengan el ánimo despierto y en lo posible reine la alegría. Lo consigue fácilmente. Hombre observador y que vive la vida por duplicado, tiene para dar y tomar. Sus charlas son amenas e instructivas; sabía muchas cosas útiles, admiraba los misterios de la naturaleza, mil veces por él contemplada. Mirada escudriñadora que sorprendía en todos los detalles. Al hablar, en su rostro se reflejaba la emoción del espíritu; ¡Qué alma limpia se descubría! “En las almas malévolas no entra la sabiduría”. Mons. Zubieta era sabio piadoso y místico; en todas las cosas veía la mano de Dios, su Providencia, su bondad, y los demás atributos divinos...” (W. Fernández)

En los largos viajes por el mar, dedicaba tiempo a una oración más intensa y al descanso pues no encontraba otros momentos para ello.

“Casi todos los días celebraba la misa... rezaba despacio y tranquilo el oficio, leía algún capítulo de las Epístolas de S. Pablo y otras veces de la Práctica del amor a Jesucristo, y después ¡hecho un holgazán!”⁹³

El encuentro con la gente de las tribus, era motivo de gozo en el Señor, por su presencia: “Cuando dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo”. Se necesitaban horas para escuchar y entender y esfuerzos por captar sus intereses y propuestas. Allí confrontaba sus proyectos de evangelización, el proyecto de Dios para aquel pueblo y pensaba en la forma eficaz de realizarlo.

“A las 12 llegamos a una pequeña tribu compuesta de 2 familias... entré a visitar a los nativos de esa tribu, los que me obsequiaron con lo poco que tenían. Yo les regalé sal, pan y algunos objetos, con lo que quedaron muy contentos... Llegamos a otra tribu; las mujeres se ocultaron en un principio, mas poco a poco fueron apareciendo, cuando mi buen amigo Luis les dijo que no buscaba mujeres, ni ninguna otra cosa, sino que los visitaba y daba algunos obsequios... les hice algunos obsequios a los que correspondieron con una gallina y yuca. les prometí volver y ser amigo de ellos, después seguí la marcha...”⁹⁴

En toda su oración esta muy presente la acción de gracias, a Dios y a las personas, ya fuera por la ayuda económica, el medio de transporte, el apoyo legal, o por

⁹³ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 115

⁹⁴ *ibíd.*, Informes de M. Zubieta, 50

los proyectos que habían logrado conseguir, o la protección en los peligros, la salvación de la muerte en los naufragios. Dice en un informe:

“Bendije a Dios de lo íntimo de mi alma y le di gracias por haber llegado al término de mi viaje...” ⁹⁵

Las personas que le conocieron testimonian que con frecuencia expresaba su admiración por las cosas y las personas, a las que veía su fe, percibiendo la presencia de Dios en todo. La emoción hasta las lágrimas en la celebración de la misa o en otros momentos de encuentro personal, es un hecho mencionado repetidas veces en los testimonios de las religiosas. También expresaba estas experiencias él mismo cuando recordaba las celebraciones en el santuario de Sta. Rosa, en la Basílica del Rosario de Lima, ante el panorama impresionante de la selva, al inaugurar capillas en Maldonado, o en celebraciones íntimas con las religiosas.

El mismo menciona algunos momentos de profundo gozo y de experiencia del Espíritu, con el grupo, sobre todo si celebraba la culminación de algún proyecto por el que habían luchado juntos, o cuando se quería reforzar el compromiso por la vida Misionera. En sus cartas íntimas siempre pide oraciones o hace compromisos de oración en determinadas horas del día, pidiendo fortaleza y acierto en las decisiones. **“...Pidan constantemente al Señor bendiga los pasos de los que anuncian la paz y el bien en estos valles...”**

La oración de Mons. Zubieta estaba dirigida a veces a María, siempre presente en su espiritualidad. Según su propio testimonio ella le acompañó desde niño, encaminó su vocación misionera, le protegió en los caminos de la misión y fue su inspiración permanente. Expresa a veces lo que María significa en su vida apostólica:

“Salimos de Paucartambo para internarnos en los bosques... en las afueras del pueblo nos esperaba un inmenso gentío con la imagen de la Virgen del Rosario... para darnos la bendición a los expedicionarios, dando a ese acto un carácter tierno y por demás conmovedor. Todos nos arrodillamos ante la venerada imagen, pidiéndole protegiera nuestro viaje. La imagen parecía mirarnos con cariño y ternura ilimitada prometiendo ser nuestra estrella que alumbrara y guiara nuestros pasos. ¡Cuántas veces he recordado esos inefables y felices momentos! ⁹⁶

El mismo Mons. Zubieta en una carta a las hermanas hace una síntesis de su espiritualidad :

“No os hablo de la oración de quietud, de unión, etc. eso queda para espíritus contemplativos, tranquilos y sosegados; mi alma templada en los sufrimientos de toda clase, de tribulaciones, se contenta con unirse a Dios, cumpliendo su Divina voluntad, aún a costa de todos los padecimientos; se contenta con ver a Dios en todo y actuar sus designios con una fe ciega en El y en sus Obras; siempre dispuesto a dar la vida por Dios y la salvación de las almas que El redimió con su preciosa sangre. Mil veces la he expuesto a peligros inminentes, si Dios no la ha aceptado y

⁹⁵ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 52

⁹⁶ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 51

me ha sacado del fondo del río, El sabrá por qué lo hace: el sacrificio estaba hecho...”⁹⁷

e.- El sufrimiento en la vida misionera

En la espiritualidad de la época de Mons. Zubieta la cruz era un tema central, pero refiriéndose a la espiritualidad misionera el tema del sufrimiento y la cruz tenía un sentido muy vinculado con el compromiso de vida. No se trataba de buscar el sufrimiento como parte de la ascesis, sino de solidarizarse y unirse con el sufrimiento presente en la vida de los indígenas, aceptar las dificultades que se presentaran en el camino de la Evangelización y luchar con los pobres por la vida, el amor, la justicia, la participación en igualdad. En la vida de Mons. Zubieta el sufrimiento estaba implícito en su opción de vida misma, al integrarse con los nativos, sufrir por las condiciones de la selva y luchar por la liberación de estos grupos, comprometiéndose en el proyecto de levantar el Vicariato. La cruz en su vida tenía muchas caras:

Mons. Zubieta tuvo que hacer frente a grandes desafíos para llevar adelante la misión. Estos le llevaban necesariamente a una vida difícil y exigente y a una determinación de seguir adelante a pesar de los riesgos y peligros de muerte, decisión que debió renovar con frecuencia

“Mucho me hablaban de la fiereza de los nativos de esa región, y de las enfermedades de la Montaña, más yo a nada atiendo; cumpliremos con nuestro deber, poniendo como siempre nuestra confianza en Dios...”⁹⁸

No tenía apenas recursos económicos que agilizaran las cosas, había dificultad en las comunicaciones y viajes, no había dinero para realizar los proyectos, teniendo con frecuencia que pedir préstamos difíciles de devolver. Tenían más bien que apoyarse en las habilidades personales, la creatividad y sobre todo en el trabajo y el sacrificio, buscando en lo posible la colaboración de los mismos nativos. Las expediciones para explorar la zona se hacían “mochila al hombro”, por caminos rústicos o abriendo trocha, o fabricando ellos mismos las canoas con troncos de árbol, aprovechando la habilidad de los nativos, que eran sus mejores colaboradores en las expediciones:

“Nuestra canoa había fracasado y nos quedamos en mayores dificultades que al principio... No había más remedio que construir una embarcación para seguir el viaje, suspendido por la desgracia ocurrida. La canoa, según relación de los nativos, había sido hecha pedazos al chocar con las piedras de la correntada. Buscamos un hermoso cedro y procedimos a cortarlo a fin de hacer una nueva canoa...”⁹⁹

Mons. Zubieta asumió el compromiso de ser misionero ofreciendo la vida, hasta el martirio, la máxima entrega de amor. Lo vivió en la experiencia de Filipinas, y lo revivió varias veces en la selva. Acercarse a algunas tribus, navegar por muchos ríos, en aquellas precarias condiciones, era verdadero riesgo de vida. De hecho naufragó varias

⁹⁷ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 195

⁹⁸ *ibíd.*, Informe del P. Zubieta, 37

⁹⁹ *ibíd.*, Informe de M. Zubieta, 44

veces y en algunas naufragios murieron sus compañeros, salvándose él milagrosamente. Él mismo describe estas experiencias con tintes dramáticos, necesitando muchos meses para recuperar fuerza y seguir adelante. La experiencia de naufragio en el Ccoñec, fue uno de esos momentos cercanos a la muerte que él relata, mencionando la hondura del sufrimiento:

“...cuando yo encomendaba mi alma a Dios y me despedía de este mundo, vime sentado sobre la canoa, sin poder comprender todavía cómo pude realizarlo...

Desde allí vi al ingeniero que seguía río abajo, a un piro que estaba luchando con la muerte, a D. Enrique que iba ayudando a su hermano, a Pimental y Fr. José que no lograban salir del remolino, ¡Cuadro más horroroso y desgarrador que he presenciado en la vida, y que espero no ver jamás!...

Me entró entonces una especie de desesperación que rayaba en locura, y un estado nervioso tal que creí no poder sostenerme sobre la canoa....¹⁰⁰

Otra manifestación de la cruz en la vida misionera era la “debilidad” en cuanto que los medios de evangelización no eran la fuerza, ni la prepotencia, ni el dinero, ni las armas; y con todo esto tenía que enfrentarse frecuentemente. Su fuerza era el amor, que es fuerte y débil; contaba sí, con la fuerza de Dios, con el poder del Espíritu. Constantemente habla en sus cartas de los conflictos que tuvo que enfrentar como consecuencia de su opción por los nativos y en contra de los explotadores, de los ataques que se hacían a los misioneros por esta misma causa, de las acusaciones porque apoyaba el derecho de las tribus a defenderse. Su oposición a los abusos y atropellos estorbaba los intereses de los explotadores que hacían sentir su fuerza e influencia contra la misión.

También encontraba M. Zubieta oposición por parte de gente “buena” que pensaba que la misión no tenía por que ser tan radical, ni meterse en acciones que no fueran netamente religioso-sacramentales, idea muy arraigada en aquel tiempo. El sufrimiento de la incomprensión, de no enviar misioneros por minusvalorar el trabajo, de enviar acusaciones en cartas a los superiores y hermanos. Varias veces se lamenta de estos hechos:

“...Dios solamente sabe lo que sufrí en este tiempo. Sabía de las murmuraciones de algún mentecato y mi único consuelo era pensar que a Jesucristo le tuvieron por loco y endemoniado... Dios sabe que hice todo lo que fue posible por las misiones...”¹⁰¹

Otros motivos de sufrimiento en la vida de Mons. Zubieta, con peligro incluso de su vida, fueron los enfrentamientos para defender la vida de los tribus atacadas en las correrías. Por este motivo los misioneros fueron amenazados unas veces por recoger a los nativos en la misión, o por presentar denuncias ante las autoridades y la opinión pública. La amenaza tomaba diferentes formas y buscaba cualquier pretexto, creando un ambiente de temor que sólo la fortaleza de Espíritu podía superar. En una ocasión fue culpado de la muerte de un trabajador y debió esconderse en la selva varios días, hasta que se aclaró el hecho. Este tipo de sufrimiento también lo encontramos en la vida de Jesús y de tantos

¹⁰⁰ *ibíd.*, Informe del P. Zubieta, 70

¹⁰¹ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 149

misioneros comprometidos con la predicación del Evangelio, por levantar la voz a favor de su pueblo y proclamar que Dios es el único Señor y no son Dios los otros “señores”

Mons. Zubieta también conoció la penitencia del trabajo físico. Los proyectos de construcciones y mejoras de locales necesarios para el trabajo de Evangelización requerían planos, gestiones, y hasta el trabajo manual. Mons. Zubieta era con frecuencia ingeniero, maestro de obras, y obrero. El trabajo manual era familiar a sus manos. No era frecuente entonces encontrar un Obispo que se pusiera a construir la casa-misión, la escuela, la capilla, reparar viviendas para las religiosas, buscando materiales, pidiendo préstamos, y haciendo trámites legales. En su condición de misionero el trabajo con sus manos era una forma de suplir carencias económicas y una forma de servicio, que hacía con todo detalle:

“Se ha cercado la huerta...(Maldonado) se ha hecho un palacio para...las gallinas, sin las que no se puede pasar, tanto para las niñas como para las religiosas, y finalmente he hecho un buen pozo que abastecerá de agua en todas las necesidades. En el interior de la casa se han hecho reformas así como la acequia que desemboca en el río... Durante este tiempo de la obra... he estado fijo al frente de ella...”¹⁰²

Había otra penitencia constante que se derivaba de las condiciones de trabajar y vivir en la selva, mosquitos, calor, días de canoa, dormir en la playa, peligro de tigres, y una gama de cruces diarias, pequeñas y grandes, que matizaban su vida en la selva.

“Estamos en el 5º día de navegación; a pesar de los pocos incidentes del viaje ya se nota el desmayo de los viajeros... El viaje en canoa es lento,, reparo en sus manos (M. Zubieta) y están cubiertas de manchas, señales de las picaduras, así como la cara y el cuello. Ciertamente está bien curtida su piel por los trabajos y el clima...” (Testimonio de W. Fernández)

En general el estilo de vida ascético de Mons. Zubieta nos recuerda el de S. Pablo en su vida misionera, gastada en “trabajos y fatigas, noches sin dormir, en hambre y sed, en días sin comer, naufragios y peligros...” (I Cor, 11) También las cartas de Mons. Zubieta van narrando sus trabajos derivados de la Evangelización:

“Apuramos la marcha en la tarde, lo que ocasionó mil caídas por ser el terreno muy accidentado y resbaladizo; pero nos tomó la noche cerca del río Carbón, y hubimos de pernoctar, incómodos en un pequeño arroyo... sin sernos posibles preparar ni un mal caldo para restablecer las fuerzas perdidas...

La cama era excelente: nos acostamos sobre las duras piedras, yo sin más abrigo que un poncho y una frazada, con la ropa mojada y sin haber conseguido ni siquiera unas hojas de árbol para que sirvieran de lecho...”¹⁰³

¹⁰² *ibíd.*, carta de M. Zubieta, 152

¹⁰³ *ibíd.*, Informe del P. Zubieta, 62

4.- FUNDADOR DE UNA CONGREGACION

La Congregación de Misioneras Dominicanas del Rosario tiene una larga y bonita historia, vivida intensamente durante 82 años por muchas hermanas, reflexionada y escrita en varias ocasiones. Es una historia con gran espíritu misionero y un profundo sentido de familia, herencia de sus fundadores, Mons. Zubieta y M. Ascensión Nicol.

Actualmente seguimos en camino, como en los inicios, cuando la primeras hermanas salieron de una situación histórica y se pusieron a andar por un camino misionero, invitadas y acompañadas por Mons. Zubieta. Cuando él murió todavía éramos pocas y estábamos comenzando, pero él se sentía orgullo de la OBRA: **“Creo de tan trascendental importancia la OBRA que tenemos a nuestro cargo, que me parece es lo único bueno que he hecho en la vida...”** le escribía a M. Ascensión. Fue una Obra creada con amor, acompañada con cuidado e impulsada con optimismo y esperanza.

a.- La invitación a la misión

Mons. Zubieta tenía un gran espíritu misionero y lo contagiaba; siempre estaba invitando a otras personas, hermanos y hermanas, a que se integren en el trabajo de la misión. La urgencia le venía desde la situación de los pobres, de los nativos, a quienes quería levantar, defender, servir. Tenía muchos y diversos planes de urgente realización para los que buscaba colaboración.

Después de varios años empleados en el conocimiento y estudio de la realidad de la selva, llegó a la conclusión de que la mujer en aquella sociedad tenía un papel importante; sin ella no se podía llegar a una promoción y cambio social. Había que atender a su formación con prioridad para que pudiera participar activamente, dando así solidez al trabajo.

“El 80% de niñas educadas puede decirse formarían otras tantas familias verdaderamente civilizadas que no abandonarían la misión y poblado para irse a sostenerse en las selvas, donde no podrían satisfacer las necesidades espirituales y corporales adquiridas... He pasado 20 años entre nativos, en Oceanía y en el Perú, y tengo la firme convicción de que las escuelas de religiosas con un internado, son el único medio de dar solidez a la obra del ministerio y de las autoridades interesadas en el progreso de estas regiones. Las mujeres nativas son inteligentes...”¹⁰⁴

Esta tarea la tendrían que hacer mujeres, religiosas, las únicas **“capaces de penetrar en el corazón de la mujer y darle a conocer su propia dignidad”**. El proyecto de buscar religiosas se afianzó aun más después de consultarlo a los misioneros y proponerlo al pueblo de Maldonado; ambos estaban de acuerdo. En el PROYECTO misionero del Vicariato entraron las religiosas y Mons. Zubieta se propuso su inmediata realización.

Mons. Zubieta, que tenía un profundo espíritu dominicano, le pareció bien buscar misioneras entre las dominicas, pero no había entonces ninguna congregación

¹⁰⁴ *ibíd.*, Informe de M. Zubieta, 134

misionera. Las dominicas, como casi todas las monjas de la época eran de clausura; también habían surgido muchos grupos de dominicas con deseo de hacer apostolado, pero como mujeres, solamente se les permitía hacerlo si conservaban intacto el elemento de la clausura. Nacieron así los Beaterios (siglo XVII)); Estas hermanas, desde su encierro, podían hacer cierto apostolado con la mujer-niña porque esta entraba al convento. La semiclausura fue un paso que la mujer iba dando en su deseo de participar activamente en el carisma dominicano de Evangelización, a finales del siglo XIX surgieron las primeras congregaciones dominicas de enseñanza.

Sin embargo entrar las religiosas hasta la selva, vivir y trabajar allí requería otros pasos más avanzados:

“¿Quién se había de atrever a introducir esta comunidad de Religiosas en esas regiones tan llenas de trabajos y peligros, donde apenas se atreven a resistir largo tiempo los hombres más aguerridos?...”

Habría religiosas formadas en alguna asociación, ya profesas como el caso requería, para... aceptar un cambio tan radical y de tanta magnitud?...no era una temeridad, un desatino, un despropósito....? Con estos sustantivos y otros que no paso al papel, fue censurado el PROYECTO del P. Zubieta...” (W. Fernández,)

Mons. Zubieta, que además del espíritu misionero tenía mentalidad abierta y visión de futuro, decidió hacer varias invitaciones a religiosas para que aceptasen salir y hacerse misioneras. En el Beaterio del Patrocinio tuvo un éxito relativo y consiguió el apoyo de la Comunidad, aunque las hermanas estaban más movidas por la presión del Arzobispo que deseaba renovar el convento, que por el entusiasmo de la misión.

En algunos conventos de España fue rechazada la propuesta de Mons. Zubieta; en el de Huesca, donde había un tradicional interés por lo misionero, fue recibido con interés. Allí les habló del apostolado misionero **“con toda su extensión y crudeza”** (W. Fernández) Para que las religiosas tuvieran claro el compromiso que solicitaba. La Comunidad aceptó la invitación de Mons. Zubieta. De esta comunidad salió el primer grupo de cinco religiosas que se puso en camino, abiertas a aprender y colaborar en el trabajo de la Misión; entre ellas estaba M. Ascensión Nicol.

Salían del Beaterio a una nueva forma de ser religiosas, de trabajar, relacionarse, orar; estaban dando el paso de abrir la puerta de la clausura, cerrada por siglos para la mujer y salir con toda la fuerza que les daba la hondura de su espiritualidad y el entusiasmo apostólico por acercarse a los pobres. Leyendo los signos de su tiempo, tanto de orden religioso como social, que afectaba a la mujer, Mons. Zubieta percibió que se abrían nuevos horizontes para la vida religiosa femenina: **“Fíjense ustedes que el verdadero porvenir lo tienen aquí...”** le decía a M. Engracia Fortón, Priora de Huesca. No se limitó Mons. Zubieta a pedir un grupo de religiosas para la misión sino que les propuso ir cambiando su apostolado, comprometiéndose en el envío progresivo de hermanas a la misión, y en la formación de jóvenes misioneras. Eran propuestas nuevas, caminos que traerían cambios profundos. No todas estaban de acuerdo en la comunidad y al año siguiente, después de salir el segundo grupo, el resto decidió replegarse a su vida y trabajo tradicional.

b.- Los primeros pasos en la vida misionera

Las primeras cinco hermanas salieron de Huesca en 1913 rumbo al Perú; M. Ascensión lideraba el grupo. Integraban una expedición misionera que acompañaba Mons. Zubieta. Él era consciente de la novedad del camino para las hermanas y de su falta de experiencia, por eso las fue acompañando paso a paso, buscando con ellas la forma de organizar la nueva vida. **“Yo no omito gasto alguno para que lo pasen lo mejor posible y puedo decirle que están buenas y contentas; las visito con frecuencia y es para alabar a Dios verlas tan contentas y alegres, esperando con ansia el momento de partir para la Misión”** ¹⁰⁵

En el Patrocinio, lugar de su primera residencia en el Perú y supuesto centro de operaciones misioneras, se encontraron con una tarea que estaba fuera de sus primeros planes, debían integrarse allí para reformar aquel Beaterio haciendo entre todas una comunidad observante y misionera. Era una tarea compleja para la que carecían de experiencia y vocación; fueron pasos previos que les sirvieron para poner en evidencia que el Espíritu no las llamaba a ser reformadoras sino misioneras. Después de algunos años y muchos esfuerzos en esta reforma, el intento fracasó volviendo también el Convento del Patrocinio a su antiguo régimen.

Lo que no decayó ni un momento fue el entusiasmo de las misioneras a pesar de la larga espera en Lima, superando muchas y diversas dificultades. Mons. Zubieta no podía salir de Lima ni llevar a las misioneras a la misión debido a los cambios políticos y la carencia de recursos económicos para costear el viaje a la Montaña. Fueron 18 meses de espera muy difíciles donde parecía que se cerraban el horizonte tan soñado y esperado. Cuando al fin salió el primer grupo para la Montaña, Mons. Zubieta pudo exclamar: **“Con la marcha de las primeras religiosas a la Montaña, parece se abrieron por completo los horizontes, y Dios nuestro Señor derramó a manos llenas sus gracias y bendiciones sobre nosotros...”** ¹⁰⁶

La primera experiencia misionera fue en Maldonado, donde llegaron M. Ascensión y dos hermanas más en 1915. El viaje duró un mes, debiendo utilizar diversos medios: barco, tren, coche, mula, canoa; como todos los viajes a la montaña en aquel tiempo era difícil por la escasez de medios para el transporte y la supervivencia, debido a las dificultades geográficas propias del lugar; estas circunstancias eran sumamente novedosas para un grupo que habiendo vivido largos años “separado del mundo” comenzaba ahora a experimentar la novedad de la vida misionera propuesta por Mons. Zubieta “con toda su extensión y crudeza”. Estaban haciendo un largo camino, iniciando una itinerancia que debía seguir toda la vida. M. Ascensión describió en sus cartas los detalles y las impresiones del nuevo caminar hasta llegar a los lugares más alejados y necesitados carentes de toda comodidad, seguridad y recursos, el largo y gozoso camino hacia los pobres. Experimentaron también lo que era el fraterno acompañamiento de los hermanos misioneros y el caluroso recibimiento de un pueblo.

Con inmensa alegría a pesar del cansancio, entraron en la nueva casa, descrita así por Sor Aurora, impresionada por el contraste con los conventos grandes y cerrados que

¹⁰⁵ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 117

¹⁰⁶ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 165

había dejado: “*La casa era como todas las de allí, hecha de cortezas de árbol, sobre patas, con solo tres dependencias, y sin puertas...*” todo un símbolo de la nueva vida misionera que iniciaban.

A partir de entonces M. Ascensión experimenta lo que es una Comunidad Misionera abierta a la Evangelización. A los pocos días se inició la escuela y el internado y progresivamente y sin tregua, siguieron las demás acciones: se celebraba la misa en una de las habitaciones, abierta al público, que pronto la comenzó a llenar; llegaron algunas enfermas graves, que fueron acogidas en casa por no haber otro sitio adecuado, se prepararon celebraciones con la gente, en coordinación con los padres de la misión, hacían apostolado con adultos, salían a visitar familias por los ríos cercanos, etc. todo esto compaginado con la enseñanza y las tareas comunitarias, hechas por todas. Era una actividad desbordante como lo era el fervor y entusiasmo que vivían. Cuando llegó a Maldonado Mons. Zubieta pocos meses después, quedó admirado y complacido

“...dí por bien empleados todos mis sufrimientos pasados y dispuesto estoy a todo lo que pueda venir con tal de ver los ángeles en la tierra. Entre niñas y algunos niños pequeños tienen 40 discípulos. Todo el mundo mira a las madres con veneración y cariño, y no podía ser de otro modo. Hacen muchos bien y harán mucho más conforme avance el tiempo y se recojan más nativos, pero el sacrificio es inmenso y Dios Nuestro Señor se lo premiará con una santidad muy elevada y una mayor gloria...” ¹⁰⁷

El espíritu misionero que él esperaba de las religiosas y su apoyo a la Misión superaba ahora las expectativas. No necesitaba empujar, solamente orientar y animar:

“El único consuelo que tengo sois vosotras. Sois unas santas y cada día os admiro más. Veo, desde que os conocí, que sabéis sacrificaros y daríais cualquiera de vosotras la vida por la misión, es decir, por la gloria de Dios y la salvación de las almas. ¡¡Benditas seáis mil veces!! ¹⁰⁸

c.- Fundación de la Congregación.

M. Ascensión permaneció en Maldonado un año y medio y esta experiencia fue definitiva para comprender lo que era la misión, lo que suponía la nueva opción por los pobres, con dedicación total; esto era lo fundamental para organizar la nueva vida religiosa misionera; los demás cambios y transformaciones vendrían como consecuencia de esta opción. Entendió lo que era el espíritu misionero del que hablaba Mons. Zubieta y que ahora ella vivía con intensidad desbordante. Esta primera experiencia en Maldonado fue determinante para comprender la nueva vocación, y lo que hoy llamamos un CARISMA misionero, al que estaba llamado el grupo. Decía Mons. Zubieta. **“Yo ya moriré contento porque vuestra obra está afianzada con la primera casa de la Montaña...”** ¹⁰⁹

¹⁰⁷ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 142

¹⁰⁸ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 138

¹⁰⁹ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 142

En Maldonado nació y se clarificó el carisma del grupo personificado en M. Ascensión. Ella tenía como punto de referencia y orientación el estilo de vida y trabajo de Mons. Zubieta, su dedicación a la misión, su entusiasmo, su proyecto de vida; ésta primera experiencia era clave y orientadora para las misioneras en esta etapa. M. Ascensión contagiada con este ideal, fue la primera llamada por el Espíritu para vivirlo y personificarlo en la vida de las religiosas que en adelante debían guarse por este CARISMA. Era el alma de la Obra:

“Miro vuestra OBRA como de Dios; tengo una fe muy grande en ello y espero será la salvación de las Misiones por medio de la educación de la mujer, cosa de absoluta necesidad y que nosotros no podíamos hacer; a tí te veo como el alma de la OBRA, y por consiguiente puedes suponer el cariño con que te miro, la adoración que te tengo y lo que deseo proporcionarte algún consuelo...”¹¹⁰

Cuando M. Ascensión regresó a Lima nuevos grupos de hermanas fueron a la misión. Otras hermanas fueron tomando también iniciativas apostólicas, con este mismo ideal que veían en Mons. Zubieta; él atendía sus necesidades e impulsaba los nuevos proyectos de las hermanas que progresaban milagrosamente.

Partiendo de esta experiencia misionera de las hermanas, y asumiendo las circunstancias en que les había colocado el Espíritu, va a surgir la nueva Congregación. Mons. Zubieta y las hermanas vieron necesario que el grupo se organizara en forma nueva, como Congregación misionera, para dar continuidad y extensión al apostolado y para que el grupo se cohesionase alrededor del CARISMA misionero.

Comenzaron pues, a dar los primeros pasos para esta organización. M. Ascensión Nicol y M. Dolores Sauras, que dirigía la comunidad de Huacho, se entrevistaron con el Maestro General de la Orden que estaba de visita en Lima. Le hablaron de su grata experiencia como misioneras y los proyectos de futuro para todo el grupo de hermanas. El las animó a organizarse y les prometió afiliarlas enseguida a la Orden.

Mons. Zubieta llegó de la Montaña a Lima, y comenzó los contactos con las autoridades eclesíásticas de la diócesis; el Arzobispo de Lima, diócesis a la cual pertenecían dos de las comunidades, cedió sus poderes en Mons. Zubieta y éste asumió la autoridad completa sobre las cuatro comunidades existentes. La nueva Congregación, diocesana en los inicios, quedó bajo la responsabilidad de Mons. Zubieta.

Comenzaron a preparar las Constituciones, que debían señalar claramente los objetivos y la organización del grupo. El P. Osende fue el redactor del documento, bajo la dirección de Mons. Zubieta, de M. Ascensión y algunas hermanas. En las Constituciones se indicaba con claridad y radicalidad el carisma de la Congregación, su opción misionera entre los más pobres y lo que esto exigía de las hermanas:

“La Misionera Dominica debe estar para acudir a los lugares mas inhospitalarios y vivir en ellos...dispuesta a arrostrar todos los peligros, molestias y trabajos que suelen traer consigo los largos y penosísimos viajes que tienen que realizar... ellas tratan de imitar al mismo Jesucristo en la parte más difícil, a la par que

¹¹⁰ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 141

más tierna y conmovedora de su vida pública, cual es la evangelización y enseñanza de los seres más abandonados y despreciados,... de los más pobres y necesitados... Este es el verdadero espíritu de la Misionera Dominica y esta su vocación y llamamiento". (Constituciones de 1918)

Una vez aprobadas las Constituciones por Mons. Zubieta, se realizó el acto solemne de la fundación, en el Patrocinio, el 5 de octubre de 1918. El Delegado Pontificio que entonces visitaba los conventos de Lima, fue el encargado de realizar la sencilla y emotiva ceremonia, en presencia del Mons. Zubieta. Entregó a las religiosas las nuevas Constituciones y nombró Superiora General a M. Ascensión Nicol, apoyada por un Consejo de hermanas. Todas las presentes renovaron sus votos en manos de la M. Ascensión, primera superiora General; desde ese día se llamaría Congregación de Misioneras Dominicanas del Smo. Rosario.

A partir de este hecho, Mons. Zubieta fue dejando más y más la responsabilidad de las decisiones en las hermanas, aunque nunca dejó de apoyarlas en todo momento y dificultad, estando siempre a punto para remediar sus necesidades y alentarlas en sus proyectos.

"...mi recuerdo es constante: os recuerdo, os admiro y a cada momento pido por vosotras. Creo que nadie en el mundo os quiere como yo, nadie procurará vuestro bien como yo, y nadie se sacrificará por vosotras como vuestro padre que tiene sus delicias y sus esperanza en esta hermosísima Obra, que estoy seguro Dios Nuestro Señor mira con ojos de predilección..." ¹¹¹

Por encima de toda organización y estructura, estaba el carisma misionero, que debía primar en la vida y en las tareas.

"Las madres, como yo, no tenemos el más mínimo interés en que prevalezcan nuestras Constituciones; sólo buscamos el bien y progreso de las misiones... sin cuidarnos de glorias tontas y zarandajas que alguien pudiera mirar al fundar una Congregación. Gustosos quemaríamos las Constituciones que hemos hecho... si de ese modo conseguíamos mejor el objetivo que nos proponemos. No abrigo temor alguno en equivocarme al expresarme de este modo, porque conozco a estas santas religiosas, y son capaces de cualquier sacrificio por la Obra de las misiones, con las que están identificadas..."¹¹²

En sus cartas vemos su actitud para con las hermanas de apoyo, valoración, ánimo, evaluación positiva de su vida, todo impulsado por un gran afecto, que partía siempre del ideal misionero:

"Te acompaño y te acompañaré en todos tus trabajos, el viaje y del Colegio, y pronto estaré a vuestro lado; ármate de paciencia, establece la escuela y quizá el hospital... y nada temas..." ¹¹³

¹¹¹ *ibíd.*, Carta de m. Zubieta, 206

¹¹² *ibíd.*, Carta de m. Zubieta, 229

¹¹³ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 141

¹¹³ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 166

“Yo estoy tan contento de la Obra que sin ella en las misiones no continuaría yo al frente de ella, por ser muy poco lo que los misioneros podemos hacer sin el auxilio de las religiosas, que educan a la mujer, base de la familia... moriré tranquilo si esta OBRA la veo terminada en el momento que Dios me llame a pedir cuentas. Llevo en el Perú 15 años siempre luchando y trabajando, y esta Obra que ejecuto al final de la carrera es la que me deja más satisfecho y por ella hago todo lo que esta de mi parte y algo más...”¹¹⁴

“Por cierto que todos los trabajos son con relación a vosotras: la casa, el testamento, las Constituciones, vuestra dependencia de la Santa Sede y todo cuanto hago puede decirse se relaciona con vosotras...”¹¹⁵

Con profunda intuición y al observar los hechos de la vida concreta, valoró y admiró profundamente a M. Ascensión, con la que le unió una gran amistad fundada en el mismo ideal; él fue el primero en dar testimonio de su santidad:

“¡Qué buena eres y cómo conoces mis sentimientos! No haces mas que corresponder al santo cariño que te tengo, cariño tan grande y santo que nunca lo he tenido semejante. Es porque se funda en la identidad de sentimientos e ideales, y sobre todo en tu alma grande y bien templada para el sufrimiento y grandes empresas...”¹¹⁶

¡¡Qué gracias tienes que dar a Dios de ser como eres!!... tú que eres santa, pide esa gracia para mi...”¹¹⁷

El futuro de la Congregación lo veía en el incremento de las hermanas a través de la formación de las jóvenes misioneras, a las que dedicó gran parte de sus esfuerzos en Lima y Pamplona, puso todo el cariño de padre, tratando de impulsar en aquellos primeros años la vocación y preparación de las misioneras. No olvidaron las novicias de entonces los gestos de cariño y servicio, con los que creaba ambiente de comunión y familia entre el grupo; les llevaba los escasos alimentos que podía conseguir, compartiendo la alegría de saciar el hambre y la preocupación por su formación:

“Yo fui de las nueve novicias peruanas recibidas por nuestros santos Fundadores en el Convento del Patrocinio. Sabido es cuánta necesidad pasamos en estos primeros tiempos de la fundación.

Entonces resaltó en forma sublime la ternura del corazón de N. Padre Fundador para con sus hijas primeras, en innumerables rasgos de caridad.

Una tarde, (como tantas otras!) llamó a la puerta del noviciado; su toque era conocido: tres golpes con su bastón. La primera que oía los golpes corría gustosa a la puerta y en esa feliz tarde fui yo la afortunada que gané la partida a las demás.

Al momento todas le rodeábamos, y él, con su sonrisa tan paternal nos preguntaba: ¿Qué os traigo? ¿Adivináis qué os traigo? Cada una decía lo que le parecía; pero ninguna adivinó. Temblaban sus manos sacando lo que traía oculto bajo su dulleta; apareció un gran queso de lo más rico, y de una bolsa fue sacando panes. Entonces se sentó en medio de nosotras y pidió un cuchillo a la M. Maestra, y él mismos

¹¹⁴ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 166

¹¹⁵ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 204

¹¹⁶ *Ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 220

¹¹⁷ *Ibíd.*, Carta de M. Zubieta, 122

comenzó a darnos el pan con una buena rebanada de queso, y comía con nosotras muy alegre....

También le hemos visto llorar porque a veces no tenía para darnos lo que su corazón bondadoso le exigía. Su fina caridad llegaba hasta fijarse cuál novicia estaba más débil, y le compraba los tónicos o los remedios que suponía le eran necesarios” (Testimonio de Sor Teresa Engel, novicia en 1917)

El ideal misionero de Mons. Zubieta no se encerraban en los márgenes del Vicariato, sino que tenía horizontes amplios como el mundo. Por eso, ante la perspectiva de nuevas fundaciones y el prodigioso incremento de las misioneras, pensaba en colaborar en otros sectores, donde las hermanas pudieran aportar igualmente. Hizo en este sentido algún proyecto que no pudo realizar por su muerte temprana e inesperada, pero se dejó escrito en sus últimas cartas este deseo de apertura hacia nuevos horizontes.

“Cuanto diera yo por tener pronto personal para llenar las necesidades de las casas de Perú y Centro América, y que después fuesen jóvenes bien formadas de verdadero espíritu religioso y misionero a Oriente, China, Japón,... Espero que podamos pronto mandar una legión de apóstoles por todo América y Asia...”¹¹⁸

Las misioneras seguimos hoy animadas por “su espíritu”, que según sus propias palabras, siempre nos acompaña. Esta frase, “mi espíritu” no es algo general o etéreo; en su vida se percibe una forma concreta de vivir según le empujaba el Espíritu, una forma de ser, de actuar, de optar, de amar, de servir; es el espíritu que percibimos hoy al leer su vida:

“...manifestaros los sentimientos que embargan mi alma y mi corazón, demasiado sensible quizás, es de todo punto imposible. Necesitaríamos cambiar los corazones para que lo pudierais comprender y me daríais la razón de que es imposible expresarlo con palabras. Yo marcharé y mi corazón quedará con vosotras y mi espíritu no os abandonará un solo momento. Con vosotras estará y me ofreceré todos los días en sacrificio... por vuestra felicidad y prosperidad espiritual, así como por el progreso de la OBRA que emprendéis.”¹¹⁹

¹¹⁸ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, Pág. 288

¹¹⁹ *ibíd.*, Carta de M. Zubieta, Pág. 189

D.- IMPORTANCIA DE MONS. RAMÓN ZUBIETA PARA EL VICARIATO

Mons. Ramón Zubieta como primer misionero del Vicariato de Urubamba y Madre de Dios y fundador de él, es un testimonio válido y ejemplar para hoy como lo fue para aquel primer grupo de misioneros y misioneras que recibieron directamente su testimonio que le admiraron y siguieron el estilo de Evangelización que él impulsó.

Se menciona repetidas veces en sus escritos su preocupación por abrir caminos hacia la selva que le permitieran acercarse al pueblo, al que se fue integrando progresivamente hasta vivir allí, hacerlo su propio pueblo, asumiendo sus intereses y aspiraciones. No era sólo en el aspecto geográfico, sino que abrió caminos para la evangelización, una forma nueva de acercarse y tratar con los pobres, luchando por su defensa e integración en la sociedad, con igualdad de derechos y beneficios, para llegar a ser un pueblo libre y participativo. Partiendo de experiencias concretas fue surgiendo una nueva comprensión de lo que era ser misionero y de las tareas que éste debía realizar, comenzando por la base humana, priorizando las necesidades de las personas, cuidando su vida y la de su entorno a fin de ir progresivamente hacia una vida cristiana más consciente, a una salvación más plena, a vivir como pueblo de Dios.

Abrir caminos en la coyuntura actual de la zona sigue siendo un reto, ya que, roto el aislamiento geográfico, cultural y económico y permeable a la globalización, la zona se ve invadida por elementos negativos muy dañinos, como el narcotráfico, la violencia, la destrucción de los recursos naturales, que tienen más peso que los elementos positivos que los acompañan. Ser misionero hoy tiene nuevas y audaces exigencias.

Percibimos el planteamiento de un Proyecto amplio, que se iba elaborando y modificando, que abarcaba la zona y sus grandes necesidades y no se limitaba a pequeños grupos o tribus, aunque éstos eran la base para las acciones concretas. Un Proyecto de Evangelización integral en el sentido de considerar las distintas necesidades y aspiraciones y superar las grandes dificultades que paralizaban a la gente. Proyecto integral en el sentido de acoger los esfuerzos a todos los participantes, de colaborar y coordinar con otros grupos, incluyendo las autoridades, para impulsar el progreso de la región entre todos.

Un proyecto de Evangelización capaz de coordinar y unificar los esfuerzos, con capacidad de convocatoria por ser un proyecto significativo y atractivo, de base evangélica y proyección de futuro, como para interesar a otras personas, hombres y mujeres, hasta dedicarle la vida entera y darle continuidad en la Iglesia. El proyecto que hoy se hace cada vez más complejo al tener que abarcar a los nuevos agentes pastorales: misioneros, clero nativo, laicos misioneros, religiosas, etc. y que requieren buena coordinación para dar unidad desde los objetivos y permitir la variedad de tareas.

Se destaca en este proyecto una clara opción por los pobres y alejados habitantes de la selva que eran objeto de persecución y explotación, marginados y despreciados por aquella sociedad. Esta opción se concretó en una dedicación plena a su servicio, la defensa de sus derechos y el apoyo a las diversas posibilidades de progreso e integración de los nativos.

Una de las cosas más evidentes en la historia de estos primeros años del Vicariato fue la defensa de los DD.HH. Hoy este reto es también prioritario, involucrando cada vez más en esta defensa a las mismas personas, sujetos de los derechos, a la vez que se impulsa la conciencia de sus deberes.

Fue notable también el aporte de los misioneros a la cultura recogiendo tradiciones y escribiendo su historia, elaborando una antropología que pudiera reafirmar su personalidad como pueblo. Hoy se requerirán nuevos aportes en este campo, ya que las amenazas de despersonalización son mayores, y requieren, no el resguardo geográfico, sino la valoración de su identidad étnica y cultural.

Como persona, Mons. Zubieta fue testimonio de comunión en un medio disperso, fomentando una unidad que partía de la misión y sus objetivos concretos, sin exigir o imponer uniformidad en las formas, alentando y valorando siempre los esfuerzos de las personas. Su clara y principal identidad como misionero podía sustentar también otros aspectos importantes, como el ser explorador, científico, obispo, fundador, etc. que estaban por supuesto subordinados a la vocación primera y fundamental a la que el Señor le llamó cuando era un joven y que fue el ideal de toda su vida.

Fue el audaz misionero que en aquel tiempo sobrepasó los límites de lo conocido ubicándose en las fronteras de lo geográfico, social cultural y religioso, con el móvil del amor a las personas y para buscar su bien y progreso.

Su “espíritu” estará presente en la vitalidad de la obra misionera en la medida que actuemos como él, movidos por el amor, empujados por Jesucristo y su propuesta Evangélica, dejándonos llevar por el Espíritu que hoy se muestra entre nosotros con nuevos signos y actúa con fuerza liberadora, abriendo horizontes universales. Como misioneros, también hoy estamos dispersos por el mundo y nuestra condición de religiosos y dominicos nos obliga a salir a las fronteras donde se gesta el Reino y las propuestas del Evangelio se pueden hacer realidad. La tarea hoy es igualmente grande y audaz, y los testimonios de hombres como Mons. Zubieta nos iluminan y animan.

La vida y actuación de Mons. Zubieta no se entiende ni se puede valorar separada del grupo porque como buen dominico, era hombre de comunidad y sus obras no fueron realizadas en solitario, sino en grupo y con el grupo. Tampoco fue fraile pegado al escritorio, aunque sus escritos y trabajos revelan una persona inteligente, sistemática en sus observaciones y de grandes aportes que partían de la práctica, de la experiencia de evangelización. Este método de trabajo hoy se hace particularmente necesario para que nuestros aportes tengan peso y credibilidad y puedan influir positivamente en la comprensión de la fe y el acercamiento al Reino.

Mons. Zubieta abrió horizontes para la Iglesia y la Orden por la vía de un compromiso radical en la Evangelización, actualizando en su tiempo el carisma de la Orden, no a través de la repetición sino de la creatividad. A pesar de sus limitaciones, sus esfuerzos colaboraron en los cambios de mentalidad eclesial, cambios que no se hubieran concretado a no ser por la práctica de misioneros como él, a veces criticados o censurados, o dejados solos en el camino que proponían, pero que a la larga crearon cauces para nuevas actuaciones de los que venimos detrás. Somos responsables de que se sigan abriendo horizontes en la Iglesia, ya que por nuestro acercamiento a la base, y

nuestra vida de servicio, podemos oír mejor los clamores y necesidades del pueblo, y el soplo del Espíritu.

La Iglesia y al Orden nos invitan constantemente a una renovación que tenga raíces en lo histórico, pero que crezca y se expanda en el mundo actual. Los fundamentos siempre son evangélicos, las raíces se alimentan de testimonios como el de Mons. Zubieta, para poder afrontar los retos del presente que también requieren audacia y creatividad. Los problemas de la zona hoy son diferentes que entonces, pero básicamente atacan a la persona, la sociedad y su ecología, destruyendo la vida progresivamente, y también hoy el misionero deberá tener una palabra que decir, algo que proponer con valentía y esperanza.

Los proyectos que hoy se necesitan para hacer frente a la tremenda realidad de pobreza, discriminación de países, muerte de razas y pueblos enteros acosados por el hambre, la enfermedad y la asfixia cultural ante la imposición de los grandes intereses, necesitan personas de la talla de Mons. Zubieta, de fe fuerte, espiritualidad profunda, con capacidad de generar esperanza y amor verdadero y eficaz, personas que son una fuerza para la liberación del mundo.

6.- APENDICE I

“Un documento revelador”

Documento publicado en la Revista “Misiones Dominicanas del Perú” N° 2, 1919

“Publicamos a continuación el siguiente escrito que el M.R.P. Fr. José Pío Aza, Vicario A. de nuestras Misiones dirigió al señor Sub-prefecto del Manu, y que hallamos entre los documentos y escritos que hemos podido recoger referente a nuestras Misiones.

Lo damos a conocer aquí, no por los motivos con que fue escrito, pues se trata de un hecho pasado, sino porque retrata muy al vivo los obstáculos y dificultades con que nuestros misioneros tropiezan a cada paso en el desempeño de su santo ministerio. Esta historia se repite hoy, y se repetirá siempre, y menos mal cuando no está apoyada por ños que tienen el deber de protegerlos contra tamaños abusos.

San Luis del Manu, a 30 de abril de 1916
Sr. Sub-Prefecto de la Provincia del Manu.
SS.

El suscrito religioso Dominicano y Misionero en el Madre de Dios, requerido por Uds. Para informar sobre un escrito que los vecinos del Madre de Dios, señores NN. (callamos los nombres de estos tres señores en esta publicación, porque no hace a nuestro objeto), presentaron al Señor Prefecto del Cuzco pidiéndole que les otorgue amparo y garantías en el Departamento del Madre de Dios, quejándose de las dificultades y obstáculos que los misioneros de este Departamento ofrecen a las exploraciones que ellos piensan hacer, paso a hacerlo lo más breve y sucintamente que me sea posible puesto que el mencionado documento carece de importancia y no merece que se le tenga en consideración:

1°- por la forma incorrecta y antilegal con que han procedido los señores firmantes, lo cual revela desde luego, mala fe y aviesa intención:

2°- por el fondo, porque todo él no es sino un tejido de embustes y una serie de manifiestas calumnias, lanzadas con el menguado fin de mortificar y amargar la vida de los misioneros, consagrados en cuerpo y alma al trabajo de la educación y enseñanza de toda clase de gentes, tanto salvajes como civilizados, que pueblan esas regiones.

Entremos en la parte esencial del documento. ¿A qué se reduce el escrito por ellos presentado? Se reduce a dos cosas:

1º- A pedir al Prefecto del Cuzco que otorgue amparo y garantías en el Departamento del Madre de Dios, en donde hay una zona inexplorada, rica en cauchales y lavaderos de oro, y que quieren hacer una exploración al Colorado, y que si no les concede esto, tendrán que expatriarse.

2º Que no han hecho estas exploraciones por los obstáculos que les ponen los misioneros; que éstos misioneros no han hecho la menor exploración, y aseguran ellos son los únicos llamados a explorar y civilizar.

Aunque la primera parte no vaya directamente contra nosotros, no dejaré de advertir a Uds. Algunas de las muchas inexactitudes que en esa parte se encierra..

No es cierto que esa región sea tan inexplorada como ellos la pintan. Por el Colorado bajó el Señor Llosa y demás expedicionarios que le acompañaban; por el Colorado ha penetrado el personal cauchero del Señor Rafael Sousa; por el Colorado penetraron los personales caucheros de los Señores Izuneta y Collantes; por el Colorado y el Río Blanco ha surcado varios días la gente del Señor Perdiz, y al que esto escribe no le es del todo desconocido el Colorado. Ya en 1910 se hubiera establecido una Misión en esa zona; con este fin, en este año se pidieron 25 Hectáreas de terreno en la confluencia del Kerena con el Puquiri, (y no Punquiri como dicen los firmantes siguiendo la dicción ordinaria); y si no se llevó a la realidad fue por falta de recursos. Y no solo los ríos Kerene y Puquiri, que forman el Colorado, sino que también hemos tomado notas de los afluentes de éstos ríos, así como igualmente hemos formado un pequeño vocabulario del idioma de una de las principales tribus de esa región.

En fin, que esa zona no es tan inexplorada como esos señores aseguran, y aquí cabe decir que cuando ellos van, ya otros están de vuelta.

Con donosura sin igual nos dicen los señores firmantes que esa zona es “rica en cauchales” así como si los hubieran visto, y olvidándose de lo dicho anteriormente, de que esa zona era aún inexplorada- Tango para mí que ni con suposición puede admitirse la existencia de “ricos cauchales” en la sección del Colorado, y no es que yo hable a humo de pajas, sino que me fundo en lo siguiente:

1ª.- Que si existieran esos ricos cauchales, se me hace muy difícil pensar que no los hubiesen explotado y que lo abandonaran los mismos personajes caucheros que recorrieron ese zona del Colorado. Y no se diga que los salvajes lo impidieron porque ríos llenos de salvajes eran el Pariamanu, el alto Piedras, el Maruripa, el alto Purús y otros ríos, y ya sabemos cómo se han establecido en ellos, y cómo han trabajado numerosos personajes y por largo tiempo. No niego que haya uno que otro árbol de caucho, pero no la exuberancia y riqueza que se supone, y que resista el trabajo de un respetable personal..

2ª.- No puede suponerse riqueza cauchera en la sección del Colorado, toda vez que carece de ella el resto de la margen derecha del Madre de Dios, desde el Colorado hasta Tambopata, no obstante reunir ésta mejores condiciones climatológicas que la del Colorado. Sea esto efecto de la proximidad de la cordillera y de la frialdad de las aguas que riegan esas zonas, o por otras causas, el hecho es que jamás se halló caucho

suficiente en esa banda para colocar numerosos personal cauchero. De aquí que solo trabajase uno que otro cauchero en la margen derecha del Madre de Dios; este hecho es muy significativo.

Por tanto, si en la zona derecha del Madre de Dios, desde el Inambari hasta el Tambopata no hay riqueza cauchera, mucho menos debe suponerse en la sección del Colorado. Muy al contrario ha sucedido en la margen izquierda del Madre de Dios, ahí fue donde se encontró la verdadera riqueza cuachera ahí trabajaron durante muchos años numerosísimos personales; en la banda izquierda, frente a la sección misma del Colorado, halló y trabajó por muchos tiempo el personal cauchero del Señor Izurieta. Hay pues una diferencia muy notable entre la margen izquierda y la derecha del Madre de Dios, sobre todo desde el Manu hasta Tambopata.

De manera que si los señores firmantes y supuestos vecinos del Madre de Dios han vinculado su vida, su porvenir y su expatriación a los “ricos cuachales” del Colorado, estoy por aconsejarles que desde este momento traten de dar nuevas orientaciones a su vida, y fijarse ya en el pabellón que los habrá de cobijar, porque los “ricos cuachales” del Colorado tardarán en nacer.

Dicen los señores firmantes que la explotación del Colorado “no se ha llevado a cabo debido a los obstáculos que ofrecen los misioneros del Departamento”, lo cual es una falsedad manifiesta.

¿Cuándo nos hemos opuesto? ¿Dónde está el documento, el comprobante de nuestra oposición a las exploraciones? Es verdaderamente pueril y ridículo que nos vengan ahora esos señores con esta dificultad, con la cual jamás tropezaron tantos y tantos personales caucheros que ha venido al Madre de Dios, que han batido la Montaña en todas direcciones, que ha recorrido todos los ríos y han penetrado hasta las quebradas mas insignificantes y silenciosas que se ocultan en estas selvas vírgenes, guarida tan sólo de fieras y de tribus salvajes.

Si el Supremo Gobierno desea informes sobre el particular, puede pedirlos a los principales de la región, como son los señores Máximo Rodríguez, Perdiz, Izurieta, Collantes, Paulcen, Bartra, Ribero, etc., etc. Y sobre todo, ya que los firmantes dicen que nos servimos de las autoridades para esa oposición, nada mas propio que informen esa autoridades y presenten una copia u original de los documentos de nuestra oposición, los cuales, a ser verdadera la acusación, tiene que existir en sus respectivos despachos.

A lo que nosotros nos hemos opuesto y nos oponemos con toda la energía de nuestro ser, no es a las exploraciones sino a las “CORRERÍAS”, a ese asalto a mano armada que se ha dado a los infelices salvajes; a lo que nosotros nos oponemos y resistimos es a ese cúmulo de crímenes espantosos que se cometen con esos desgraciados hijos de la selva.

En las correrías impunemente se roba, se mata, se asesina al indio que no quiere abandonar su choza, arrancan los hijos de las manos de los padres, y las esposas de los brazos de los esposos con otras mil iniquidades.

¡Que triste debe ser para un pobre indio, a quien no alcanzó una bala, y pudo en la fuga salvarse, pasados unos días, volver a su antiguo hogar! ¡Chacras destruidas, su casita, su humilde tambo, vacío, silencioso, acá y allá sangre, o los restos inanimados de seres queridos, que ayer eran el encanto de su corazón!

No es esta la ocasión oportuna de citar los horribles crímenes y las escenas sangrientas que se han realizado en las correrías, hechos que me han referido testigos de vista. Tan sólo citaré un caso. Un muchacho, cogido en correría en el alto Madre de Dios, me refirió que a su padre le habían asesinado abrazado a su madre, porque se negaba a abandonar su puesto e ir con los asaltantes.

Nos oponemos los misioneros, no a las exploraciones, o sea al reconocimiento de una zona o región, sino a las correrías, que son la fuente y el origen del escandaloso comercio de carne humana.

Este horrible mercado de seres humanos se presencia aquí, en el Madre de Dios. Aquí se ha comprado una mujer por una mula, un muchacho por un poco de sal y unos tarros de pólvora, y en nuestra Misión de San Jacinto, en Maldonado, hemos recogido a una mujer que se había vendido en 60 soles, y como estos casos, centenares pudieran citarse.

Por increíble que parezca y doloroso es decirlo, preciso es reconocer que aun en el siglo XX existe el abominable mercado de seres humanos. Es un hecho que está sangrando, y cuya realidad no puede negarse. Nosotros, los misioneros, ministros de una religión que tiene por dogma fundamental la dignidad de la persona humana, ya que no está en nuestra mano el evitarlo, no dejaremos de clamar, protestar y trabajar hasta que desaparezca ese execrable y vergonzoso mercado.

Nos oponemos a las correrías, porque son el punto de partida de ese estado de esclavitud a que son condenados millares de seres. El individuo que fue cogido en correría, va pasando de mano en mano, de dueño en dueño, durante su triste vida, siempre arrastrando la cadena del esclavo. Está formándose una raza de esclavos, y nosotros, los misioneros, queremos que esos hombres sean libres, y conscientes de su personalidad; queremos los misioneros que al artículo de la Constitución Peruana en que dice: “no hay esclavos”, no sea letra muerta, sino que sea la expresión de una hermosa realidad.

Nosotros nos oponemos, no a las exploraciones, sino a las correrías, a esa barbara crueldad con que se trata al indio, porque en esto creemos ser fieles intérpretes del Supremo Gobierno del Perú, y de toda la nobilísima nación peruana; nos parece que somos el eco de la enérgica y universal protesta de la gente honrada, de toda alma bien nacida, quienes condenan y execran todos esos actos criminales y miran con indignación y horror a los individuos que los cometen, señalándoles con el estigma vergonzoso y degradante de “mercaderes de carne humana”.

Nos oponemos, no a las exploraciones, sino a las “correrías”, porque estamos seguros que en esto, no sólo velamos por el buen nombre del Perú, sino que defendemos los intereses de la nación.

Las “correrías” son la principal causa de la disminución de la población indígena en la Montaña; ¿Dónde están aquellas numerosas tribus que antes poblaban el Madre de Dios, y de que nos hablan los historias? Pues en su mayor parte cayeron bajo el plomo de los civilizados. Hoy apenas queda un número muy pequeño e insignificante, repartido en diferentes grupos. Uno de esos grupos, huyendo de la barbarie de los civilizados, se ha refugiado en el Colorado, y que pronto será exterminado si el Supremo Gobierno no toma las medidas enérgicas.

La república, por interés nacional, no debe permitir que se atente contra esos restos dispersos de una población, que antes llenaba las márgenes de diversos ríos del Madre de Dios. Esas tribus debe miraras como un tesoro, como una valiosa reserva para no muy lejanos días, cuando termine de pasar la avalancha de gente que se vino sobre el Madre de Dios, atraída por la riqueza cauchera de sus bosques; cuando la soledad y el silencio amenacen envolver de nuevo esta regiones; sin duda alguna que al Perú le será muy útil contar con estas reservas, con estas tribus, hoy salvajes, pero que mañana pueden convertirse en pueblos civilizados, y sin necesidad de inmigración, sin grandes gastos, le será sumamente beneficioso disponer de una población tan propia y tan adaptada al clima tropical de estas regiones.

En Supremo Gobierno del Perú no debe consentir ni tolerar que bajo pretexto alguno se atente contra la vida de los salvajes, antes bien, debe a todo trance respetar, proteger, salvar los restos que de estas tribus quedan; prohibir las correrías, y castigar severamente a los individuos que comercien con carne humana y que son la vergüenza no sólo de la nación, sino de la humanidad.

En resumen, jamás nos hemos opuesto ni tenemos porqué oponernos a las exploraciones, pero sí nos hemos opuesto con todas las energías de nuestro ser, a ese compendio, a esa síntesis de todos los crímenes, que se conoce con el nombre de “correrías” y que es el principio de la esclavitud de millones de seres humanos, y el origen del nunca bastante execrable delito de la venta de carne humana.

Si pues, los señores firmantes son del número de esos abominables mercaderes, si su exploración al Colorado (lugar donde se ha refugiado un pequeño grupo de salvajes), se reduce a una correría, a un asalto a los pobres salvajes, con todo el cortejo de crímenes que a tal acto acompaña y siguen, si el atractivo que hallan en el Colorado, si el ideal que ellos persiguen en una palabra, si los ricos cauchales que ellos buscan son los indios, es la carne humana que allí se esconde, entonces tienen razón, solo así ha expresado una razón como un templo, al afirmar que los misioneros son sus enemigos, quienes se oponen y se opondrán resueltamente a esas originales y criminales exploraciones; pero en este caso debieran haberse expresado con mas claridad, llamar a las cosas por su nombre y quitarse el antifaz de exploradores con que intentan encubrirse.

Aseguran los firmantes en su solicitud que los misioneros hasta la fecha no han hecho la menor exploración. A lo cual contesto:

1. Nada de particular tiene esto, porque un Misionero no es explorador; no es esta la misión que se le ha confiado. Un misionero podrá ser un explorador y hasta un excelente explorador por las circunstancias en que se encuentre, y esto ha sucedido en muchas ocasiones; pero la exploración no es el fin que persigue el misionero.

2. No sería extraño que los Misioneros del Madre de Dios no hubiésemos hecho exploración alguna, porque con la asignación de 15 libras al mes para nueve religiosos, que se recibió hasta el mes de setiembre de 1915, no es posible lanzarse a muchas aventuras y exploraciones. Con 15 libras tenían que arreglárselas los nueve misioneros; con ellas había que hacer viajes, proveerse de comida y vestido para sí y para los indios que tienen las misiones del Madre de Dios y Urubamba, y atender a sus enfermedades. Además, con esas 15 libras, había que construir casas, abrir chacras, levantar iglesias, establecer escuelas y atender a todas las demás necesidades materiales y espirituales de estos extensos territorios.

Si embargo, con ser la asignación tan exigua, tan insignificante, con esas 15 libras han llevado a cabo todas esas obras: casas, chacras, capillas y escuelas; todo se ha creado, todo se ha hecho por los misioneros; y las escuelas se han establecido con internado, que es la única forma de que la escuela sea de prácticos resultados en la Montaña. De modo que no sólo proporcionan educación y enseñanza a los niños, sino también alimentos y muchas veces hasta vestidos.

Lo que digo no son puras palabras, sino hechos; hechos que todo el mundo si quiere, puede comprobar, porque estas escuelas subsisten, estas escuelas están establecidas, no solo en Urubamba sino en el Madre de Dios, en Maldonado, en donde tenemos dos, una de niños y otra para niñas, regentada esta por Religiosas venidas con este objeto de Europa. Conoce usted la escuela que funciona aquí, en San Luis del Manu, la cual fue fundada en el año 1908, y desde esa época no ha cesado de funcionar, con más o menos niños, durante todos estos años; y a Ud. le consta el estado floreciente en que hoy se encuentra, asistiendo a ella 34 niños, número verdaderamente extraordinario para estas regiones. Hoy existe otros dos colegios, uno de niños y otro de niñas en el Tahamanu.

Además se han dotado a estas escuelas hasta de elementos de que carecerán seguramente la mayor parte de los centros de enseñanza de la República, como son la linterna para proyecciones luminosas y el cinematógrafo.

Verdad es que para llevar a cabo estas obras y sostenerlas hasta el momento presente, les ha sido preciso imponerse una fuerte contribución de trabajos, de abnegaciones, de sacrificios y de penalidades sin cuento.

No crea Ud. sin embargo que nuestro corazón rebosa satisfacción y alegría al referirle todo esto, antes bien una tristeza inmensa envuelva nuestro espíritu, naturalmente, no por lo que hemos hecho, sino por lo mucho, lo muchísimo que falta por hacer.

No cabe la menos duda que los misioneros hubieran hecho más aún en beneficio de los habitantes del Madre de Dios, a no haberse visto siempre coartados y estrechados por la falta de recursos. Esta es la principal causa de que nuestra acción sobre los salvajes no haya sido mas intensa como era nuestro deseo, aparte de otras razones y otras causas que nos lo impidieron, como fue el tener que atender simultáneamente a las necesidades espirituales en diversos sitios del dilatado territorio del madre de Dios.

Con todo, nuestra comunicación con los salvajes, si duda alguna, hubiera sido mas frecuente y mas íntima, a no ahuyentares con sus actos vandálicos y criminales de algunos civilizados, quienes repetidas veces, con la disculpa y el pretexto de explorar la Montaña, asaltan puestos, arrasan sus chacras, matándoles o robándoles sus mujeres y sus hijos, con otras iniquidades más que cometieron.

Por tanto, a cualquiera se le alcanza que ese momento en que se trata al salvaje de un modo tan inhumano y tan brutal, no es el momento propicio para que el blanco se le acerque a inspirarle confianza; ni ese momento en que el corazón del salvaje rebosa de odio y venganza, es ocasión oportuna para despertar en el salvaje los sentimientos de cariño y simpatía.

De manera que si el misionero no es explorador, si con la asignación tan pequeña para todo el personal de la misión no hay para atender a lo mas urgente de la vida, no parece juicioso que se venga todavía con la exigencia de las exploraciones.

Pero hasta en eso de las exploraciones están completamente equivocados los señores firmantes. Los hechos realizados por los misioneros del Madre de Dios, dan a esos señores el mas solemne mentís. Dios les dio fuerzas y energías para llevar a feliz término las obras mencionadas, comunicándoles también alientos para explorar el madre de Dios en todas direcciones, de Sur a Norte y de Oeste a Este. En tal forma los misioneros exploraron el Madre de Dios, que muy raro será el río que no hayan recorrido y región que no hayan visitado. Citaré como prueba algunas de sus exploraciones.

Exploraron el río Paucartambo, cuyo curso se desconocía; el río Tono, sacando 22 salvajes; el Yanamayo; Huaysampilla dos veces; la una simultáneamente a la exploración del Coronel Fernández, en que este murió, su hijo y siete peones mas y la otra en la que se entró por el Huaisampilla y terminó en el Manu, pereciendo en este expedición uno de los misioneros con otros individuos, salvándose milagrosamente el jefe de la expedición, el hoy Exmo. Mons. Zubieta; se exploró el alto Inambari, hasta su confluencia con el Marcapata, así como parte del río Panticolla. Han recorrido el río Maigo, con el río Piedra y sus afluentes el Huáscar, Lidia, Pingacgari, Chanchamayo, Pompo, Siticayoc, Radium, Bolognesi, Pardo, Dos de Mayo, etc., etc. y este reconocimiento o exploración del alto Piedras, o Tacuatimanu, se ha hecho repetidas veces verificándose la primera en tiempo en que no había en todo el alto Tacuatimanu ni una persona civilizada, teniendo la satisfacción de penetrar hasta los mismos centros salvajes Machinaris, sacándo algunos de esta tribu.

Exploraron también los ríos Manuripe, Buyuyu, Miumanu, Tahuamanu, Acre, y hasta Purús, en tiempos que este río pertenecía a la entonces delegación del Madre de Dios. Y con esto hago caso omiso a las excursiones que han hecho los padres misioneros a los diversos centros de la Montaña, porque donde quiera que había un grupo de caucheros, allí llegó el misionero a predicarles la palabra divina, y proveerles en sus necesidades; por supuesto que el ejercicio de su ministerios de misioneros no les impedía tomar notas o hacer los reconocimientos del explorador. De la presencia del Misionero en esos centros, pueden dar testimonio casi todos los cuacheros del Madre de Dios.

En fin, si se quieren datos de las exploraciones del Madre de Dios, pueden recogerse en los Ministerios de Justicia y Gobierno, y en Sociedad Geográfica de Lima. Cabalmente en uno de los discursos del actual Presidente de la Sociedad Geográfica veo

que se hace mención honorífica de un trabajo sobre el Tacuitimanu y Purús; pues cónsteles a los señores firmantes que ese trabajo son las observaciones personales de uno de los misioneros.

¿Quién no tiene noticia en el Perú de la distinción que en el 1915 hizo la Sociedad Geográfica a un Religioso? Disponía esa sabia sociedad de un premio para adjudicarlo al que hubiera hecho la exploración mas importante de los primeros 25 años de la Sociedad. Pues bien, la Sociedad Geográfica de Lima adjudicó se premio, esa medalla de oro, a un Misionero del Madre de Dios, al Vicario Apostólico de estas Misiones, el Exmo. Y Rvdo. Mons. Zubieta.

Después de lo dicho se deduce que los señores firmantes revelan una crasa ignorancia o un cinismo sin igual, al asegurar que los misioneros del Madre de Dios no han hecho la menor exploración.

Aquí pusiera punto final a este informe, pues me parece que quedan contestados los principales cargos que se hacen contra nosotros, pero ya que he tomado la pluma, no la dejaré sin hacer algunas observaciones más, al escrito en referencia.

Dicen los señores firmantes “que tras arriesgar su capital y su existencia, todavía son molestados por las autoridades, porque los Padres los denuncian de hechos que no han sucedido”. Menos mal, en medio de todo, los misioneros no proceden de ligero o incorrectamente, sino con nobleza y lealtad, empleando el medio que les concede la ley, como es acudir a la autoridad para que impida el crimen y la iniquidad y vele por el orden y la justicia amenazadas.

Pero en lugar de perderse en generalidades, ¿por qué no descienden a particularidades mas al caso? ¿Es que temen por ventura, que al concretar los hechos, se descubra que los hechos no son supuestos, sino reales y verdaderos atentados cometidos contra los indios?

“¿Que arriesgan su capital y existencia? Que arriesguen su capital algunos firmantes es muy dudoso: en cuanto a la vida, también la exponen los misioneros del Madre de Dios, y dos de estos, no sólo la arriesgaron, sino la perdieron y la sacrificaron en aras del ideal que les había traído a estas regiones; y tras de arriesgar la vida, “todavía son molestados” por ciertos individuos, como en el caso presente, por los señores firmantes. Pero la cuestión no está en arriesgar la vida, porque esto no justifica el acto a que se arriesgan. También la aventura el ladrón, el salteador de caminos. De modo que si los señores firmantes arriesgan la vida en una “correría”, en al asalto a los puestos del salvajes, llevados por la ambición y los pingües resultados que proporciona el comercio de carne humana, aún cuando a esa “correría” la encubran con el nombre de “exploración” tenga por cierto que ponen su vida al servicio de la causa mas innoble y detestable de la tierra.

“Aseguran dichos firmantes que ellos son los únicos llamados a explorar y civilizar”. Este aserto de los firmantes no solo está falto de verdad, sino que es una manifiesta y vil calumnia, que refleja la dañada intención que anima el escrito de esos señores. Una afirmación tan gratuita y tan inverosímil, no merece los honores de que se la conteste.

Dícese en el escrito que los salvajes, en el mes de octubre atacaron en el Tono la casa de uno de los firmantes. Aunque este sitio no pertenece al Departamento del Madre de Dios, no dejaré de anotar que he tenido ocasión de preguntar a uno de los peones que han trabajado en esa, desde julio hasta febrero próximo pasado, y me asegura que no hay tal asalto. He preguntado así mismo al Sr. Perdiz, quien tiene casa en el Tono, y nos dice que no sabe de tal ataque. Todo lo cual me hace sospechar que lo que se intenta con esas falsas alarmas es buscar pretextos para mañana justificar una “correría”.

Si embargo no me extrañaría nada que al firmante le sucediera cualquier contratiempo, porque conocido es en estos lugares por su tráfico de carne humana; y su hermano es uno de los que entraron al reparto de los trofeos y presas de carne humana que se sacaron de Panticolla en el mes de mayo próximo pasado.

Y ordinariamente (esta probado por una terrible experiencia), a quien se entrega a ese escandaloso tráfico y se nutre de la sangre de los infelices salvajes, le espera en su vida un fatal desenlace.

Muchas atrocidades se han cometido con los salvajes del Madre de Dios, y no tendría nada de particular que estos salvajes, que tienen corazón para sentir las ofensas y ultrajes, en el día menos pensado, tomen tremendas represalias.

Con todo, no obstante de ser estos salvajes los ofendidos y agraviados, casi nunca o rarísimas veces han atacado o asaltado los puestos de los caucheros, a lo menos en el Madre de Dios desde el año 1908. Si aquí hubo algunos atentados y asaltos, fueron realizados, no por salvajes que viven independientes en las selvas, sino por los salvajes que viven o vivieron con los civilizados.

De manera que todo lo que se dice de “ataques”, frecuentes “ataques” y “nuevos ataques”, todo es mera fantasmagoría, engaño, puro embuste con que se ha querido sorprender la buena fe del señor Prefecto del Cuzco. ¿Por qué no se concretan los hechos? ¿Cuándo, en dónde, en qué sitio se efectuaron esos ataques? ¿Cuántas y quienes son las víctimas? Después de tantos repetidos ataques, tan solo se ha podido citar el del Señor Bellantin, y este por lo que dejó dicho, es muy dudoso.

Nadie habla aquí, en el Madre de Dios de tales ataques; a nadie se lo oye quejarse de que su puesto haya sido atacado por los infieles, y este silencio y esta tranquilidad son prueba clara de que esos ataques, aunque frecuentes, no son reales y verdaderos, sino fantásticos e imaginarios.

Y conste que si bien negamos los hechos que se citan, no por eso dejamos de admitir la posibilidad de que esos salvajes, en la ocasión oportuna que se les presente, tomen venganzas contra el “blanco”, de quien han recibido muchos y enormes agravios.

Todos esos mentidos ataques, todas esas falsas alarmas, no tienen otra finalidad, según mi humilde juicio, que preparar la opinión pública para luego sincerarse fácilmente ante ella de los atropellos, de las nuevas “correrías”, de la nueva serie de iniquidades que se cometen con esos antiguos moradores del Madre de Dios.

Terminan por fin su escrito diciendo que les consta que para concederles las garantías que solicitan, espera el Supremo Gobierno un informe del Rvdo. Mons.

Zubieta. Muy errados anduvieron los señores firmantes al expresarse en esta forma, puesto que el Supremo Gobierno no pidió ni necesitaba pedir informe alguno al Rdo. Mons. Zubieta, bastábale dirigirse, como así lo hizo, al Sr. Prefecto del Madre de Dios, quien fácilmente puede comunicar al Gobierno todos los datos que solicita, relativos a esta región.

Dios guarde a Ud. Fr. José Pío Aza, O.P.

APENDICE II

Informe de Mons. Zubieta sobre el tema de correrías

Maldonado, 22 de agosto de 1916

Sra. Prefecto del Departamento.-

He leído atentamente el expediente que se ha dignado remitirme para su informe, y paso gustoso a emitirlo, por tratarse de un asunto interesantísimo para la región, relacionado con un cúmulo de crímenes, de que se avergonzarían las naciones menos civilizadas y rechaza con toda dignidad el Perú, lo mismo que toda persona honrada y que no está ciega por las pasiones mas bajas y sórdido interés.

La solicitud de los Sres. Bellantín, Blanco y Peñaherrera carece de sentido y es improcedente: piden en ella a una autoridad extraña a este departamento, explorar una zona y defenderse en caso de ser atacados, cosa que a nadie se ha negado y a lo que nadie se ha opuesto.

Los misioneros se han opuesto y con todas sus fuerzas, a las correrías o cazas de salvajes para ser vendidos o esclavizados, mas no a las exploraciones, que se han hecho en todas direcciones, como consta a todos los vecinos del Madre de Dios.

Quizás los recurrentes han confundido las palabras exploración y correría, y su objeto ha sido se les autorizase para la segunda, o sea para la exploración con botín de seres humanos vendibles o aprovechables para sus trabajos en un estado de embrutecimiento y de una disimulada esclavitud.

Protesto enérgicamente de los conceptos que emiten los recurrentes sobre los misioneros, quienes han trabajado sin retribución alguna todo lo que los pequeños recursos de que disponían les ha permitido; y jamás han denunciado una correría supuesta, sino las muy probadas y escandalosas. Si no es como digo a Ud, les reto a que me citen un caso de falsa denuncia. Estoy seguro que su conciencia les dicta lo contrario de lo que dicen en este caso particular; pero han creído sin duda no había en este departamento autoridades dignas, o no sabrían palabra del recurso, y que con sus falsedades se les daría licencia para la exploración sospechosa, cuyo botín podrían disfrutar tranquilos, una vez desautorizada la voz del misionero.

El informe del Superior de la Misión del Manu está quizás un poco duro, pero es la expresión de la verdad en todas sus partes, y todo cuanto afirma, puede probarlo con hechos irrecusables. La dureza de su informe se explica fácilmente por la amargura de que se halla poseído, a causa de las correrías y crímenes de que ha sido casi testigo ocular, y ver el disimulo y falsedad como quieren hacerse nuevas hazañas, que ninguna persona honrada puede ver con buenos ojos y sin santa indignación propia de los grandes genios, que han luchado contra la esclavitud más denigrante e inicua.

Gustoso pasaría por alto el informe del Subprefecto accidental del Manu, Sr. Vargas, por ser éste persona irresponsable de sus actos, y no creerlo autor del informe, de lo que tengo certeza moral, y Ud. podría averiguar con suma facilidad. El no es capaz de redactar ese informe; no ha hecho mas que firmar el escrito, producto quizás de uno de los recurrentes y que pretende hacer la exploración.

Si fuésemos a tajar (sic) todas las inexactitudes y errores de su informe, poco quedaría para su lectura; citaré sólo algunos conceptos y por ellos se comprenderá la verdad que el informe encierra.

Habla del “pretendido tráfico de carne humana” ¿pretendido? ¿pone en duda el hecho? El conoce muy bien la venta de una mujer salvaje por una mula; la de un niño por sal, pólvora, casos que cita el misionero, ¿y habla de pretendido tráfico?.

Hasta será capaz de negar las correrías, de las que pudiera dar detalles muy minuciosos en el alto Urubamba en momento en que se hallaba el que suscribe muy próximo al lugar de las correrías.

Dicen también “la opinión o pensamiento de los que tales influencias ejercen a favor del salvaje, es que el cauchero entre a las selvas, si es posible, desarmado, y si los salvajes le atacan, que no se defienda”. ¿Quién ha pretendido semejante disparate?

Otra de las frases de su informe es la siguiente: “pretendida inhumanidad” no intento, en este informe, ni quiero denunciar hechos de tanta inhumanidad, que los mirarían con horror los seres mas desgraciados si no han llegado a la degradación de los que tales actos cometen. Poseo documentos y medio de comprobarlos, en caso necesario.

No quiero insistir mas en la incorrección del informe del Sr. Subprefecto accidental, y para terminar, voy a citar un hecho que dará idea del estado en que se ha hallado en algunas ocasiones como al actual, la subprefectura del Manu, y la fe que pueden inspirar, en estos casos, sus informes y soluciones. Hallándose ausente el Sr. Subprefecto en propiedad, hacía sus funciones el Sr. Vargas en calidad de subprefecto accidental. Hízose en este tiempo una correría, que fue denunciada por el misionero del Manu, y en su virtud, el Sr. Subprefecto accidental, citó a su despacho a los autores de la correría con los indios fruto de la misma, así como al misionero denunciante. Acudió este con media hora de retraso, con motivo de llevar intérprete, y ¿cuál no sería su sorpresa y desengaño al oír estas palabras del Subprefecto accidental, “ya no tiene objeto su venida; los indios han declarado habían venido con estos señores por su propia voluntad”. Algo mas: halló a uno de los acusados escribiendo un oficio en contestación a la denuncia hecha por el misionero; la farsa era completa.

No obstante todo lo dicho, disculpo en parte el Sr. Subprefecto accidental, por no creerlo autor del informe; mas no se le puede excusar por completo, por haberlo autorizado con su firme.

En lo que no se puede excusar es en que lo que dice de la escuela de Manu y enumeración de los crímenes cometidos por los salvajes. Sabe perfectamente que el hecho de haberse retirado varios niños internos, que se sostenían gratuitamente por la

misión ha sido obra de la calumnia de un enemigo de la misión, y a la que quizás él mismo no está ajeno. Dos meses antes de esta deserción de algunos niños, habían rendido los exámenes, que puedo decir brillantes, 35 niños en presencia del mismo gobernador, actual Subprefecto de Mogrovejo, y el que suscribe, así como los padres de los niños, a quien se cito anticipadamente; todos quedaron complacidos del adelanto de los niños; y ahora ¿quiere quitar la importancia a la escuela y sacrificio que se imponen los misioneros por la educación de esos seres privados de toda instrucción?

También hace una relación de los crímenes cometidos por los salvajes y calla sistemáticamente las correrías y crímenes cometidos con los salvajes, crímenes en que se muestran los civilizados mas inhumanos que los mismos salvajes. Fízcarral sacrificó inútilmente 60 mashcos, los que desde esa fecha miran con horror a los civilizados, horror que se ha confirmado y reforzado con otros muchos crímenes de que han sido objeto. Mas dejemos a un lado los juicios de los solicitantes e informe del Sr. Subprefecto accidental de Manu, y si Ud quiere saber la labor de los misioneros, pregunte, si lo cree necesario, a personas responsables, antiguos vecinos de esas regiones y que el Superior de la referida misión del Manu, cita en su informe.

Con la solicitud que encabeza este expediente, queda planteado el siguiente problema: ¿deben permitirse las exploraciones en terrenos habitados por los salvajes?

Parecía una paradoja tal pregunta, porque nunca se prohíben las exploraciones que se han realizado por centenares en este Departamento; mas no extrañará a quien sepa que la mayor parte de las exploraciones producen el mismo efecto de las correrías, y las diferentes condiciones en que felizmente nos hallamos ahora, en relación a las que, por desgracia, se halló este Departamento en épocas anteriores.

El Gobierno que rige los destinos de la Nación desde Agosto último, es ilustrado y humanitario como pocos; tiene los ojos puestos en este Departamento, y manda a él autoridades dignas, para que hagan justicia y castiguen los crímenes si no pueden prevenirlos y evitarlos. La ley del 44, como dicen los caucheros, ha sido sustituido por la ley de la justicia y el interés de algunos amasado con sangre y lágrimas de seres casi indefensos, ha sido proscrito. Esta región no es ya una selva inculta, donde apenas se conocían el deber y la justicia: es un Departamento que lucha por su engrandecimiento, mediante el apoyo del Supremo Gobierno, las buenas autoridades, el cumplimiento del deber y de la justicia, y mediante la instrucción, sin la que jamás una nación será grande. Cuenta con Vicario Apostólico, varios misioneros, un colegio modelo de niñas, dirigido por Religiosas europeas y otros centros de instrucción, todos los cuales se avergonzarían de presenciar crímenes como los pasados.

1° Deben permitirse y fomentarse la exploraciones que tengan algun fin honesto, científico y económico

2° A fin de evitar que dichas exploraciones tengan por objeto y resultado, el mismo que tienen las correrías, o sea, la caza de los indios para esclavizarlos o venderlos mas tarde, tomen las precauciones siguientes:

a.) Todo el que desee hacer una exploración, pedirá antes la debida licencia a la autoridad del Departamento, y sólo después de obtenerla, llevará a cabo la exploración.

b.) Las autoridades civil y eclesiástica están facultadas para mandar una comisión que acompañe la exploración, si así lo tiene por conveniente.

c.) Ordenar bajo severas penas que todo salvaje que saquen los exploradores bajo cualquier pretexto, sea entregado a una Misión Apostólica para su educación. Dichos indios, entregados a la Misión, en calidad de depósito, estarán en ella por espacio de un año, pasado el cual, la autoridad, de acuerdo con el misionero y consultada la voluntad de los indios, dispondrá de ellos dándoles libertad.

Cumplida estrictamente las condiciones anteriores, verá Ud. se evitarán las exploraciones que tienen por objeto el crimen, realizándose solamente las que tienen un objeto noble.

Al pedir protección para el salvaje, no es mi idea defenderles hasta tal punto que sus crímenes queden impunes, muy lejos de eso: deben castigarse severamente los crímenes, mas no ciegamente, o sea a los que se encuentren más a la mano; deben tomarse, averiguar los crímenes y no castigar a los inocentes, como suele suceder en ciertas venganzas.

Es cuanto puedo informar a Ud. resultada la brevedad y dadas las buenas disposiciones, excelente criterio y amor a la justicia, de que Ud. se halla adornado.

Fr. Ramón Zubieta, Obispo, Vicario Apostólico.

APENDICE III

“Meditando el plan” Un informe de Mons. Zubieta

Desde nuestra llegada al Callao recibíamos a diario noticias de la zona, por demás extensa, que abarcaba la Prefectura de Sto. Domingo; leíamos y escuchábamos cuanto dato podíamos obtener sobre dichos territorios poblados por nativos, y pensábamos seriamente los medios que debíamos poner en práctica para conseguir mejor el objetivo de estas nuevas misiones.

Estudí la topografía de la zona de estas regiones, a fin de ver dónde convenía establecer las misiones y ver el personal que debería pedir en conformidad de lo acordado con el P. Provincial; me decidí visitar las diferentes regiones o valles, por donde se podría ingresar a la Montaña, habitación de los nativos.

Inicie mis excursiones en compañía de los Padres Palacios y Cuesta, por los valles de Urubamba y Vilcanota, entrando hasta el río Churumbia. No avancé mas por establecer la primera casa en condiciones de surtir de lo necesario a los misioneros, sin grandes gastos y pensando en el poco personal de que disponíamos; esta casa allí instalada, debía ser la base de operaciones de los misioneros de esa Región, donde por otra parte se hallaban gran número de nativos.

Salimos del Cuzco, (15 días antes del Corpus) y regresamos a dicha ciudad 8 días después del Corpus.

Dispuse que el P. Palacios se dirigiese con algunos peones al valle de Urubamba, que acabábamos de visitar, y allí abriese una chacra e hiciese una casa para habitación del personal de la Misión; orden que cumplió dicho padre sin pérdida de tiempo, quedando así establecida la primera Misión de esa Prefectura, bajo la advocación de Sto. Domingo.

El lugar elegido para esta Misión fue un pequeño cerro que se halla en la confluencia del río Chirumbia con el Urubamba, y próximo al camino de Yavero, que se construía en esa época.

Arreglada la marcha del P. Palacios con los peones, me dirigí en compañía del P. Cuesta y el Hno. Torres al valle del Ccosñipata.

Salimos del Cuzco en compañía del P. Cuesta y el Hno. Torres el día 9 de julio de 1902; hicimos noche en el pueblo de Pisac y al día siguiente, 10, llegamos a las cinco de la tarde a Paucartambo, donde se nos hizo entusiasta recibimiento, saliendo a nuestro alcance de 25 a 30 caballeros montados.

Organizamos nuestro ingreso a la Montaña en cuatro días que permanecemos en esa población y el 15 del mismo mes continuamos nuestro viaje a Ccosñipata, en compañía del Sr. Cura, Don Rodríguez, Sr. Manuel Echegaray, Sr. Rosas, Don Mariano Yabar Almansa y el entusiasta joven Romanville. Iba también a nuestro servicio un arriero que contratamos llamado Estrada.

Hicimos noche en el lugar llamado Tres Cruces, situado a 3,700 Metros sobre el nivel del mar, en una estribación de los Andes, la más elevada y próxima a las pampas de Asunción y Madre de Dios, desde donde se divisan los panoramas más hermosos y variados que puede imaginarse. Absortos en la contemplación de estos panoramas, pasamos el día 16, sin continuar el viaje, como pensábamos, el que postergamos para el día siguiente, 17, yéndonos a dormir esa noche a Tambomayo, el 18 a Sta. Isabel, llegando el 19 a Asunción, término por entonces de nuestra excursión.

El camino estaba cerrado; en muchas partes formado de espesos fangales, a tal extremo que el viaje fue lento por demás, y lleno de graves molestias, que todos soportaron con la resignación de verdaderos misioneros.

Asunción era un pequeño fundo que trabajaba en aquel entonces el malogrado Coronel Fernández, de tantos recuerdos para los amantes de la Región. Está situado casi en la confluencia de los ríos Ccosñipata, formado de los ríos Tambomayo y Yanamayo, y el caudaloso e importante río Pilcopata. Este era el único trabajo de una región donde en el tiempo del coloniaje habían existido numerosas fincas, que la tradición hace ascender a 300, aunque me parece un número exagerado. Nadie se permitía dar un paso más delante de este pequeño fundo, y parecía el non plus ultra de la Montaña.

Nosotros tampoco pasamos por aquel entonces de ese lugar. Allí celebramos la primera Misa y elegimos el lugar destinado a la nueva Misión en las cercanías de la misma finca, y como a 500 metros de la casa-hacienda donde comenzaba el monte real.

VISITA A LOS NATIVOS

Pronto corrió entre los nativos la noticia de la venida de los Misioneros y salieron de la selva a la finca Asunción para saber la fecha de nuestra llegada. Vinieron a visitarnos de seis a ocho nativos, entre hombres y mujeres, dos de los hombres era jefes de tribu, y todos ellos pertenecientes a los llamados Huachipaires.

Nos causó profunda pena ver el estado de verdadero salvajismo de nuestros visitantes, y más el de las mujeres, como lo demuestra el hecho siguiente: hicimos a los salvajes algunos obsequios y entre ellos una batas muy vistosas, obsequio de las Señores de la Propagación de la Fe del Cuzco, dichas batas las di a los jefes de tribu y no a las mujeres, prevención necesaria para no infundir celos y sospechas en ellos. Recibieron los vestidos con muchas muestras de gratitud, y acto seguido los entregaron a sus mujeres, quienes en medio de la calle y delante de muchas personas, se quitaron el único trapo que les cubría, o sea la cushma, y se engalanaron con los vestidos que acababan de obsequiarles. Esto los hicieron con la misma naturalidad con que en medio de la plaza de Lima se puede quitar el sombrero a cualquier hombre. ¿Cuál sería el nivel moral de estas pobres mujeres?

La compasión que me inspiró este hecho me decidió a establecer la segunda Misión de la nueva Prefectura sin esperar más personal, como yo había pensado en un principio. En efecto, se eligió el lugar, como dejo indicado, y organizamos nuestro viaje de regreso con la idea de mandar un Padre con operarios para levantar la casa Misión y la capilla. El día 27 del mismo mes de Julio estábamos de regreso en Paucartambo. Sólo demoré en esta población tres o cuatro días, lo necesario para preparar el viaje de regreso del P. Cuesta, con algunos operarios que debían acompañarle, a fin de levantar los edificios indispensables, según dejo indicado. El citado P. Cuesta regresó a la Montaña y yo me dirigí al Cuzco para emprender el viaje al Valle de Inambari, que debía visitar a fin de conocer todas las necesidades antes de pedir el personal necesario para la obra de las Misiones, a que se había dado principio con la rapidez posible, sin evitar trabajos ni retroceder ante las dificultades que pudieran presentarse.

Antes de proseguir la relación de nuestras excursiones, debemos hacer constar nuestra gratitud hacia las personas que tanto en Paucartambo como en Cuzco, se distinguieron por las atenciones y servicios prestados a los Misioneros para que figuren entre los bienhechores...

VIAJE AL VALLE DE INAMBARI

El día 4 de agosto celebramos la fiesta de nuestro Santo Padre en el Cuzco, y el 10 del mismo mes, salimos en dirección de Sta. Rosa, de donde debíamos partir a los valles mencionados. El viaje lo hicimos en dos días de coche hasta Sicuani, y en unas horas de tren a Sta. Rosa.

En esta población demoramos tres días esperando las bestias que nos debían mandar de Macusani, por orden y cuenta de D. Juan Pardo. Llegadas por fin las bestias, salí en compañía del Hno. Torres que me acompañaba, el día 16 de agosto, yendo el mismo día a Macusani, donde debían proporcionarme nuevamente la movilidad para seguir viaje a Ollachea, principio de la Montaña.

Cuatro días estuvimos esperando la movilidad y no obstante los buenos deseos del Subprefecto, Sr. Ballón, y los encargos apremiantes del Sr. Pardo, las bestias no llegaban, al menos con la rapidez que nosotros deseábamos. Llegaron por fin el día 20 a las 10 de la mañana, y no obstante lo avanzado de la hora, salimos tomando el camino de Ollachea, a eso de las 11 del mismo día.

El caballo que me proporcionaron tenía muy buena estampa y hermosa figura, pero cojeaba y no podía por este motivo apresurarlo en la marcha, razón por la cual nos atrasamos en el viaje y llegamos a las 10 de la noche a Ollachea, mas muertos que vivos, sin poder apenas tenernos en pié. Caminamos tres horas de noche, y por senderos que no puede dárselos el nombre de camino, siendo además sumamente peligrosos por estar trazados a cierta altura y casi sobre el abismo, en la ladera del río. A esto hay que añadir el frío intenso de la cordillera, sobre todo en las primeras horas de la noche. En una palabra, yo llegué enfermo, lo que no fue impedimento para seguir al día siguiente el viaje, yendo a dormir a Casahuiri, fundo cafetal del Drl Albisuri, adonde nos acompañó el gobernador de Ollachea.

Hasta este fundo pudimos hacer el viaje a bestia, pero en adelante todo debíamos hacerlo a pié y por caminos en construcción, en los que había pasos malísimos y peligrosos en sumo grado. Espacios de seis u ocho metros que separaban orcas y cerros, donde debían colocarse puentes colgantes, eran salvados por dos palos, cuyos extremos se apoyaban en ambas rocas, y sobre los cuales se había colocado otros palos a modo de escalera. Excusado es decir que el paso se hacía a cuatro pies, y con gran peligro por su elevación grande que naturalmente causaba vértigo y desvanecimiento.

Oía con indiferencia el relato de estos malos pasos y de algunas desgracias que habían ocurrido en ellos, y con la gracia de Dios pasamos sin novedad ese camino peligroso el día 22 del mismo mes de agosto, llegando el mismo día a Llinquipata, donde estaba establecido el centro de la negociación gomera de D. Juan Pardo. Allí encontramos a tres ingenieros que se dirigían a la confluencia del Inambari con el Madre de Dios, y aproveché de su compañía y de su movilidad para seguir la marcha que tuvo lugar el día 23, o sea al día siguiente de mi llegada.

ABRIENDO CAMINO EN PLENA MONTAÑA

Pasamos la oroya (del chechua: cable con plataforma corrediza para pasar ríos) tendida sobre el río Inambari, y caminamos por la margen izquierda del mismo río, los días 23 y 24, por el camino abierto de la negociación gomera de Pardo, visitamos un gran plantío de árboles de jebe hecho por la misma. En los días 25, 26 y 27 hicimos viaje por pleno bosque abriendo camino o trocha para darnos paso, llegando el 27 a la confluencia del Yahuarmayo con el Inambari, donde debíamos acampar y preparar nuestro viaje, que en adelante debíamos hacer por río.

En este lugar había una tribu salvaje de Huarayos, compuesta por unas 10 familias. Estos nativos habían tenido algún trato, aunque poco, con civilizados, que felizmente los habían tratado bien, así que nos dieron franca y cordial acogida, lo que no suele suceder con otros nativos, a quienes ha cabido en suerte tener el primer roce con personas poco cultas y sobre todo abusivas.

Los abnegados y entusiastas ingenieros arriba citados, procedieron a la construcción de las balsas, que unidos a una sola canoa que había en su tribu, nos serviría para realizar nuestro viaje. La canoa era de regular tamaño, y en ella se cargarían los víveres y utensilios indispensables, sirviendo las balsas para conducir el personal de la expedición. Todos trabajamos en la construcción de las balsas, cada uno según sus fuerzas y habilidades,

Yo me pasaba horas entres con los salvajes, grandes y pequeños, empeñado en formar un vocabulario de su idioma, bien hermoso por cierto, y en nada parecido al quechua, no obstante la proximidad relativa de esta tribu con los pueblos quechuista. Pude reunir unas 400 voces, que di para su comparación con el idioma de los indios de las cercanías a un buen quechuista, el R.P. Fr. Juan Zavaleta, dominico natural del Cuzco.

En este lugar decidí fundar la primera Misión Apostólica de ese valle, en el momento que llegase el personal que pensaba pedir tan pronto pudiese salir de la Montaña y ponerme en comunicación con Europa.

VIAJE POR RÍO SUSPENDIDO POR UN NAUFRAGIO

Terminadas las balsas y cargada la canoa, salimos de Yahuarmayo el 2 de setiembre, muy ajenos al pensamiento de regresar ese mismo día al punto de partida, como sucedió. El personal de la expedición íbamos en 4 balsas tripuladas por otros tantos nativos, y la canoa era conducida por dos compañeros de éstos, creo que los nativos preveían lo que iba a ocurrir dentro de breves momentos, por el hecho de haber salido las mujeres de los nativos a esperar en una especie de lago formado por el río, a cosa de un Kilómetro de Yahuarmayo.

Rompieron la marcha a eso de las 9 de la mañana, las cuatro balsas indicadas, y momentos después salió la canoa que conducía el equipaje e instrumentos propios de los ingenieros.

Habíamos andado unos 800 Mts. Cuando llegamos a una correntada que imprimió la velocidad de nuestras balsas, que parecía imposible nos librásemos de estrellarnos contra algún obstáculo que se opusiese a nuestra marcha, rápida como un rayo; pero con el favor de Dios, pudimos atracar a la margen izquierda, junto a unas chacras antiguas de los nativos, donde se hallaban esperando las mujeres de los nativos, que tripulaban las balsas, así como la canoa. Todos pensábamos en el peligro que habíamos corrido y más en la suerte de la canoa, que esperábamos de un momento a otro, confiados en la pericia de los tripulantes. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa al ver bultos y mas bultos que venían a merced de la corriente sin ver canoa ni tripulación! En el acto comprendimos lo ocurrido; nuestra canoa había fracasado y nos quedábamos en mayores dificultades que en el principio. Las mujeres nativas, tan pronto como vieron dichos bultos en el río, se despojaron de la poca ropa que llevaban y cubriéndose con una hoja del primer árbol que hallaron a mano, se lanzaron a salvar nuestro equipaje, víveres, etc. etc. La mujer del jefe salvó mi altar portátil. Era curiosos ver la fortaleza y serenidad con que nadaba; salvaban un bulto y regresaban a salvar otro. Merced a ellas se perdieron pocos bultos, aunque el contenido de muchos de ellos quedó del todo inútil. Tendimos al sol todo lo que podía salvarse a pesar de haberse mojado, y después de algunas horas, volvimos a acomodarlo todo, y nos regresamos en la tarde al punto de donde habíamos partido en la mañana, o sea a Yahuarmayo.

PREPARANDO NUEVA EMBARCACIÓN

No había mas remedio que construir otra embarcación para seguir el viaje suspendido con la desgracia ocurrida. La canoa, según relación de los nativos, había sido hecha pedazos al chocar contra las piedras de la correntada,

Buscamos un hermoso cedro, y en el acto se procedió a cortarlo, a fin de hacer una nueva canoa, que supliese a la que se había destrozado; ya estaba el árbol para caer; lo veíamos tambalearse llenos de alegría y nos consolábamos cada cual de los callos y ampollas que el trabajo, que casi todos hacíamos por primera vez, cuando al fin vimos caer majestuosamente nuestra futura embarcación, según creíamos. Pero nuestra sorpresa y desilusión fue grande cuando nos aproximamos a examinar el tronco y vimos que no servía; estaba hueco y todo el trabajo había sido perdido.

Buscóse otro árbol, se dieron los primeros golpes de hacha y nos regresamos al campamento; en él hallamos a D. Juan Pardo, patrocinador de esta expedición que venía a nuestro encuentro. Cambiamos impresiones; le comunicamos lo ocurrido y nada tuvieron que modificar los ingenieros en su plan, pero yo cambié de mi propósito de seguir hasta la boca del Inambari, en vista de un telegrama que me comunicó Pardo, según el cual convenía que yo fuese lo antes posible a la capital de la república.

Debo hacer constar mi gratitud por esos jóvenes ingenieros que tuvieron para mí, toda clase de atenciones que jamás olvidaré. Tres días estuvo el Sr. Pardo en Yahuar mayo, pasados los cuales emprendimos el viaje de regreso al centro gomero de Llinquipata, quedando los ingenieros empeñados en la obra de la embarcación para seguir el viaje. Confieso que sentí separarme de esos caballeros, y de no aprovechar de esa ocasión para visitar ese río en toda su extensión, hasta la confluencia con el Madre de Dios.

VIAJE DE REGRESO

El día 7 de setiembre emprendimos el viaje de regreso a Llinquipata. A D. Juan lo acompañaba un empleado, a mí el Hno. Torres. Caminábamos a marchas forzadas, haciendo en un día lo que antes habíamos hecho en dos. Sufrimos bastante en este viaje, sobre todo de sed y hambre; pero llegamos sin novedad al centro gomero, hicimos el viaje en tres días, llegando el 9 en la tarde.

Dos días permanecí en compañía del Sr. Pardo, quien me ofreció construir la casa-misión en el momento que llegase el personal, en el lugar que yo había designado, o sea en Yahuar mayo, como dejé indicado arriba. Los sufrimientos en este viaje no fueron pequeños, mas si se lograba establecer la nueva Misión en lugar tan adecuado, donde podrían los misioneros visitar toda la cuenca del Inambari, con sus afluentes, sobre todo el Marcapata, todo lo daba por bien empleado.

El día 12 emprendí mi viaje de regreso a Sta. Rosa, que creo inútil referir, pues en poco o en nada se diferencia del ingreso. Para parecerse en todo, sufrí lo indecible en la jornada de Ollachea a Macusani, adonde llegué muy mal a causa del frío y de la altura. Tanto el Subprefecto, Sr. Ballón como su señora esposa, me atendieron con solicitud suma, y a ellos debí mi restablecimiento.

Las atenciones de D. Juan Pardo, jamás se borrarán de mi memoria, y deben perdurar en el recuerdo de todos los misioneros. Por orden suya me entregaron posteriormente la primera limosna de consideración (L.P. 50) que recibió esta Prefectura, como puede verse en los libros de cuentas.

Desde Sta. Rosa mandé al Hno. Torres a Ccosñipata, a fin de que acompañase y ayudase al P. Cuesta, y yo me dirigí a Lima, para tratar con el Supremo Gobierno asuntos de la Misión y pedir el personal a Europa. El 28 de setiembre me hallaba ya en Lima, haciendo las gestiones indicadas.

INDICE

	Pág.
A.- PRESENTACIÓN.....	
B.- VIDA DE MONS. ZUBIETA	
1.- Primeros años; vocación misionera	
2.- En Filipinas; aprendiendo a ser misionero	
3.- La cárcel	
4.- Llegada al Perú	
5.- El Proyecto Misionero; conocimiento de la zona	
6.- Expedición por el río Urubamba	
7.- Expedición por el río Ccosñipata	
8.- Expedición por el río Inambari	
9.- Nueva etapa del Proyecto	
10.- Nuevas expediciones por el Ccosñipata y el Manu	
11.- Impulso misionero.	
12.- La defensa de los nativos	
13.- Cambio de Prelatura a Vicariato; el P. Ramón Zubieta consagrado Obispo	
14.- Nuevas expediciones misioneras para el Vicariato	
15.- Las misioneras se incorporan a la Misión	
16.- Mons. Zubieta llega como Obispo al Vicariato	
17.- Nuevos viajes de trabajo	
18.- La Congregación de Misioneras Dominicanas	
19.- Visita pastoral y testimonio misionero	
20.- Nuevas gestiones en Roma y España	
21.- Regreso al Perú ; muerte de Mons. Ramón Zubieta	
C.- PRINCIPALES APORTES DE MONS. ZUBIETA	
1.- UN ESTILO DE ACCION MISIONERA	
a.- Una obra fundada en la práctica de la caridad	
b.- Relaciones democráticas	
c.- Evangelización comunitaria	
d.- Salir al encuentro	
e.- Un Proyecto de Evangelización integral	
2.- DEFENSA DE LOS NATIVOS	

a.- Fundamento de la defensa del nativo	
b.- La promoción humana, derecho de los nativos	
c.- Los Derechos Humanos de los nativos	
3.- ALGUNOS RASGOS DE SU ESPIRITUALIDAD MISIONERA	
a.- Vivencia de la Vocación Misionera	
b.- Motivaciones y vivencia de la fe	
c.- Abierto al Espíritu	
d.- Oración – Contemplación	
e.- El sufrimiento en la vida misionera	
	Pág.
4.- FUNDADOR DE UNA CONGREGACIÓN	
a.- La invitación a la Misión	
b.- Primeros pasos en la vida misionera	
c.- Fundación de la Congregación	
5.- IMPORTANCIA DE M.. RAMÓN ZUBIETA PARA EL VICARIATO	
6.- APENDICES I, II, III	